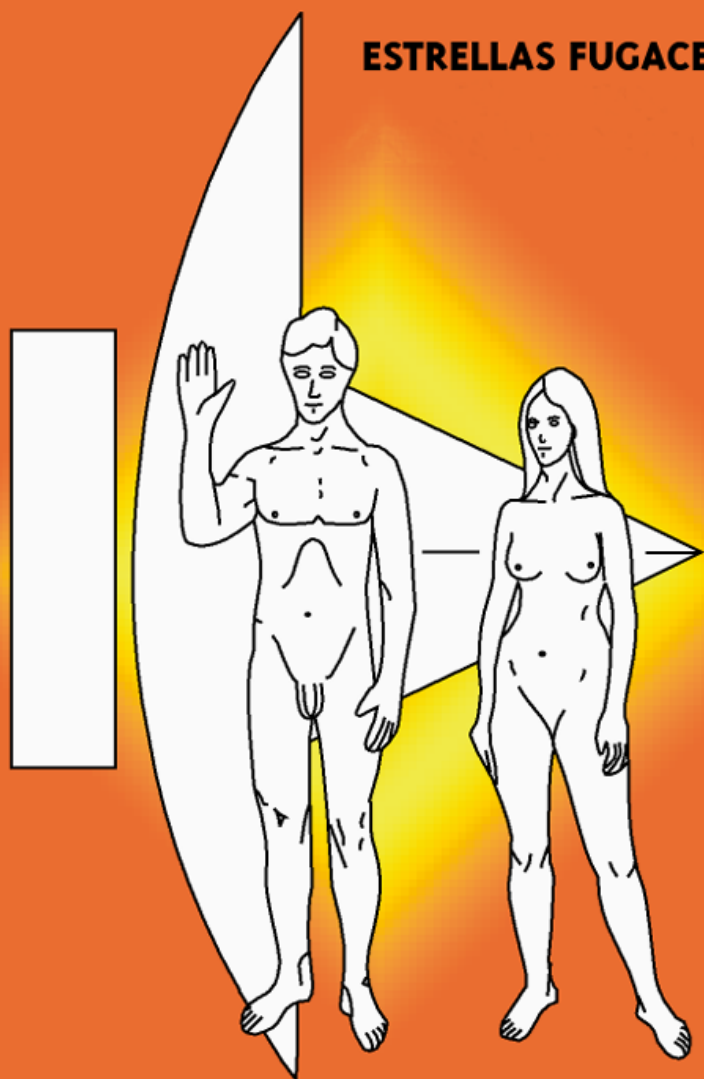


ESTRELLAS FUGACES



Juan-Lorenzo Colomar Soler

Estrellas fugaces



1ª edición: Diciembre de 2004

© 2004, Juan-Lorenzo Colomar Soler. Sueca (Valencia). jl@colomar.org

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de la Generalitat Valenciana. Asiento número 09/2003/2798.

2ª edición digital de © Tlahui, 10 de Febrero, 2007, con el permiso del autor para su difusión gratuita en la internet, se le encuentra disponible en la Librería Virtual: <http://www.tlahui.com/libros>

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito del autor.

*Dedicado a mi familia, Guillermina,
Astrid y Jaime, Vanessa, Ciro, Kisai, Naia y
todos los que pudieran venir.*

Con todo el amor que sea capaz de sentir.

Agradecimientos:

A mi amigo, el escritor Josep Franco, por su ayuda en la forma y todo lo que me enseñó en una lección magistral de dos horas y media.

A mis amigos Enric Baldoví, Guillem Gómez y Fernando Doménech, por el fondo, quienes con su ánimo y profundidad me han ayudado en el debate y en la reflexión desde que nos conocimos.

ÍNDICE

Los primeros momentos.	Pág. 6
La sugerencia.	Pág. 14
El hombre que me formó.	Pág. 22
La gran aventura comienza.	Pág. 31
La peste.	Pág. 42
Entre la ermita y el monasterio.	Pág. 50
La visita.	Pág. 55
La vida, la muerte de fray Pascual.	Pág. 61
Bienvenidos a casa.	Pág. 66
Memorias de fray Pascual.	Pág. 69
Teresa.	Pág. 73
El castillo de la Reina Mora.	Pág. 83
Aquelarre.	Pág. 89
Circunstancias.	Pág. 101
Segunda misión.	Pág. 105
El maestro.	Pág. 115
La despedida.	Pág. 124
Misión cumplida.	Pág. 139
El hombre.	Pág. 144
El río.	Pág. 149
Iluminados.	Pág. 156
¿Jugar o no jugar?	Pág. 161
Estrellas fugaces.	Pág. 171
Egos.	Pág. 180
Sinfonía cósmica.	Pág. 195
Lo que no es.	Pág. 202
Regreso a casa.	Pág. 205
El pacto secreto.	Pág. 215
Claudia.	Pág. 219
El conocimiento propio.	Pág. 223
Recapitulación.	Pág. 233
El comienzo.	Pág. 238
Epílogo de Fabián.	Pág. 243

LOS PRIMEROS MOMENTOS

Acababa de comenzar el verano del año 2116 y el curso tocaba a su fin en Australia. No recuerdo exactamente la fecha, pero debió ser a mediados de diciembre.

Había recibido una invitación personal de mi amigo Adriano, que me iba a dar algunos de los últimos detalles en el estudio de la descomposición y reorganización molecular en la que estaba trabajando su taller. Adriano dirigía un equipo que llevaba cerca de cinco años persiguiendo este laborioso objetivo y, según me había venido informando, últimamente se estaban consiguiendo avances espectaculares.

Aquella mañana, al descender del transporte urbano, me encontraba en pleno campus de la Universidad de Canberra a unos doscientos metros de un espléndido edificio, amalgama de formas geométricas en perfecta combinación con el mundo vegetal. Un camino bordeado por frondosos árboles convertía el recorrido en un fresco y agradable paseo hasta llegar a la puerta principal. Caminaba absorto en mis pensamientos acompañado por el ritmo de mis pasos y el sonido relajante del agua que se hacía circular a través de pequeños canales por aquel magnífico jardín, cuando alguien pronunció mi nombre y volví a la realidad inmediata.

—¿Fabián...? Sígame por favor, le estábamos esperando.

—¡Ah! Muchas gracias... Lo siento, creo que me he retrasado un poco.

—La verdad es que ya estábamos preocupados. Están todos reunidos en el taller; le acompaño hasta allí.

Situado a mi izquierda, el subalterno me precedía unos pocos centímetros.

Un inmenso recibidor, una escalera mecánica, pasillos, alguna sala, pequeños grupos de estudiantes hablando, otros leyendo... Hubiera sido imposible llegar allí en menos de un cuarto de hora y después de haber molestado a media docena de personas con mis indagaciones. Cinco minutos bastaron para

encontrarme frente a una puerta normal en un pasillo cualquiera. "Taller tecnológico. Absténganse personas no autorizadas.", se leía a su lado derecho.

El ordenanza ya se había anticipado, la había abierto y me indicaba que pasara. Una amplia estancia se ofreció ante mi vista. Un grupo de seis o siete personas, algunas de pié, se encontraban junto a una gran mesa central charlando informalmente. A ambos lados, distintos paneles de mando y terminales de computadoras mostraban con sus destellos sus funciones. Al fondo una pared de cristal exhibía un enorme hangar lleno de aparatos de todo tipo y al que se descendía a través de una pequeña puerta lateral. Algunos estudiantes manipulaban en el taller extraños aparatos. Estaba realmente sorprendido, no sé exactamente que esperaba encontrarme allí, pero por lo visto no era aquello.

Al unísono todos se giraron hacia mí. Confieso que me ruboricé un poco; nunca he sabido sobreponerme a este tipo de situaciones. Sólo conocía a Adriano, las demás personas me eran totalmente desconocidas. Se dirigió hacia mí con la mano extendida y después de cruzar unas convencionales palabras que no recuerdo, me presentó al resto del grupo. Me pierdo un poco cuando se me presenta a más de una persona a la vez. Con posterioridad me fui fijando en cada uno de ellos.

Adriano en esos momentos manipulaba unos papeles del interior de una carpeta. De estatura algo inferior a la media, cuerpo enjuto, pero de energía desbordante y ojos vivísimos que delimitaban una frente que se iba ensanchando hacia atrás y una barbilla que en ángulo recto se iba estrechando hacia abajo. Adriano era el jefe del equipo investigador en el que todos sus miembros procedían de distintas disciplinas pero tenían en común el ser sistémicos, tendría algo más de cincuenta años y aunque estudió física, ejercía como profesor de Matemáticas y Sistemas.

–Bueno... -comenzó diciendo. Ahora que ya estamos todos, pasaré a exponerles la razón por la cual les he convocado hoy aquí.

Poco a poco nos fuimos sentando y nos dispusimos a escuchar con atención.

–No es necesario que les describa los casi cinco años de esfuerzo, pequeños éxitos y grandes fracasos que, relacionados con nuestro objetivo, hemos tenido; todos ustedes saben de algunos de ellos. Este último curso, tengo la satisfacción de participarles, ha sido definitivo. Nuestras investigaciones han tenido éxito, por fin.

Un día cualquiera del pasado invierno se dio el gran paso al conseguir desplazar un equipo de omnivisión durante unos quince minutos, hacia unos veinticinco años atrás. La prueba fue irrefutable. Se consiguieron imágenes de la demolición del edificio de la antigua Universidad, situada más o menos donde nos encontramos ahora. Estas son las imágenes.

Ante mis asombrados ojos aparecieron unas extraordinarias imágenes de la demolición de la antigua Universidad, reducidas a las propias dimensiones del laboratorio. No había ninguna duda. El sistema omnivisión de un millón de puntos era posible desde hacía unos diez o doce años. Aquel hecho sólo podía haberse captado en su día por el viejo sistema tridimensional de televisión y sin embargo ahora disfrutaba de unas soberbias imágenes y sonidos que me daban la impresión de ser testigo directo de aquellos hechos. Allí, donde me encontraba, dentro de aquella habitación e impregnándola toda, se veían y oían las idas y venidas de las máquinas recogiendo los escombros a que, algún tiempo antes, se había visto reducido el edificio por la explosión demoledora.

Estábamos disfrutando embelesados de aquellas imágenes, no por sí mismas sino por lo que significaban, cuando Adriano interrumpió la proyección.

Volví mi cabeza hacia él, y estando aún con la mirada baja y manoseando algunos papeles, comenzó a decir:

–Bien, bien... Pero eso no es todo. A partir de ahí había que conseguir la reorganización molecular de los seres vivos. No quiero hablarles de nuestros errores, aunque la verdad es que

se perdieron algunos animales; quiero mostrarles nuestro siguiente paso. Esta es Laky, nuestra perra.

Unas nuevas imágenes omnivisión comenzaron a materializarse entre nosotros. Se había trasladado "aquello" al laboratorio. O quizá daba la impresión de que éramos nosotros los que nos habíamos trasladado a aquella realidad, a aquel punto en el espacio y en el tiempo. Junto a la cámara se había colocado una estaca y Laky aparecía atada a ella. Estaba muy nerviosa y no hacía más que ladrar. Afortunadamente se hallaba a una distancia prudente de donde se estaban realizando las operaciones de desescombro. La habían enviado a la misma época. Al parecer el ruido de la maquinaria impedía que los trabajadores se apercibieran de su presencia ya que ladraba desesperadamente. De repente, uno de los obreros se dio cuenta de que allí había algo extraño. Con un poco de duda primero y algo de decisión después, se nos acercaba, cuando se volatilizó la imagen.

—Menuda cara de sorpresa debió poner cuando la perra y la cámara desaparecieron repentinamente de su vista -dijo Adriano-. Estos hechos son los que debemos evitar a cualquier coste: Involucrar a los seres humanos del pasado.

Nadie dijo nada. Un expectante silencio era el eco de sus palabras.

—Omar y Sheraton, como responsables jerárquicos, han sido invitados para exponerles el resultado de nuestro trabajo y para solicitarles la autorización de nuestro próximo paso.

Omar era el Primer Rector de la Universidad y Sheraton el Consejero de Cultura de la Comunidad Local.

—También han sido invitados Carla, Estrella y Fabián, a quienes ofrecemos la intervención directa en nuestras pruebas. Han sido elegidos por mi equipo en razón de su preparación tanto física como intelectual.

Carla y Estrella eran dos mujeres jóvenes que estaban sentadas frente a mí y que al parecer ya se conocían con anterioridad porque se estaban dirigiendo la palabra en

continuos comentarios. Según supe después también tenían preparación sistémica como yo.

–Espero por tanto la decisión del Ejecutivo, y mientras, tendremos la satisfacción de ir introduciendo a los nuevos miembros del equipo, si ellos lo desean. Muchas gracias.

Toda una serie de preguntas acribillaron a Adriano y poco a poco fueron contestadas indistintamente por los tres miembros del equipo técnico, por lo que la reunión se alargó quizás más allá de lo previsto. Nuestros rostros pasaron de la expectación a la comprensión del proyecto. Lentamente nos lo fuimos “creyendo”. Pasamos a ser conscientes de lo que aquello iba a significar para la humanidad.

Aunque al Consejero de Cultura se le veía muy interesado por el tema, no podía disimular sus dudas. No las tenía todas consigo.

De sus palabras fuimos deduciendo que aquello podría traerle complicaciones. ¿Qué implicaciones podría traer para el orden establecido, para esta nueva sociedad que había alcanzado por fin un grado de equilibrio y bienestar no alcanzado por ninguna otra? ¿Qué intereses se verían afectados por esa nueva posibilidad que suponía la permeabilidad del tiempo? ¿Sería esta máquina una tentación para algún grupo de poder o quizá para algún visionario descabellado?

Aunque hacía tiempo que conocía el proyecto, nunca pensó que realmente podría llevarse a cabo, o en todo caso, si se consiguiera algo, quizá esperaba que fuera más adelante. Vana esperanza de dilatar en el tiempo algo que le supondría un problema directo.

Tendría que dar muchas explicaciones. El gabinete de gobierno local le acribillaría a preguntas cuando se lo expusiera. ¿Debería continuar manteniéndose en secreto o se tendría que dar la noticia a los medios de comunicación? La verdad es que la cosa se le había ido de las manos y ahora le estaba complicando la vida.

Aunque Sheraton era una persona preparada y comprendía perfectamente el alcance de este instrumento, daba

la impresión de que se iba exaltando poco a poco, tal como se iba dando cuenta de que aquello ya estaba ahí.

Mostró todas las reservas habidas y por haber. Insistió en que de momento no diéramos ningún nuevo paso con la máquina y que esperaríamos su autorización expresa.

Omar trató de tranquilizarlo. Aunque aquello era un éxito para su Universidad, sabía que era necesario que el Ejecutivo local diera su permiso. Era una forma de corresponsabilizar a más personas.

Se dirigió a nosotros dándonos ánimo y diciéndonos que era cuestión de tiempo. Estaba convencido de ello. Sus últimas palabras fueron para decirnos que continuáramos preparándolo todo como si al día siguiente se reiniciara el proyecto pero sin hacer ninguna prueba más.

Miré a Adriano. No dijo ni una palabra. Me dio la impresión de que ya sabía que esto iba a ocurrir y guardó la calma en todo momento. Observé en los demás unos ligeros movimientos de incomodidad, pero nadie dijo nada. Un tenso silencio impregnó la sala.

Por fin Sheraton dio por concluida la reunión, y mientras Adriano se encargaba de acompañar a este y a Omar hasta la puerta del laboratorio, Mikel, Ingeniero proyectista que era experto en Inteligencia Artificial y Sistemas, y que tendría poco más de treinta años, me dirigió la palabra tratando de saber cuál era mi impresión.

Mikel no pertenecía a la Universidad, procedía del mundo exterior; colaboraba en el proyecto Cronos desde que en los últimos años de sus estudios de ingeniería conoció la Sistémica y profundizó en ella, Adriano le preparó y más tarde lo incorporó al proyecto.

Un minuto después había dos grupos en la sala; por una parte Adriano con los del Ejecutivo y por otra el resto. No sé de qué estarían hablando en el otro grupo, pero en el nuestro Estrella y Carla desbordaban pasión hablando del tema.

Constantín, el tercer miembro del equipo, era biólogo y experto en Sistémica; joven también, no debía llegar a los

cuarenta años, alto y un poco delgado pero de mirada franca y abierta, era muy simpático y le gustaba quitar transcendencia a todo mediante sus bromas y sus comentarios sagaces, siempre estaba riendo. Tampoco pertenecía a la Universidad, trabajaba en la Granja Marina de Brisbane.

Los del Ejecutivo se despidieron y Adriano se unió a nuestros comentarios. Bajamos al taller. Vimos y preguntamos sobre todos y cada uno de los aparatos que allí había y vi al Cronos por primera vez. Estaba todo en orden, limpio, preparado...

De repente una serie de luces de colores indeterminados y que daban vueltas a nuestro alrededor nos envolvieron. Me asusté más por las caras que pusieron los otros miembros del equipo que por el impacto que habían producido en mí. En una situación así, parece que pocas cosas podrían sorprenderme. Eran casi imperceptibles, solo se las veía con el rabillo del ojo y sus movimientos huidizos e imprevisibles las hacían imposibles de definir.

Nos quedamos todos paralizados. Yo trataba de localizarlas y percibir las con claridad pero se me escapaban. Miraba a Adriano y estaba haciendo lo mismo, pero su cara expresaba una sorpresa tal, que yo me asusté. Aquello no formaba parte del proyecto, era algo nuevo y extraño que nos había “invadido”.

Constantín inconscientemente alargó la mano tratando de dar caza a uno de los “objetos”, pero éste se le escurrió.

—¡Quietos! -dijo Adriano. ¡Que nadie se mueva! Y aún no lo había acabado de decir cuando las luces se desvanecieron.

Lentamente nos fuimos recuperando del susto y surgieron los comentarios. Cada cual expuso su hipótesis, nadie había visto jamás nada parecido. No aclaramos nada y poco a poco fuimos volviendo al Cronos.

Los proyectos se multiplicaban y el entusiasmo se desbordaba, cuando un ordenanza, tras dar unos golpes en la puerta y asomarse al laboratorio, nos indicó que eran las ocho de la tarde y que se iban a cerrar las dependencias.

–¿Desean ustedes continuar? -preguntó.

Nos quedamos sorprendidos. Habían transcurrido ocho horas desde que por la mañana comenzara la reunión. No habíamos comido nada; sólo bebíamos agua.

–No, no... -dijo Adriano. Nos tendremos que ir. Para mañana habrá que organizar mejor nuestro trabajo. ¿Os parece bien a las ocho?

LA SUGERENCIA

Cuando me desperté tuve la sensación de que había dormido muy profundamente. Me encontraba más descansado de lo habitual. Tal y como le indiqué por la noche, la UIP (Unidad Individual de Proceso) había puesto en movimiento la habitación a las seis treinta de la mañana. Una música adecuada y de suave sonido se mezclaba con los efluvios de mi perfume favorito. Oía cómo se estaba preparando el desayuno en la pequeña cocina adyacente.

Súbitamente, cuando aún no había acabado de incorporarme para salir de la cama, mi mirada fue a posarse en un libro extraño que estaba sobre mi mesa de trabajo. Aunque los objetos que había sobre ella se hallaban en perfecto desorden, con abundancia de libros, folios, carpetas y otros objetos, no fue óbice para que este libro resaltara entre todo lo demás mostrando patentemente su presencia y obnubilando el resto.

Me dirigí con cierto recelo hacia la mesa inclinándome poco a poco para observar el libro sin tocarlo. Su cubierta era de color gris muy claro, casi blanco, y no había ninguna inscripción en ella. Por lo demás, en cuanto a tamaño, encuadernado y material, su aspecto era totalmente normal. Pero ese libro no era mío; no lo había visto en mi vida. ¿Qué hacía allí? Es más, si me percaté de él en esos momentos, ¿por qué no lo vi anoche cuando regresé y antes de acostarme? Eso me llevaba a pensar que ayer aún no se encontraba allí y que por lo tanto fue depositado durante la noche sobre mi mesa. Era increíble que alguien no hubiera respetado la intimidad de un lugar privado, haciendo acto de presencia en una habitación sin haber sido autorizado, sin llamar con anterioridad.

Extendí las manos poco a poco. Con cierto recelo, lo admito, lo cogí entre mis dedos y lo abrí al azar. ¡No había nada escrito en sus páginas, estaban en blanco! Inconscientemente me acerqué al sillón y me dejé caer lentamente. Lo abrí por el

principio. Las dos o tres primeras páginas también estaban en blanco. Y fue entonces cuando di con una hoja manuscrita: "Los primeros momentos. Acababa de comenzar...". Estaba leyendo lo que me había pasado unas horas antes cuando tuve mi primer encuentro con el equipo del Cronos, ¡y estaba escrito por mí! No recordaba haber escrito aquello.

Continué leyendo y llegué a "La sugerencia". ¡Estaba leyendo lo que me sucedía en esos momentos! ¡Increíble! ¿Qué estaba pasando?

"Me levanté del sillón..."

¡¡Me estoy levantando!!

Estaba excitadísimo. Continué leyendo.

Simat de Valldigna. Fray Pascual Mateu. Siglo XVII.

Dénia. Maestro Ramón Sabater. Siglo XXI.

Ya no hay nada más escrito. El resto está en blanco.

Llego a la Universidad con un poco de retraso. Cuál será mi aspecto, que todos los miembros del equipo se me quedan mirando con los ojos muy abiertos; sin decir nada...

El libro se me escapa de entre las manos más que dejo caer sobre la mesa. Todo el mundo se acerca a ver qué es "aquello". Estrella es la primera en cogerlo. Nadie dice ni una sola palabra. Lo abre y comienza a pasar las páginas rápidamente. No sé cómo pero en un segundo va a dar con las páginas escritas y en voz alta comienza a leerlo.

—Pasa al segundo capítulo -le indico.

Instintivamente todos vamos tomando asiento.

Cuando se llega al final, Mikel me pregunta incisivo:

—¿Qué es esto?

—No lo sé. Es exactamente lo que ves y no recuerdo haberlo escrito.

Todos se ponen a hablar al unísono y tratamos de dar alguna explicación a lo ocurrido. Y es Adriano quien, a los pocos minutos, resume el asunto.

–¿O alguien del equipo nos está gastando una pesada broma -miró a Constantín- o esto es algo muy serio que debemos examinar...? Yo comenzaría por seguir el hilo de los últimos datos. ¿Qué os parece?

Todos asienten.

–¿Quién quiere encargarse de ello?

Menos Adriano y yo, el resto levanta la mano. Me encuentro realmente asustado. Una extraña sensación en el estómago me dice que aquello es importante.

–Estrella y Mikel, vosotros os encargareis de buscar algo sobre el fraile. Constantín y Carla, vosotros del maestro.

Toman nota exacta de las referencias y Adriano continúa:

–Y ahora vamos a seguir con el proceso de condensación. Estamos estancados en eso y tenemos que progresar.

No me puedo centrar en el trabajo. Continuamente estoy dándole vueltas al asunto.

Durante la comida Mikel insiste:

–¿Te has sorprendido a ti mismo en algún acto de sonambulismo?

Rechazo dicha posibilidad con energía y poco a poco se van reavivando los comentarios a las posibilidades.

Como hemos adelantado bastante el trabajo durante la mañana, Adriano decide que podemos tomar la tarde libre para que se hagan las correspondientes averiguaciones.

Me desplazo a mi Residencia (la U15), y en la planta 9ª entro en mi habitación (la 926). Me dejo caer sobre la cama e intento dormir.

Unos ligeros golpes en la puerta me despiertan. No sé qué hora es; miro a la ventana y veo que ha oscurecido. Son Constantín y Carla.

–El maestro existe -dice Carla.

–Bueno, di mejor que existió, replica Constantín.

–¿Qué habéis encontrado?

Me muestran un libro con unas cubiertas de color rojo pálido.

–Lo hemos encontrado en la Gran Biblioteca y nos han hecho un facsímil, es un ejemplar único.

En la copia se puede ver que el original está muy viejo, en muy mal estado. En la cubierta leo: "Al voltant de l'ètica i el comportament humà. Per Ramón Sabater".

Sé algo de español; creo entender lo que dice, pero esto no es español aunque se parece. Ojeo rápidamente en su interior y tengo la impresión de que se trata de un libro de texto; quizá para estudiantes de primaria. Es un antiquísimo libro; probablemente anterior al Holocausto. Miro en las primeras páginas y localizo la nota de la edición. Aparecen los nombres de una editorial y de una imprenta, ambas de Valencia (España); y lo más importante: "1999".

No lo sé cierto pero creo que he pronunciado el año en voz alta.

–Te hemos traído también la esfera de la traducción, para mayor comodidad, dice Carla.

–Perfecto, así ahorraré tiempo.

Decido leer el libro durante esa noche sea como sea; tengo que conocer al personaje a través de su libro. Lo dejo sobre la mesa y decidimos ir al comedor de la planta, ya es hora de la cena.

Aún no hemos empezado con el segundo plato, cuando se presentan Mikel y Estrella. Están rebosantes de alegría.

Caramba -pienso-, me va a sentar mal la comida..

Se sientan a la mesa con nosotros, Estrella me hace entrega del facsímil de otro libro y lo abro.

¡Oh! Este sí que está viejo. No se podría decir de qué color fue originalmente, pero ahora es de un color pardo oscuro, casi negro. Es bastante grande de tamaño. Lo acerco cuidadosamente a mis ojos y leo la inscripción: "De curatione herbarum".

–¡Latín! -digo en voz alta.

De esto si que no tengo ni idea.

–Supongo que habréis traído la esfera de la traducción, ¿no?

–Aquí la tienes.

Guardo la esfera en un bolsillo.

Sigo repasando páginas y veo unos magníficos dibujos hechos a mano y unos textos impresos en un idioma extraño para mí. Rápidamente busco la edición. Fue impreso en los talleres de los hermanos Dominicos de Valencia, en ¡1793! Hace más de trescientos años. ¿Cómo habrá ido a parar a la Biblioteca Local?

Mikel y Estrella comen algo con nosotros y la sobremesa se alarga algo más de lo habitual. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, llega un momento en que convenimos que ya es hora de retirarse a descansar. Carla se rezaga un poco, me coge del brazo y mirándome a los ojos me dice:

–Fabián, me gustaría acompañarte esta noche, ¿quieres?

Carla es una mujer muy agradable e inteligente y estar junto a ella es realmente un placer.

Mikel, Constantín y Estrella deciden muy divertidos pasar la noche juntos en la planta séptima, en una habitación para transeúntes.

Por si me quedo dormido, decido indicar a la UIP que ponga en movimiento la habitación a las seis treinta de la mañana.

Carla y yo hemos estado casi toda la noche escuchando las traducciones y visualizando los libros, se ha hecho tardísimo.

–Estoy agotada, ¿porqué no dormimos un poco?

–Mira, lo tenemos muy avanzado. Es una lástima que por lo que queda lo dejemos así, voy a darle el último empujón y me acuesto.

–Bien, pues yo me voy a dormir. Hasta mañana.

Carla se acerca mucho... nos besamos.

–Hasta mañana –repite.

–Buenas noches. Que descanses.

–Prepárame un café -me dirijo a la UIP.

Cinco minutos después saboreo un dulce café corto, muy denso, como me gusta.

Pronto considero acabado el trabajo y decido irme a la cama.

La habitación se ha puesto en marcha. Tengo la impresión de que me acabo de acostar, pero me encuentro bien. Con la mente relajada, intento resumir y esquematizar mis conclusiones. Mientras medito sobre ello, me doy la vuelta en la cama y abrazo a Carla que aún duerme a mi lado. Aunque me encuentro algo cansado, tengo el cuerpo relajado y la mente llena de proyectos e ilusiones.

En su libro, el fraile intenta exponer sus conocimientos y experiencia sobre la curación por las plantas; pero lo más importante: Quería que su mensaje llegara al pueblo, o al menos a la gente que supiera leer en aquel tiempo, que no debía ser mucha. Por eso el libro no fue escrito en latín como en un principio me pareció, sino en el idioma al uso por aquellos lugares. Su voluntad era "poder aliviar algo el dolor de la humanidad a través del conocimiento", según cita más de una vez en su libro, esa era su humilde aportación. Se hizo una tirada de sólo cien ejemplares, muchos menos de los que seguramente hubiera deseado fray Pascual, y colaboró en los dibujos de las plantas un fraile amigo llamado José.

Por lo que respecta al maestro, se trata efectivamente de un libro de texto, con encuadernación muy floja, escrito también en el idioma autóctono, el valenciano, pero con un contenido que me ha sorprendido, pues a pesar de que iba dirigido a los más jóvenes y de que aparecen muestras evidentes de los condicionantes de la época, la inmensa mayoría de su contenido puede ser perfectamente válido en este presente. Estaba dedicado "Especialment a la meua filla Antonia, separada de mí per la distància."

Carla y yo somos los primeros en llegar esta mañana. Poco a poco se van incorporando los demás. Cambiamos

impresiones durante un buen rato antes de ponernos a trabajar en el Cronos. Una de las cosas que me sigue preocupando es cómo han llegado los libros a la Biblioteca y quedamos en que me encargo yo de averiguarlo.

Después de la comida me dirijo a la Biblioteca para hacer las correspondientes indagaciones sobre su procedencia. Tras consultar algunos registros, averiguo que fueron donados por una tal Margaret Freeman en el año 2021. Deduzco por toda una serie de datos hallados en los archivos del Registro de Ciudadanía, que Margaret fue una descendiente de Antonia Sabater emigrada de España en enero de 1998. Pienso que el libro de ética fue enviado desde España algún tiempo después. Posiblemente el libro del fraile, por razones aún desconocidas para mí, o se lo envió también su padre o se lo trajo cuando emigró.

Con el fin de averiguar cuando y cómo fallecieron los autores de los libros, trato de localizar algo escrito por Margaret Freeman o Antonia Sabater, y a pesar de mis indagaciones no puedo encontrar nada. O no se escribió sobre ello, o posiblemente se ha perdido.

Creo que en lo que respecta a la vida de los personajes ya no puedo encontrar ningún dato más; trato de informarme en general sobre las épocas en que vivieron y descubro que en 1797 la zona fue barrida por la peste, mientras que en el 2010 tuvo lugar el Gran Holocausto.

Algo me indica que debo conocer esos personajes. Ahora tengo la oportunidad, aprovechando las pruebas del Cronos, de conocerlos, de hablar con ellos. Algo tira de mí fuertemente en esa dirección y decido exponer al equipo esta idea. En principio es indiferente donde vayamos a realizar las primeras pruebas; voy a pedirlo y quizá lo aprueben. La cuestión está en qué fecha visitarles. Si el maestro no había muerto antes del Holocausto, es muy posible que falleciera entonces, el 22 de mayo de 2010. En cuanto al fraile ya es más difícil de precisar, la peste asoló la zona en el año 1797 y quizá murió alcanzado por ella, ¿pero cuando?

A todos les ha entusiasmado la idea y decidimos retomar el trabajo después de las vacaciones, y que si para el próximo otoño el Cronos se halla listo y disponemos de la autorización, podremos desplazarnos al devastado hemisferio norte y realizar las dos incursiones; primero visitaríamos al fraile, después al maestro. Como medida precautoria, se ha decidido también que las incursiones no deben ser superiores a las veinticuatro horas, al ser estas las primeras pruebas del Cronos con seres humanos y al no tener experiencia en lo que pueda ocurrir por la incidencia de personas en otros tiempos.

EL HOMBRE QUE ME FORMÓ

Hoy hemos recibido el visto bueno del Ejecutivo para la continuación de las pruebas y el desplazamiento al hemisferio norte; han transcurrido ya más de cuatro meses desde que tuvimos la primera reunión. Según la misiva, dos son las únicas condiciones a tener en cuenta durante el transcurso de las pruebas: No arriesgar vidas humanas y no intervención en la historia. Es lógica esta preocupación del Ejecutivo, aunque innecesaria su advertencia, puesto que estos dos puntos figuran los primeros en nuestro particular código deontológico que hemos venido confeccionando muy en serio durante todo este tiempo.

Hace ya dos meses que solicité la suspensión de todas mis actividades profesionales. Expuse al Consejo Comunal de Participación cuál era mi nuevo objetivo y se me autorizó el cese inmediato de las investigaciones que estaba llevando a cabo últimamente en la Filmoteca General, el seminario sobre Antropología Sistémica que desde hacía un año dirigía en la comunidad en la que vivía, así como la secretaría del Consejo Local Universitario.

Antes que nada tendré que explicar que algo más de 100 años después del Gran Holocausto, Australia se rige por el Sistema Democrático Participativo y que el grado de madurez y ciudadanía son más que aceptables. La propiedad particular prácticamente no existe; la inmensa mayoría de los ciudadanos han renunciado a ella. Aunque el australiano continúa teniendo este derecho, muy pocas personas poseen bienes privativos. La tolerancia y la solidaridad son la base de toda relación humana.

Aunque aún dista mucho de ser una sociedad ideal, el nivel tecnológico alcanzado dirigido a los sistemas de producción, mantenimiento, servicios y comunicación, ha hecho que se haya llegado a unas normas muy aceptables de convivencia y de participación en el autogobierno.

Después de pasar por la gran lección del Holocausto, el hombre quedó anonadado. Pero sólo cincuenta años después y debido a la nueva situación a la que se vio abocado, principalmente por la disminución del tiempo obligatorio de trabajo, se produjo una gran conmoción. Fue una explosión de violencia que se manifestó a todos los niveles. Los tiempos habían sido difíciles y no precisamente por carencias materiales. Los cambios conceptuales se habían producido a tal velocidad que una gran parte de la sociedad fue incapaz de asimilarlos. La Conmoción tuvo efectos terapéuticos ya que la crisis se manifestó en la inmensa mayoría de los miembros de la sociedad. El tiempo de trabajo obligatorio se había ido reduciendo paulatinamente a unas pocas horas diarias a elegir entre la mañana, la tarde o la noche, y esto hizo que el ciudadano dispusiera de más tiempo para sí mismo. Tiempo libre que cada uno utilizaba según sus propias inclinaciones y juicio, pero que afectó a todos los ciudadanos al poderse plantear más cuestiones y a un nivel distinto, en ocasiones de forma no demasiado constructiva. Pero a pesar de los intentos institucionales para que las actividades lúdicas fueran satisfactorias para el individuo, al no estar éste suficientemente preparado para ello, la situación derivó en una gran crisis social al disponer el ciudadano de tiempo para sí mismo.

La ingenuidad disminuyó; la vida se mostraba más dura, más cruel, al irse derrumbando los pilares de la ilusión contruidos por la ignorancia.

Surgieron nuevos miedos. Por primera vez en la historia se produjo una introspección profunda directamente en el ámbito personal y colectivo causando verdadero terror. Fue una tentativa más de acercamiento a la realidad intrínseca. Pendularmente el hombre se iba acercando, aunque a veces se alejara, pero nunca tanto como antes.

Fue una situación terrible. Se desmoronaron los viejos valores basados en la ignorancia y el paternalismo, el hombre se sintió fuerte y se cuestionó todo o casi todo; aparecieron los fantasmas de la mente, del subconsciente individual y colectivo.

La globalización de las comunicaciones, basadas principalmente en la Red, contribuyó definitivamente a ello. Esa generación vivió la nueva búsqueda pero aún llevaba dentro un pasado muy condicionante. La crisis provocaba inestabilidad, contradicción... violencia. Fue una cadena que, después de golpear, ahogar y destruir, estalló en mil pedazos causando mil heridas.

Poco a poco fueron curando, cicatrizando. Nuevos seres se educaron en un ambiente más libre y justo y florecieron sin tantas cicatrices. Las lecciones se fueron aprendiendo en el ámbito individual y como consecuencia repercutían al colectivo (también ocurría al contrario). El respeto por el ser humano ya no fue impuesto por el miedo, si no que fue el producto de la comprensión. Y por fin, aquella sociedad, después de dar un paso atrás dio cinco adelante. A ellos hay que agradecerse.

Como había empezado a decir, el Consejo Comunal de Participación es quien decide el puesto de trabajo que se le concede a cada ciudadano.

He comparecido ante dicho Consejo quien me ha hecho toda clase de preguntas sobre el proyecto Cronos y mi intervención en él. Ya no es un secreto. Los medios de comunicación hace ya algún tiempo que lo sacaron a la luz. He podido hablar con toda franqueza.

El Delegado Social de mi edificio ha informado personalmente sobre mi situación y aclarado los puntos por los que el Consejo se ha interesado.

El Delegado Social es la primera instancia del Ejecutivo y sus informes son requeridos habitualmente por instancias superiores tanto del Ejecutivo como del Legislativo. Normalmente hay dos por cada uno de los majestuosos edificios-hoteles llamados Comunidades. Son ellos los encargados de conocer a los aproximadamente mil quinientos o dos mil ciudadanos que los habitan. Deben estar al corriente de su situación, problemas, etc. y ayudar en lo posible cuando se les requiera. De tanto en tanto, los Delegados Sociales comparecen ante el Consejo Comunal, donde tras examinar los casos más extremos se hace justicia.

Aunque en general se acepta la automarginación, se cuida muchísimo que no sea la sociedad quien la provoque; de ahí que si a pesar del proceso educativo-formativo, algún individuo tiene problemas graves de adaptación a esta sociedad, por otra parte tan permisiva, y atenta violentamente contra la Comunidad o alguno de sus miembros, la "condena" consiste en asignarle trabajos de tipo social durante cortos períodos de tiempo, bajo la supervisión y tutela de técnicos del comportamiento. El trabajo en Comunidades de niños, Hospitales, Comunidades de ancianos, Unidades de Vigilancia Costera, Comedores, o incluso de Delegado Social, miembro o ayudante de una Comunidad Local, etc., son las más asiduas entre las dictadas, aunque hay otras muchas que rivalizan por imaginativas. Después de algunas reincidencias y en el caso hipotético de que continúe la no comprensión y la agresividad por parte del individuo, sólo quedaría la posibilidad de destierro a una de las islas próximas e incluso a otras zonas, fuera del territorio de la Democracia Participativa Australiana, donde impera la inmadurez y la ley del más fuerte. Todo ello siempre por algún tiempo y pensando en la posible rehabilitación e incorporación a la convivencia pacífica en la sociedad.

Está claro que aquel individuo que no encuentra sitio dentro de esta sociedad, que tiene un amplísimo margen de permisividad, después de "los mil intentos", como se suele decir, tendrá que tratar de encontrar su lugar en otro sistema distinto. No hace falta decir que la pena de muerte y la privación de libertad son inimaginables y que está bien claro que la única pretensión de la Justicia es que el individuo comprenda y se responsabilice, pasando por la comprensión y responsabilidad por parte de la sociedad, y nunca el castigo y menos la venganza. En cualquier iniciativa tanto del Legislativo como del Ejecutivo, está siempre presente la idea de que, al fin y al cabo, cualquier inadaptado, en un porcentaje muy elevado, es un error producido por la sociedad y por lo tanto asume su responsabilidad.

La única "policía" es el Delegado Social y sus agentes, cuyo único fin es ayudar a los ciudadanos y estar al tanto de excesos, y el único "ejército" son las Unidades de Vigilancia Costera que tratan de evitar las incursiones exteriores incontroladas, y que nunca utilizan medios violentos aunque sí altamente disuasorios.

En cuanto a las personas con problemas de salud física o mental, hay un gran dispositivo que se activa en el momento en que se detecta. El ciudadano con este tipo de problemas es atendido inmediatamente aplicándosele todo tipo de terapias indicadas y contrastadas científicamente.

La participación de los ciudadanos está asegurada, ya que son ellos mismos los que se autogobiernan a través de los Consejos Comunales o de edificios, de los Consejos Locales (representantes de unos diez edificios y quince o veinte mil ciudadanos aproximadamente), el Consejo Federal (representantes de los Consejos Locales que agrupa a todos los Consejos Locales de un territorio) y por último el Gran Consejo que agrupa a los representantes de todos los Consejos Federales de la Democracia Participativa Australiana.

El método para las consultas ciudadanas está establecido a través de la Red. Un sistema informático muy perfeccionado establece identidades y recoge el voto que es directa e inmediatamente procesado y analizado. Por supuesto que el sentido del voto se desvincula automáticamente del emisor permitiendo el más absoluto secreto.

Los Referendos son muy habituales y todos los meses hay dos o tres para determinar la voluntad ciudadana en las distintas cuestiones que se plantean, tanto a escala comunal como a los distintos niveles del autogobierno.

Por otra parte, cada ciudadano, según sus propias inclinaciones, busca dentro de cada "localidad" aquellas Comunidades o edificios cuyos habitantes tienen una idiosincrasia propia similar o afín, de ahí que en ocasiones surjan verdaderas ciudades o grupos comunales de edificios en los que se da una prioridad al deporte, la vida nocturna, el arte,

la cultura, la sanidad, la juventud, la ancianidad, la enseñanza, etc. Todo ello dentro de una gran permisividad y madurez.

Las solicitudes de asignación de residencia son concedidas por los Consejos Comunitarios, y se trata en general de pequeñas habitaciones de entre treinta y cinco y cincuenta metros cuadrados, que puede aumentar según el número de habitantes que la vayan a ocupar y que constan de un pequeño salón-cocina, un dormitorio y un baño. Cada planta tiene sus propias dependencias comunales como el comedor, la cocina, salones de estar, etc., y cada edificio dispone en lo que se le viene denominando Claustro, de instalaciones propias comunes para sus habitantes, y que consisten en pequeños jardines, piscinas, instalaciones deportivas, bares y grandes salones, baños y masajes, laboratorios, talleres, teatros, aulas, etc., donde se lleva a cabo una gran actividad social.

El Claustro se halla situado en el gran espacio interior que deja el edificio y que tiene forma circular o geométrica, abierta o cerrada.

En cuanto a las relaciones personales, no existe ningún vínculo formal que las mantenga, registre o regularice y están basadas en la libertad y el respeto. De lo que se deduce que cada persona, según su propio juicio y a lo largo de su vida, vive sólo o mantiene relaciones de convivencia más o menos esporádicas con otros individuos, o crea vínculos personales más fuertes, según los casos. Lo cierto es que tan fácil es encontrar a ciudadanos viviendo en su propia habitación solos, como desplazándose a la de otra persona, o invitando a vivir a otra en la suya propia por tiempo indeterminado, como teniendo uno o dos hijos tanto individualmente como en pareja, y que podrán emanciparse a los catorce o quince años.

Hace tiempo ya, que la sociedad en general, ha superado los conceptos morales tradicionales que durante tanto tiempo la tuvieron atezada. Las relaciones entre las personas han llegado a niveles increíbles al desaparecer las barreras que lo hacían imposible y los conflictos de intereses. La intimación es normal y cualquier persona puede convivir con otra u otras, sin

distinción de sexos o edades, desde unas horas a toda una vida, si es que lo desea. Por primera vez en la historia de la humanidad, hace ya algún tiempo en que han comenzado a llamarse las cosas por su nombre y la barrera del sexo ha saltado en mil pedazos. Aquella cuestión que se planteara en otros tiempos sobre la actitud sexual, aparecía clara por primera vez al crecer el hombre con un elevado grado de integridad, sin temores. Los egoísmos basados en la fiebre consumista, de posesión, de poder o de competitividad absurda, quedaron atrás. No eran necesarios. Para llegar a ello, a esa etapa de relajación, comprensión y madurez, se tuvo que pasar por difíciles y agitados tiempos, llenos de extremas desviaciones producidas por la incompreensión, y que tuvieron que sufrir nuestros antepasados. Pero gracias a su sufrimiento, a su sacrificio, a todas esas anónimas personas que me precedieron en la vida, la sociedad en que nací pudo formarme mejor, más libre.

En esta sociedad en la que vivo, no hay líderes más o menos protectores que dirijan. Es el propio hombre quien desde la individualidad, desde el centro de producción, de mantenimiento, desde la administración de la Comunidad, el centro de enseñanza, o cualquier órgano de participación, ejerce su voluntad y servicio. Ante él se muestran las posibilidades, y es él quien decide y asimila sus propios errores o aciertos. De ahí nace la responsabilidad. No se delegan esas responsabilidades en otros ciudadanos; participa él, con el poder surgido de su propia condición, aceptando con comprensión la decisión de la mayoría. Esa es la única ley, la Gran Ley.

Cuando se elige a alguien para participar en los distintos niveles del Ejecutivo, nunca se hace en virtud de representación y siempre se lleva a cabo a título personal. Cuando a los veintisiete años por primera vez fui elegido por mi Comunidad para pasar a formar parte del Consejo Comunal, no representaba a nadie sino a mí mismo. En cuantas actuaciones he tenido ocasión de participar en dicho Consejo, siempre me he regido por mi ética personal.

Nadie se atreve a decir cuál debe ser el significado de la vida de los demás. Todo el mundo pone las máximas reservas y respeto al hablarse del sentido de la vida. Todo lo más, alguien puede atreverse a decir cuál es su propia actitud de vida, pero dejando bien claro que se trata de su visión personal. Ningún ciudadano u organización puede pretender estar en posesión de verdad alguna, ni utiliza medios de propaganda, apostolado o proselitismo para la captación de adeptos.

No obstante, se sabe que aún existen algunas agrupaciones secretas de poder e influencia que se resisten a desaparecer o que han aparecido como reminiscencia de nostalgias del pasado, pero se encuentran en estado semiletárgico y procuran no excederse en sus cometidos. No hace mucho que fortuitamente salió a la luz un incidente creado por estas logias, sociedades o sectas, y tras un fuerte y amplísimo debate, los que lo crearon salieron muy mal parados. A pesar de ello estos grupos están permitidos sin necesidad de formalización legal alguna. Quien quiera acercarse a otras personas que cree de su misma sintonía puede hacerlo libremente, pero cualquier hecho extremo que pueda surgir de esa agrupación, acabará por dañarla socialmente.

El ser humano ha recibido suficientes lecciones sobre la relatividad de las cosas. La inmensa mayoría de las personas intuyen o tienen la certeza de que "aquello" a lo que podríamos denominar la materia y sus leyes y que contiene el fenómeno humano, no lo es sin más; que "aquello" debe tener un fin, y mientras tanto se descubre, el ser humano que es consciente de sus limitaciones, tiene que ceñirse a ser testigo de esa maravilla, intentar comprenderla y vivir de acuerdo con ella sin intentar arrastrar a otros. Desde lo más grande a lo más pequeño, pasando por el hombre, no como culminación, no como ombligo del Universo, sino como algo más dentro de esa inmensa maravilla portadora en sí misma de los grandes secretos por descubrir y a los que poco a poco el hombre se va acercando. Por todo esto y por mucho más, la vida en la sociedad en que vivo se muestra apasionante.

LA GRAN AVENTURA COMIENZA

Es aún de noche pero ya empiezan a vislumbrarse los preludios del amanecer. Hoy es el día 18 de mayo de 2117 y estamos en pleno otoño.

El vehículo que nos acaba de recoger se dirige a una velocidad aún medio dormida hacia el aeropuerto. Ha estado lloviendo un poco durante la noche y las luces de la ciudad y sus ecos producen efectos extraños al cruzarse en nuestros ojos. No logro recordar cuando fue la última vez que me levanté tan temprano. Dentro del vehículo nadie habla. Una sensación rara impregna mi cuerpo; un poco de inquietud, muchísima ilusión, algo de sueño; no sé cómo explicarlo, pero realmente me siento extraño: Ha llegado el gran día.

Falta poco ya para que los primeros rayos de sol aparezcan por el horizonte. Descendemos del vehículo y cargados con nuestros equipos personales nos dirigimos hacia uno de los hangares donde está situada la nave. Una agradable sensación de frescor empapa mi cuerpo. Hace ya bastante tiempo que los calores estivales desaparecieron, y aunque vamos abrigados el frescor de la madrugada hace que nos encojamos un poco.

El hangar está totalmente iluminado. Un grupo de técnicos rodea nuestra nave mientras ultima los preparativos para el viaje. Situada en el centro del hangar, la nave reluce como una piedra preciosa.

Mientras Constantín, Mikel y yo pasamos al interior, Adriano, Carla y Estrella se dirigen al jefe del equipo de mantenimiento.

Hemos remodelado todo el interior de la nave especialmente para esta misión. Se trata de un vehículo de carga de tamaño medio, diseñado para grandes trayectos y que no mide más allá de unos 20 metros de longitud por unos seis o siete de anchura.

Accedemos a la parte central de la nave que tiene unos diez metros de largo y que hemos convertido en el centro de operaciones del Cronos. Todo está en silencio. Indicadores, computadoras, el generador de energía... todo descansa aún.

Dejamos nuestros equipos personales en los armarios del pequeño dormitorio situado en la parte posterior de la nave. El tercero por la izquierda es mi cubículo; los de Constantín y Mikel, el primero y segundo de la derecha.

Volvemos a la sala del Cronos, y mientras Constantín y Mikel se disponen a dar vida a los instrumentos y hacer las últimas comprobaciones, me dirijo a la cabina de gobierno de la nave y tomo asiento en uno de los cuatro posteriores que tienen una ligera elevación respecto de los dos delanteros.

Me sorprende absorto en mis pensamientos, cuando hacen acto de presencia Estrella, Carla y Adriano. Mientras este se sienta a mi lado, ellas, desde los dos asientos delanteros, se disponen a poner en funcionamiento los motores del vehículo. Carla es Ingeniero aeronáutico, Estrella es médico, ambas son pilotos aeronáuticos y según tengo entendido poseen una preparación humanística envidiable. Adriano las conoció en un curso de Ciencia de Sistemas que hicieron y donde fueron alumnas suyas.

Transcurridos unos minutos desde que los motores de la nave se han puesto a funcionar, Mikel y Constantín se instalan en los dos asientos restantes.

Lentamente el vehículo se va poniendo en movimiento y se dispone a salir del hangar. Son unos momentos importantes para nosotros.

Estoy observando las maniobras para el despegue, cuando percibo por el rabillo del ojo que una serie de luces de pequeño tamaño y diversos colores difuminados, invaden la cabina y dan vueltas en círculo a nuestro alrededor a una velocidad increíble. Son casi imperceptibles.

Nos miramos todos sobresaltados (ya están de nuevo aquí estas luces), nadie sabe qué pasa. Instintivamente Carla y Estrella desconectan los motores de la nave. Se hace un silencio

total. Las luces continúan girando sobre nosotros durante unos segundos... y desaparecen.

-¿Otra vez? -acierta a decir Mikel.

-Pues es bonito... -dice Constantín riendo.

-¿Os habéis fijado? Lo extraño es que si intentamos mirarlas directamente no se pueden ver -comento yo.

-¿Porqué no lo volvéis a hacer? -sigue bromeando Constantín, dirigiéndose a Carla y Estrella, que ya se han puesto de pié.

No sabemos qué hacer, dónde mirar, qué aparato comprobar... ¿Qué ha producido eso?

Pasados los primeros momentos de sorpresa y excitación, interviene Adriano:

-Creo que lo mejor es continuar con todo a ver qué ocurre. No parece un mal funcionamiento de alguna máquina ni detecto hostilidad en ello. Si vuelven a aparecer seguimos con normalidad a ver qué pasa.

-Yo creo que es la energía positiva que hemos generado -bromea Constantín-. Ha sido sublime... nuestros sentimientos materializados -dice con su típica sonrisa socarrona.

Sonreímos, y Estrella y Carla se sientan y proceden a prepararse para el despegue.

Hay expectación; esperamos ver aparecer las luces de un momento a otro y que si no revienta todo, por lo menos que se nos revele el misterio.

No aparecen.

Poco a poco nos vamos tranquilizando.

Una levísima vibración nos indica que los propulsores están funcionando. Salimos del hangar y nos situamos en la explanada contigua. Lentamente, en vertical, nos vamos elevando. La nave sobrepasa la torre de control y tras unos momentos en que da la sensación de que nos hemos detenido, el vehículo se mueve horizontalmente y enfila hacia el oeste. El sol, que ya ha salido, ilumina la ciudad y los montes cercanos. En un instante nos encontramos sobre un océano en calma; se extienden los planeadores y la nave desciende a unos dos o tres

metros sobre el agua. Mirando a través del visor frontal, más tengo la sensación de que navego en un vehículo marino que en uno aéreo, aunque sin notar las oscilaciones propias de las olas.

Tras activar los pilotos automáticos, una ligera y suave música nos envuelve y un casi imperceptible perfume especial invade nuestro sentido del olfato.

Carla y Estrella giran sus butacas hasta situarse frente a frente. Constantín se levanta y pregunta:

–¿Alguien quiere tomar un refresco?

Toma nota: Dos zumos de naranja, uno de piña, dos de frambuesa, y para él, melón licuado.

–Antes de mediodía habremos llegado a El Cabo -dice Estrella.

–Nunca he estado allí -comenta Mikel. Parece que últimamente los africanos no nos están dando tanta guerra, ¿verdad?

–No -dice Adriano. Da la impresión de que han comprendido que deben dejarnos ir un poco a la nuestra y nos están respetando, veremos cuanto dura. La verdad es que si les dejamos, con sus ideas de crecimiento y competitividad, hubieran acabado contagiándonos su forma de ser. Viven para trabajar, para "progresar" económicamente. Han hecho bien en dejarnos en paz, aunque no se resignan y de tanto en tanto intentan embarcarnos en sus problemas con sus ideas consumistas.

–Bueno. La verdad es que su imagen es muy tentadora -digo yo. Hubo un tiempo en que estuve a punto de irme a vivir allí. En mi época de estudiante, en cierta ocasión publicamos un manifiesto de protesta ante ciertas trabas que puso el Ejecutivo para impedir lo que según ellos era el principio de nuestra explotación. Luego comprendí que realmente tenían razón, pero los africanos ya habían tomado nota y me hicieron propuestas tentadoras para emigrar y embarcarme en su vorágine "empresarial". Aún habiendo un flujo migratorio en ambos sentidos, lo cierto es que proporcionalmente van a vivir allí más

australianos, que africanos vienen a Australia. Cada uno que lo interprete como quiera.

–Sí, Fabián. Eso puede ser así -interviene Mikel-, pero no me negarás que nuestra sociedad dista aún mucho de ser perfecta.

–Lo sé, lo sé... -le contesto. Y si convenimos en que la sociedad es el reflejo de los individuos que la componen, está claro que no puedes pedirle "perfección". Otra cosa es el grado de permisividad, tolerancia, libertad, respeto o solidaridad que fundamenta la relación humana. El margen entre nosotros es muy amplio.

–¿Y qué me dices de los abusos? -me interpela Carla.

–Efectivamente -le contesto. Hay abusos. Pero los abusos entre nosotros, siempre son de los individuos, no hay grupos sectarios que los produzcan. Conocéis la circunstancia de que a mayor grado de responsabilidad menos probabilidad hay de que estos abusos se produzcan. Además, ante estos abusos sólo interfiere el ciudadano, ninguna organización, grupo de poder, influencia o interés. Nuestros problemas nos los solucionamos nosotros mismos.

–Bien. Pero no acaba de funcionar, continúa habiendo abusos y por tanto injusticias -dice Adriano.

–¿Pero qué pasa? ¿Es que creéis que estoy totalmente de acuerdo con nuestro sistema, que no hay cosas que mejorar? Nada más lejos; yo soy tan crítico como el que más, pero hay que esforzarse en comprender, en ver que por lo menos un amplio espectro de individuos, la inmensa mayoría, tiene posibilidades de realizarse. El mayor de todos los tiempos. Y eso lo sabéis.

No es que los diferentes se sacrifiquen al bien colectivo, es que los diferentes tienen la oportunidad de serlo, ellos también enriquecen nuestra sociedad. Lo que se trata de impedir es que haya "diferentes" que busquen su beneficio propio a costa de los demás.

¿Creéis que me gusta que los Australes existan? -continúo diciendo. El que mensualmente cada ciudadano tenga

derecho a cien Australes es una cosa que me humilla. Sigue siendo necesario el poner un límite para evitar el abuso, aún hay ciudadanos que no saben administrar del todo su responsabilidad; y por esos pocos la mayoría aceptamos, aunque en el fondo nos duela, la existencia de una forma de "dinero"...-termino diciendo.

Seguimos hablando de muchas cosas. Continuamos conociéndonos poco a poco. Son personas excepcionales y sus puntos de vista son muy enriquecedores. Mikel se ha puesto serio en varios momentos. He notado que me ha "atacado" un poco más de lo normal, pero sin pasarse. Es extraño, pero noto un poco de agresividad hacia mí. No sé si es animadversión. No sé lo que pasa. A mí me parece un tío fenomenal. Creo que es debido a que le hubiera gustado ser elegido para realizar mi función, pero eso no es posible, tiene que estar con los mandos del Cronos. Ya veremos.

-Estamos llegando -dice Estrella mirándome, al tiempo que gira su sillón hacia delante.

-Vaya. Pero cómo pasa el tiempo... -comento mientras nos abrochamos el cinturón de seguridad.

Los respaldos de los sillones se van incorporando y poco a poco la música va cesando.

Me sorprende la mirada de inteligencia que Estrella acaba de cruzar conmigo. He visto "química". Pienso en ello mientras nos acercamos al aeropuerto de Ciudad del Cabo.

He estado hablando demasiado. Generalmente a mí me gusta más escuchar. Me han provocado con sus preguntas y he caído en la trampa. Bueno, después de hablar también se pueden extraer buenas conclusiones.

Tras descender, un equipo de mantenimiento rodea nuestra nave. Nos apeamos y nos dirigimos al edificio de tránsito. Aeronaves de las actuales tres civilizaciones de la Tierra, van y vienen por doquier.

Adriano y Carla se dirigen a la gerencia del aeropuerto, mientras nosotros vamos hacia el restaurante. Toda una serie de mensajes placenteros nos son enviados a través de distintos

medios publicitarios. Utilizan brillantes técnicas por las que acceden a través de nuestros sentidos, principalmente la vista, el oído y el olfato. Han profundizado en la psicología humana, conocen perfectamente sus mecanismos y los utilizan para llegar a lo más profundo de la personalidad. Son técnicas para incentivar nuestros deseos y satisfacerlos con su oferta. Baños, masajes, objetos, deporte, sexo, comida, juego o diversión, son ofrecidos a los viajeros.

Estrella se ha colocado junto a mí y me ha cogido del brazo.

–¡Hola Fabián, te veo muy ensimismado! ¿Tan preocupado estás?

–No, no. Es que estoy disfrutando cada momento. Tengo la sensación de que estoy viviendo algo histórico, algo trascendente para mí, algo muy grande. Estoy seguro de que mi vida ya no va a ser como antes, aunque no sé cómo va a ser a partir de ahora. Me preocupa esa inseguridad. No sé hacia donde voy, pero algo me dice que voy hacia algo importante. Estoy inseguro pero también estoy contento.

–Venga hombre, ya verás como todo saldrá bien.

–No, si no es eso...

Y Estrella, que sigue cogiéndome muy fuerte por el brazo, continúa hablando y hablando. Proyectos, ilusiones... ¡Caramba, que agradable es esta mujer! Me está influyendo y cambia mi ánimo mientras me arrastra al restaurante. Constantín y Mikel caminan a nuestro lado con cara de expectación por todo lo que les rodea.

Tras incorporarse a la mesa Adriano y Carla, disfrutamos de una buena comida y poco a poco la conversación se va animando.

Precisamente ellos dos ya han estado aquí en otras ocasiones y nos cuentan algunas anécdotas. Bueno, no todo es malo en África. Quizá me convendría pasar una temporada en esta sociedad, la más multirracial que existe actualmente. Ya veremos...

–Venga, que nos tenemos que ir -dice Adriano.

Y mientras nos levantamos, paga el importe de nuestra comida con el dinero puro y duro de este país que se ha traído con él desde Australia.

Nos dirigimos de nuevo a la nave y tras despegar, ponemos rumbo al norte, bordeando la costa oeste del continente Africano.

Mientras Estrella y Carla nos llevan hacia la Península Ibérica, nos dedicamos a leer, repasar algunos aspectos del proyecto, o visualizar alguna película o documental.

Acabamos de cruzar el Ecuador y ya nos encontramos con una de las típicas tormentas de las que se producen en el hemisferio norte. Ello nos obliga a replegar los planeadores y elevarnos a diez mil metros. El único problema es el consumo de energía, ya que no hay posibilidad de repostar hasta nuestra vuelta a la parte sur del continente africano, menos mal que el consumo de esta nave es ínfimo. Vamos a ver cómo queda este asunto para el regreso.

Parece que la tormenta está pasando, cuando divisamos allá debajo, a nuestra izquierda, en medio del océano, un grupo de islas de un color grisáceo, casi negro. Son las Canarias. Ha sido precisamente un punto blanco que resalta en ellas lo que me ha llamado la atención. Es la nieve del Teide. Descendemos lentamente y se extienden de nuevo los planeadores; los indicadores de clima nos dicen que no hay tormentas hasta la Península Ibérica, sólo hay que tener precaución con los fuertes vientos que se canalizan por el estrecho.

Entramos en el Mediterráneo por Gibraltar. Este sí es un mar tenebroso. El cielo está abovedado por nubes oscuras, casi negras. La visibilidad es prácticamente nula a unos noventa o cien metros. Menos mal que es imposible toparse con una nave. Las autorizaciones para el traslado al hemisferio norte son prácticamente nulas. Sólo alguna que otra expedición científica es autorizada, por lo demás nadie tiene interés en venir hasta aquí.

Algún tiempo después nos acercamos al objetivo, y Carla y Estrella se disponen a preparar las coordenadas. Dejamos el

mar y nos internamos unos cinco o seis kilómetros tierra adentro. Lentamente la nave desciende y se posa en el punto cero del objetivo. A través de los visores exteriores se observa una gran desolación. Todo lo que nos rodea está calcinado aunque hay algo de vegetación; algunas plantas y matorrales se esparcen aquí y allá en pequeños grupos salpicando el paisaje. No se ve ni un solo árbol.

Constantín propone hacer una pequeña exploración por los alrededores.

–No lo considero necesario -dice Adriano-, y hay un riesgo evidente.

Mikel intercede:

–Es una oportunidad. Déjanos dar una vuelta, sólo serán unos momentos.

–Bien. Pero por favor, que sea breve. No os arriesguéis. No vayamos a poner en peligro la misión por eso. Aprovecharemos y cogeremos algunas muestras para analizarlas a nuestro regreso.

Yo considero que no vale la pena aventurarse en ese mundo hostil, mientras Mikel y Constantín proceden a ponerse los aislantes trajes autónomos. El medidor de la contaminación exterior indica que el nivel es aún alto.

A través del acceso exterior de seguridad, salen Constantín y Mikel, lentamente, tanteando el suelo. Se dirigen a la parte frontal del vehículo y nos saludan con la mano. Está muy oscuro. Carla enciende todas las luces exteriores y vemos cómo se alejan unos metros. Van con suma precaución. Hay un ligero resplandor casi imperceptible allá en el oeste. Supongo que será el sol que se está poniendo tras las montañas.

La escena es fantasmagórica. Da la impresión de que estamos en un extraño planeta situado muy lejos de su sol. La única vida animal evidente está en los dos compañeros que deambulan ante nosotros con sus brillantes trajes que resaltan en la oscuridad reflejando la luz de nuestros focos. Supongo que ellos nos verán a nosotros, a nuestra nave, de una forma similar.

Vemos cómo se agachan y recogen algunas muestras de piedras y plantas.

Comienza a levantarse un ligero viento que arrastra el polvo con él.

–Esto se está poniendo mal -dice Mikel. Vamos a regresar.

Aún no han acabado de entrar en la nave, cuando una intensísima lluvia de agua y polvo descarga sobre nosotros. Una especie de pasta grisácea va lentamente cubriendo nuestra nave y nos acaba de aislar totalmente del exterior.

Aparentemente las perspectivas son muy malas, cuando Constantín interviene:

–Venga, venga. No nos preocupemos. Todo esto estaba previsto; no hay ningún peligro. Sabíamos con lo que nos íbamos a encontrar y no debemos entristecernos. Es más, tenemos una misión importantísima por delante. Creo que este momento merece que lo mojemos con un poco de vino espumoso.

Refrendamos las palabras de Constantín por aclamación, y mientras este y Estrella se dirigen a la cocina a por copas y algunas pastas, aparece Mikel con una guitarra bajo el brazo. Quedamos estupefactos porque dicho instrumento no figura entre el inventario de la misión; pero de una u otra forma, Mikel pudo introducir esta "herramienta", y ahora nos sorprende gratamente tenerla.

LA PESTE

Pausadamente la cúpula del cubículo se ha ido abriendo.

Esta noche he dormido con Estrella. Lo hemos preferido así. Son ya varias las veces que hemos estado íntimamente juntos y ha sido muy agradable. Estrella y yo nos entendemos bastante bien. Me siento muy relajado cuando estoy con ella y nuestra relación es muy equilibrada. Hemos hecho el sexo. Buuufff, ha sido para volverse loco. Es toda una mujer.

Los reguladores vitales se están desactivando y una débil música se va difundiendo quedamente por toda la alcoba. Son las cinco de la mañana del día 19 de mayo del año 2117.

Mientras los demás se visten con el ropaje térmico habitual, Carla y yo nos ataviamos con vestidos rurales valencianos propios de finales del siglo XVIII, que han sido confeccionados expofeso para esta misión. Ha llegado el día del traslado, de nuestro primer viaje serio en el tiempo.

Poco a poco la nave ha ido tomando vida. Todo el instrumental del Cronos ya está en movimiento. Unas comprobaciones más y nos sentamos a tomar el desayuno. Pienso que debo alimentarme, y como algo más de lo habitual; no sé cuando voy a poder comer en las próximas veinticuatro horas.

Al levantar la mirada tropiezo con los ojos de Estrella. Son preciosos. Cómo me mira... Su mirada me sugiere simpatía, aprobación, aceptación quizás.

Carla y yo hemos estado trabajando mucho durante los últimos meses estudiando la geografía, las costumbres, la historia, el idioma... No se puede decir que lo hablemos correctamente, pero nos haremos entender, y lo más importante: Lo entenderemos. No ha sido fácil estudiar el valenciano de esa época. Debemos agradecer el esfuerzo hecho por Carla experta en filología ibérica que se ha comportado maravillosamente y ha trabajado muchas horas con nosotros durante los últimos

tiempos. Llevamos entre la ropa micro equipos de grabación. Pasaremos como extranjeros; al menos como forasteros.

Hemos decidido no llevar arma alguna. Somos conscientes del riesgo, pero debe estar bien claro que nuestra incursión es totalmente pacífica, por encima de nuestra propia seguridad.

Nos situamos en la pequeña plataforma circular, base del cilindro transparente que lentamente va descendiendo. El cilindro ha quedado cerrado herméticamente y un agudo zumbido va subiendo de tono. Carla y yo, estamos absolutamente inmóviles con la mano derecha levantada, lista para realizar un rápido movimiento a percibir por la máquina caso de que hubiera algún grave impedimento en la operación y que invertiría instantáneamente el sentido de la traslación.

Por un momento, la imagen oscura y casi imperceptible de unos árboles cercanos, va tomando cuerpo y se sobreponen con el interior de la nave. Noto cómo mis pulsaciones se elevan a cotas muy altas. Las luces del interior del Cronos se van haciendo pausadamente más débiles hasta que desaparecen. Está muy oscuro. Alargo el brazo y palpo el árbol junto al que estamos. Carla está a mi lado, muy cerca; la miro a los ojos y balbucea:

–Fabián...

Con mi mano izquierda le sujeto fuertemente el hombro al mismo tiempo que con el índice de la derecha sobre sus labios le indico que no debemos hacer ruido.

Es evidente que hemos ido a parar al bosque; una pequeña masa de árboles que sabemos situada a unos trescientos metros al oeste del pueblo. El árbol junto al que estamos es un pino mediterráneo fácilmente distinguible de los demás por su gran tamaño.

Aún no nos hemos movido. El sol comienza a clarear por la parte que da a la entrada natural al valle desde el mar, frente a nosotros. Conforme me voy relajando voy percibiendo la realidad inmediata. El aire que respiro es distinto al de nuestro tiempo, más puro, más fresco. Entra y sale de mis pulmones

dándome vigor, energía. Está algo húmedo, puede que debido a la bruma matinal. Parece que los pájaros van despertando poco a poco. Hay uno pletórico a juzgar por sus trinos.

–¿Cómo estás? -le susurro al oído a Carla.

–Creo que bien, Fabián.

De repente, unos ruidos bastante cercanos nos sobresaltan. Oigo un caballo que relincha, y algunas voces no demasiado lejanas.

–Venga haraganes, que ya es hora.

Instintivamente nos acurrucamos junto al árbol. Busco un lugar que nos dé mayor protección y en dos saltos nos situamos junto a unos matorrales cercanos. Miro agazapado en la dirección de los sonidos y veo un grupo de hombres a unos treinta o cuarenta metros. Son seis o siete como máximo. Uno de ellos se ha quedado paralizado mirando en la dirección en la que nos encontramos. ¡Nos han descubierto! Nos escondemos más si cabe tras el matorral. Posiblemente lo hayamos movido. Quedamos inmóviles. Aún no ha transcurrido un eterno minuto, cuando dos o tres hombres armados con mosquetes, nos rodean. Nos incorporamos lentamente con los brazos en alto. Nos miran con fiereza.

El que parece el cabecilla del grupo se acerca a nosotros y me coloca un pistolón de dos cañones sobre mi pecho. Los martillos de los percutores están levantados, el dedo sobre el primer gatillo y los cañones apuntando a mi corazón. Si se le va el tiro, me mata.

–¿Quiénes sois? -grita mientras nos examina de hito en hito.

–Somos forasteros -me atrevo a decir. Por favor no se ponga nervioso, somos inofensivos, no llevamos armas. Que se le puede disparar la pistola...

Observo cómo despega un poco su dedo índice del gatillo. Lentamente levanta los cañones y apunta hacia arriba. Mira hacia los alrededores desconfiado. Sus hombres hacen lo mismo.

–Estamos solos -acierto a decir.

Poco a poco, con curiosidad, gira a nuestro alrededor observándonos.

Los soldados se tranquilizan un poco y sin darse cuenta dejan caer los cañones de sus armas hacia el suelo.

–¿Adónde vais?

–Vamos al monasterio, tenemos que visitar a fray Pascual Mateu.

–¿Y vuestro equipaje? ¿Con qué viajáis?

–Pues...

–Nos lo han robado los ladrones -interviene Carla rápidamente. Todo. Nuestros caballos, la ropa, la comida, todo...

–Vaya, vaya. Pero si la señora habla.

Nos mira fija y fieramente a los ojos.

–No me fío de vosotros. ¡Atadles!

En un instante dos o tres soldados se abalanzan sobre nosotros y nos atan las manos a la espalda.

–Vamos; recoged todo. Veremos en el pueblo qué dicen de estos dos.

Con un par de empujones nos echan hacia adelante y nos obligan a bajar hacia el pueblo. El jefe va primero montado en un caballo; a pié, los soldados van a nuestro alrededor.

Menos mal; el peligro inmediato ha pasado. Los primeros rayos de sol de este día nos muestran un espléndido valle, algo estrecho, cerrado por las montañas al norte y al sur, y abierto en el sentido este-oeste. En unos minutos el nuevo sol desvanece la bruma y baña nuestro entorno dándole unas magníficas, intensas y claras tonalidades propias de estas zonas mediterráneas. Desde aquí se divisa la torre de la iglesia del monasterio.

Poco tiempo después llegamos a las primeras casas de Simat, un pueblecito situado junto al monasterio. Una mujer vestida de negro con un pañuelo en la cabeza y que sale en esos momentos de una de ellas, se vuelve a meter rápidamente y mira a través de la puerta semicerrada.

El olor a leña quemada me hace levantar la mirada hacia los tejados. El humo blanco de las chimeneas se levanta casi en

vertical hacia al cielo. No hace nada de viento. Este olor me ha despertado viejos recuerdos de mi niñez en el campo. Es el primer síntoma del pueblo aún semiadormecido. Comienza la vida en los hogares.

Nos estamos acercando a la plaza mayor, cuando escucho el agudo sonido de una campanilla. Por la bocacalle del fondo viene hacia nosotros una comitiva religiosa. Alguien va a recibir la extremaunción. Los soldados nos sujetan, nos detienen y nos hacen arrodillar. Postrados todos, vemos pasar ante nosotros a un fraile y dos monaguillos que le preceden portando una cruz y haciendo oscilar la campanilla. Unos pasos detrás les sigue una mujer enlutada y de edad indefinida, con la cabeza cubierta y recogida en sollozos.

Alguien debe estar pasándolo muy mal, pienso.

Seguimos hasta la plaza y los soldados llaman a la puerta de las dos o tres casas principales. Un hombre se asoma por la ventana de un primer piso.

—El alcalde. ¿Dónde está el alcalde? -grita el cabecilla.

Tenemos que esperar unos momentos antes de que tres o cuatro individuos salgan de sus casas y se nos acerquen. Los soldados se están poniendo nerviosos y dan un paso atrás. Tienen miedo al contagio de la epidemia.

—Yo soy el alcalde. ¿Qué se os ofrece, capitán?

Éste, que no ha dejado de dar vueltas intranquilo con el caballo por toda la plaza, le dice:

—Hemos encontrado a estos dos cerca del pueblo. ¿Los conoce?

Ante la negativa del alcalde, le sigue diciendo:

—Tenemos una misión que cumplir y no podemos entretenernos demasiado. Los dejamos en sus manos. Haga con ellos lo que quiera.

—Encerrados... de momento -ordena el alcalde a sus hombres.

Y algunos de los aldeanos se acercan a nosotros y nos llevan a empujones hacia un edificio cercano y nos echan a trompicones en una especie de mazmorra. Intentamos hablar,

explicarnos... pero no nos hacen caso. Creo que hemos llegado en un mal momento.

-Por favor, desátennos al menos -pruebo a decir. Nos duelen mucho las muñecas.

-En mala hora han aparecido estos por aquí. Bueno, desatadlos.

A través de un elevado ventanuco vemos cómo la mañana va avanzando.

-Tenemos que hacer algo o todo se irá al traste -comento con Carla. Aquí no viene nadie. Esta gente está ocupada en otras cosas y se ha olvidado de nosotros. Parece que aquí no atienden a demasiadas razones. Se me acaba de ocurrir un plan. Si no salimos vivos, lo haremos muertos.

Lo comento con Carla que acepta pero sin demasiado entusiasmo.

-No hay más remedio. Debemos arriesgarnos o fracasará la misión.-le digo al final.

Antes que nada tendré que explicar que ya desde muy jóvenes, en nuestra educación primaria, funciona un apartado de control mental y relajación. Lo que vamos a hacer ya lo hemos hecho anteriormente.

Nos tumbamos sobre el frío suelo de tierra endurecida, nos estiramos y respiramos profundamente. Pronuncio interiormente un mantra y me concentro en mi corazón. Soy consciente de cada latido, desde el principio hasta el final. El intervalo vive tanto como el propio latido. Lentamente voy reduciendo el ritmo de las pulsaciones hasta dejarlas en un mínimo de diez por minuto. Noto cómo el cuerpo se me va enfriando poco a poco hasta que llega un momento en que casi dejo de percibirlo. Mis constantes vitales están al mínimo. Debo mantenerme ahí, es importante, y ¡ojalá que no tarde mucho en aparecer alguien por aquí!

No debemos llevar mucho en este estado, cuando escucho una llave dando vueltas en una cerradura y correr unos cerrojos. Lo percibo como algo lejano, algo que no me afecta a mí directamente. Sé lo que está pasando, pero continuo

centrado en mi corazón. La sangre fluye lentamente a través de las arterias, de las venas. Mantengo las constantes mínimas. Dos o más personas se acercan a nosotros. Alguien dice:

—¡La peste! Estos dos están muertos. Corre y avisa al alcalde.

A los pocos momentos entran más personas. Oigo sus rápidas y nerviosas pisadas. No sé si me estarán tocando. De todas formas no creo que se acerquen mucho -pienso.

Parece que nos están envolviendo en sábanas. Me siento transportado. Da la sensación de que me han puesto sobre unas parihuelas.

Es hora ya de volver al estado normal tal y como he quedado con Carla. Poco a poco voy recuperando los latidos del corazón. Noto cómo la sangre fluye por mis venas. Tengo frío. Espero que Carla vaya haciéndolo todo según lo convenido. Abro lentamente los ojos y no puedo ver nada; sólo la luz del sol se filtra a través de la sábana con que estoy envuelto. Trato de orientarme sobre la situación aguzando los oídos. ¡La campanilla! Escucho la campanilla algo lejos. Veinte o treinta metros. No viene hacia nosotros, se aleja. O vuelve del anterior servicio o va a otro.

Percibo que estamos subiendo una cuesta. Advierto los pies ligeramente levantados y la presión aumenta en mi pecho y cabeza. Trato de orientarme y tengo la impresión de que vamos hacia una pequeña ermita situada a algo menos de trescientos metros al sudeste del pueblo pasando junto al monasterio.

El tañido de la campana de la ermita es una vibración angustiosa cuando llega a mis oídos. Las ondas sonoras disminuyen progresivamente hasta hacerse imperceptibles. Por unos momentos es el silencio. Este aparente vacío es únicamente roto por el desigual paso de la comitiva que, de una u otra forma, se incorpora a él. Escucho el canto de un gorrión y deduzco, a juzgar por el tono, que ya debe haber pasado mediodía, su trino es deshilvanado, cansino. Debo estar en la vertical de la espadaña. Un nuevo tañido golpea fuerte en mis oídos.

ENTRE LA ERMITA Y EL MONASTERIO

El eco de las pisadas y algunas voces susurrantes me indican que hemos entrado en la ermita. Se deja mi cuerpo cuidadosamente sobre una superficie dura y fría y los pasos se alejan mientras alguien dice:

–Vamos a cavar la sepultura.

Poco a poco el silencio es total. Sólo del exterior me llegan muy débiles algunos lamentos.

Me concentro en mi respiración y voy incrementando su ritmo. Noto cómo la frecuencia de los latidos del corazón se van acelerando poco a poco. Lentamente muevo los dedos de los pies y los de las manos. Mi temperatura corporal va subiendo. Tengo frío. Presiono con mis brazos la sábana. Me muevo con mucho cuidado; puede haber quedado alguien o estar yo situado sobre alguna mesa o banco y caer al suelo. Descubro mi cabeza y mis ojos quedan libres. El techo es de vigas de madera muy oscura; contrasta con el yeso blanquísimo situado entre ellas. Es plano y estará situado a unos cuatro metros de altura. Giro suavemente la cabeza a uno y otro lado. No veo a nadie. Estoy en el suelo muy cerca del altar. A un par de metros a mi derecha se halla Carla, envuelta aún en el sudario. Noto el fuerte olor de los cirios encendidos por doquier. Trato de ver si aparece el que estaba tirando de la campana. Puede que se haya ido con el grupo o puede haberse quedado en el interior de la ermita.

–Carla. No hay peligro -le digo en voz baja mientras aparto la sábana y me incorporo.

Carla se va moviendo. Me acerco a ella y la ayudo a deshacerse de su sábana. Nos miramos a los ojos y cruzamos una alegre sonrisa, una mirada de complicidad. Mientras escondemos las sábanas debajo de uno de los bancos, Carla me dice:

–Uf. Nos ha salido bien. ¡Qué susto he pasado!

–Bueno, aún no ha pasado el peligro. Vamos; tenemos que salir de aquí.

Nos arrimamos al lateral de la derecha y con precaución volvemos hacia la salida. Atravesamos con nuestros cuerpos dos inclinados pilares de luz que van desde las ventanas de la izquierda al suelo, cuando en un instante veo unas sombras que se acercan del exterior de la ermita.

Casi no me da tiempo de coger de un zarpazo a Carla y escondernos detrás de la puerta. No nos han visto. Son dos frailes que con la capucha puesta se dirigen hacia el altar, uno tras otro. Al llegar se arrodillan y rezan. Le hago señas a Carla para que me siga y volvemos sigilosamente hacia el altar. Un pequeño crucifijo se halla sobre él y la imagen de una virgen iluminada por unos candelabros, ubicada al fondo, preside la escena. En extremo silencio nos situamos tras los monjes y le hago señales a Carla para que azuce a "su" fraile. Dos secos y certeros golpes en la cabeza les hacen rodar instantáneamente por el suelo quedando inmóviles. Lo siento por ellos pero es necesario.

—Hay que llevarlos a la sacristía.

Les arrastramos unos cinco o seis metros y cerramos la puerta tras nosotros. Rápidamente les despojamos de sus hábitos y los amordazamos con unos cordones que vemos entre la ropa de culto que hay sobre la mesa. Cuidamos de taparles bien las bocas para que no puedan gritar cuando se recuperen, les arrastramos hacia un armario cercano y los encerramos en su interior. Nos vestimos con sus hábitos y vamos corriendo hacia la salida. Una vez en la puerta nos cubrimos con las capuchas y salimos lentamente de la ermita. Levanto ligeramente la cabeza y un dantesco panorama se muestra ante nuestros ojos. La pequeña explanada frente a la ermita se ha llenado de tumbas recientes ya que el pequeño cementerio adosado al edificio ha resultado insuficiente para albergarlas. Algunos frailes deambulan por ellas musitando rezos. Tres o cuatro hombres están abriendo fosas; quizá fueran las nuestras. Un grupo de mujeres y un par de niños están llorando junto a una sepultura un poco lejana mientras un fraile dirige las oraciones y dos hombres la cubren de tierra con sus palas.

Un poco más abajo, a la derecha, veo el monasterio y le hago señas a Carla para que me siga, cuando se escucha el tintineo de una campanilla. Vacilamos un momento y vemos que los frailes se dirigen hacia el que seguramente la ha sacudido. Poco a poco se van colocando en hilera de a dos y reanudan el camino de regreso hacia el monasterio envueltos en un cántico religioso, quizá una plegaria; es muy triste. Pausadamente nos colocamos los últimos de la fila y les seguimos. Pienso que así vamos más seguros.

Dejamos atrás la ermita y el improvisado cementerio y descendemos la ligera ladera hacia el monasterio. El sol ya ha sobrepasado su cenit, debe ser la una de la tarde. Una recia campana de la torre de la iglesia toca a muerte. Potentes y espaciadas campanadas invaden la escena.

Carla camina a mi lado. Tengo ganas de poder hablar con ella, no sé lo que estará sintiendo. De vez en cuando nos miramos a los ojos y cruzamos un guiño de complicidad. Tratamos de no dejarnos sobrecoger por estos grandes momentos de dolor que está padeciendo esta gente. Estamos tranquilos por lo que respecta al contagio ya que hemos dotado nuestros cuerpos de defensas.

De nuevo, una sobria campanada casi enmudece el cántico de la comitiva, cuando llegamos a la altura de la valla exterior del monasterio y por una puerta lateral penetramos en el recinto. Unos chirridos y la puerta se cierra tras nosotros. Ahora me siento seguro. Es como si estuviera en casa, como si todo el peligro hubiera desaparecido; pero algo me indica que debo ser prudente y localizar a fray Pascual lo más pronto posible, sin dar la alarma.

Por fin llegamos junto a la puerta de lo que creo debe ser el refectorio. Unos resonantes ruidos de escudillas me lo dan a entender. Mi fila se ha puesto en marcha y me alejo de Carla. Entramos en el comedor y nos situamos de pie, frente a frente las dos hileras con una gran mesa de madera en medio. Hacemos una rápida señal de la cruz con nuestra mano derecha

y nos sentamos en los recios bancos situados junto a ella. Tras una oración musitada en latín, nos disponemos a comer.

La sala no es excesivamente grande, está algo oscuro. Por unas pequeñas y elevadas ventanas penetra un poco de luz diurna a través de las vidrieras pero resulta insuficiente; una serie de velas repartidas por todas partes y algunos candelabros sobre la mesa acaban de iluminar la escena. Los arcos de la bóveda descansan en las esquinas sobre los símbolos de los cuatro evangelistas. Un fraile desde un pequeño púlpito lee el Apocalipsis de San Juan, mientras otro nos sirve la comida de una marmita portada por otros dos. Cuando veo que los demás empiezan a comer, me inclino y saboreo lo que nos han servido. Es la primera comida que tomamos en muchas horas. Su sabor y calor me reconforta. Se trata de una sabrosísima sopa de ajo con un huevo en su interior. Nadie se ocupa de quién tiene a su lado o enfrente. Ni siquiera nos hemos quitado la capucha, el ambiente es de total recogimiento. La voz del fraile lector resuena entremezclada con los esporádicos ruidos de las escudillas, vasos y cucharones. Me dispongo a comer una manzana que hay frente a mí y me sabe realmente deliciosa. Al toque de una campanilla se hace el silencio y tras una oración nos ponemos en pié y salimos en doble fila del refectorio. Al salir nos encontramos frente al claustro. En un instante en que no se ve a nadie, nos apartamos de la fila y caminamos a través de uno de los laterales, cuando observamos que un fraile se acerca a nosotros en sentido contrario. No sé si viene a nosotros o no, pero decido dirigirme a él:

–Hermano. ¿Dónde está fray Pascual Mateu?

Nos hemos detenido frente a frente.

No le miro a los ojos y continúo con la cabeza cubierta. Debe haber observado algo raro pues no me contesta. Tengo que levantar la vista. Nuestros ojos se atraviesan. Mantengo la mirada y repito la pregunta, ahora más dulcemente:

–Hermano... ¿Dónde está fray Pascual Mateu?

Se trata de un monje joven; su mirada es de sorpresa. Parece que va a gritar, a llamar a alguien, por un momento su

mirada se desplaza a Carla. Esta se cubre el rostro. Me mira a mí de nuevo y me indica con el dedo una puerta cercana.

–Gracias; no temas, somos personas de paz. Venimos de muy lejos a verte.

Y con el índice sobre mis labios le suplico silencio.

LA VISITA

Doy unos ligeros golpes a la puerta y espero unos instantes.

Presiono el tirador y abro lentamente. La habitación está oscura. Un poco de la luz del día que viene conmigo desde el exterior ilumina tenuemente la escena. Un ventanuco situado a mi derecha deja pasar algunos rayos por entre las rendijas de sus pequeñas puertas cerradas. La luz producida por las llamas de dos velas intenta abrirse camino en la oscuridad. Rápidamente entramos y cerramos la puerta tras nosotros. Poco a poco mis pupilas se van dilatando y me voy haciendo a la penumbra. De pronto escucho una débil voz que dice:

—¿Quiénes sois, hermanos?

Trato de localizar la procedencia de las palabras. Al fondo, junto a las velas, vislumbro un lecho y un hombre yace en él recostado sobre unas almohadas.

—Somos hombres de paz. Venimos a ver a fray Pascual Mateu.

De nuevo la voz temblorosa y débil nos dice:

—Yo soy, hermanos. ¿Qué queréis de mí?

El corazón me late intensamente mientras poco a poco nos vamos acercando al lecho y nos situamos a ambos lados del mismo. Le miro profundamente a los ojos. No sabría decir cuál es su edad. Es evidente que la enfermedad ha hecho mella en él. Sesenta, setenta... No creo que tantos. Sus ojos reflejan debilidad, sufrimiento; también sensibilidad, agudeza, bondad; pero independientemente de su edad física real, de su aspecto demacrado por la enfermedad, sus ojos me indican el frescor de la juventud. Su mirada me atrapa, rebosa nobleza.

Ha llegado la hora. Vamos a interferirnos en la vida de este hombre. Debemos ser sinceros pero también cautos. No tenemos derecho a producir daño, somos intrusos.

–Fray Pascual... -comienzo diciendo. Esta es Carla, yo me llamo Fabián. Venimos de muy lejos en el espacio... y en el tiempo; y venimos a verle a usted, queremos conocerle.

–¿De dónde sois? ¿Porqué habéis venido a verme a mí?

Estrella no puede resistir por más tiempo el silencio. Se acerca a fray Pascual, se arrodilla a su lado y tomándole por las manos le dice:

–Padre, venimos de un país llamado Australia.

Le ha llamado "padre". Una sutil presencia de amor impregna la escena.

–Ah, sí. Australia. Qué lejos está, ¿verdad?

–Sí padre. Como dice Fabián, lejos en el espacio, pero también venimos de lejos en el tiempo.

–¿Cuánto habéis tardado en llegar, hermanos?

–No padre, no. No es eso. Venimos del futuro; venimos de un tiempo en que el hombre disfruta de paz, es más libre; su sufrimiento es menor, mucho menor. Es un tiempo lleno de esperanza en el que el hombre tiene la oportunidad de saborear la vida, sin temores... sin miedo. Son trescientos años los que nos separan de ese futuro. Nosotros nacimos allí... entonces.

Los ojos de fray Pascual se han iluminado. Un eterno silencio se interpone entre nosotros, pero su mirada se introduce hasta lo más profundo de mi ser.

Cuando ha considerado que ha visto en mí lo que quería ver, aparta su mirada y la dirige a los ojos de Estrella. El silencio continúa.

Parece que algo ha detectado. No creo que piense que la situación es para bromas y de una u otra forma creo que lo ha aceptado sin quizás comprenderlo demasiado.

–¿Cómo es posible? ¿Qué nueva maravilla ha hecho Dios?

–Padre -intervengo yo. Dios no ha hecho eso, lo hemos hecho los hombres. Dios se ha manifestado y ha puesto las bases para que eso pudiera suceder. (Intento aproximarme a su pensamiento. Tengo que hacerme entender sin faltar a la verdad, si es posible).

–También es hermoso verlo así, hermano.

¡Qué maravilla! ¡Qué forma más positiva de reaccionar! Estaba preocupado.

–Pero, ¿qué he hecho yo? ¿Porqué habéis venido a mí? –sigue diciendo.

–Si quiere que le seamos sinceros, ahora, en estos momentos aún no lo sabemos muy bien. Una serie de hechos nos han invitado de una u otra forma a venir a verle. Un ejemplar de su libro "De curatione herbarum" estaba en nuestra Gran Biblioteca.

–Ah. ¡Qué alegría! ¿Uno de mis libros ha sobrevivido tanto tiempo?

–Sí, padre.

–Tengo tantas cosas que deciros, tantas que preguntaros... Pero intuyo que no hay mucho tiempo; la peste ha hecho presa en mí y siento que voy a morir. Me gustaría que me conocierais mejor y quisiera pedir os dos favores. El primero es que cojáis unos manuscritos muy personales que tengo escondidos. Quiero que los rescatéis para vosotros. Si vais a la sala tercera de la biblioteca del monasterio los encontrareis en el segundo estante del fondo. Ante el peligro de que pudieran caer en manos insanas, que pudieran dañarme, los he ido encuadernando en tapas originales de otros libros. No recuerdo sus títulos, pero los dos están en cuarto o quinto lugar empezando por la izquierda. Por favor, cogedlos.

Un leve sonido de los goznes de la puerta de la celda, nos hace girar la cabeza rápidamente hacia ella.

–No temáis, hermanos –dice cansinamente. Es Francisco, el novicio que me cuida. Debe traer algo de comida.

El novicio llega hasta nosotros y le ofrece una humeante taza de caldo sin dejar de mirarnos alternativamente ni un momento.

–Francisco, ve y llama al abad. Dile que venga –dice fray Pascual.

Unos momentos después el abad se persona acompañado de un par de frailes más.

—Ángel. Estos dos amigos han venido de muy lejos a verme -dice muy débilmente fray Pascual-. Siento que me quedan muy pocas horas de vida. Quiero que hablen con Teresa y la niña; me gustaría que estuvieran presentes.

El abad, casi suplicante, se arrodilla junto a él, le coge las manos y se miran profundamente a los ojos. Tras unos momentos de silencio, inclina la cabeza y le dice:

—Lo que tú digas, Pascual.

—Francisco, acompáñales a casa de Teresa. Por favor, decidle que quiero despedirme de ellas.

—Esperad -interviene Carla. Antes que nada debéis mandar a alguien a la ermita. En uno de los armarios de la sacristía hay amordazados dos monjes. Lo sentimos, pero no tuvimos más remedio que hacerlo en un momento en que nuestra misión se vio gravemente amenazada. Os rogamos que les presentéis nuestras disculpas.

Atravesamos el claustro, pasamos junto a la puerta principal de un suntuoso e imponente templo situado a nuestra derecha y salimos del vallado del monasterio por la puerta principal con un pequeño carruaje tirado por dos caballos. El tiempo ha cambiado repentinamente. Unos negros nubarrones han invadido el cielo y parece que han adelantado la noche. Está todo muy oscuro. Un relámpago no demasiado lejano y algunas gotas de lluvia nos anuncian la tormenta.

A trompicones atravesamos el pueblo, nos detenemos frete a una de las casas y Francisco llama a su puerta.

Una mujer más bien pequeña nos abre la puerta. Sus ojos están tristes, llorosos. Debe ser algo mayor que yo. Se sorprende al ver a una mujer con hábito de monje.

—¿Teresa? -pregunto.

—Sí -me dice más con el gesto que con la palabra.

—Nos envía fray Pascual -dice Carla. Está muy mal. Quiere que vayáis tú y tu hija.

—Dios mío, Dios mío -dice entre sollozos. Hace una semana mi marido, ahora Pascual...

La lluvia comienza a apretar.

–Pasad, pasad... esperad un momento.

Tras ponerse un capote y coger a la pequeña, una chiquilla de seis o siete años, subimos a la tartana.

No deben ser más allá de las cinco de la tarde y el cielo está tan oscuro que parece noche cerrada. Por unos momentos más que llover lo que hace es diluviar. A pesar de que llevamos las capuchas puestas, pronto quedamos empapados. Francisco se encarga de llevar los caballos por entre las intrincadas y ahora oscuras callejuelas. No se ve ni un alma; ni una luz. Sólo nuestro farol oscila increíblemente de un lado a otro. Lo único que podemos hacer es encogernos y esperar hasta el monasterio.

Por un momento miro de soslayo a Carla y la sorprendo mirándome a pesar de las sacudidas. La asombrosa luz de un rayo ilumina la extraña escena. Un trueno seco le sigue a cinco segundos. Nos recostamos y extiendo mi brazo izquierdo sobre sus hombros. Me preocupa Teresa que va en el asiento posterior, envueltas en el capote ella y su hija.

Cuando llegamos a la puerta principal del monasterio unos frailes nos ayudan a bajar del carro y lo llevan a las caballerizas que están situadas a la izquierda, junto a la valla exterior; a la derecha queda una capilla. Recorremos a pié un pequeño tramo de unos cien metros hasta llegar al claustro, pasando frente a la entrada principal de la iglesia. Francisco, el novicio, nos ayuda a quitar nuestros remojados hábitos. Teresa sacude su capote y lo cuelga en una percha de la entrada. Observo que este gesto lo ejecuta muy pausadamente, como una ceremonia. Tanto me ha llamado la atención que me acerco a ella y la miro. Sus ojos parecen un castillo de fuegos de artificio. Mil destellos se producen en ellos al reflejar la luz de las antorchas en sus húmedos ojos. Trato de indagar con mi mirada cuál es su estado de ánimo, si necesita algo. Estoy escrutando con mis ojos aquellas chispas en los ojos de Teresa, cuando al apercibirse de mi curiosidad y verse sorprendida, rehuye mi mirada.

Atravesamos a pié por un pequeño camino interior y accedemos al claustro. Está todo iluminado por las antorchas. ¡Oh, qué visión más hermosa! Hay un grupo de ocho o diez monjes a la puerta de la celda de fray Pascual. Conforme nos acercamos nos van abriendo paso. Escucho que alguien susurra:

–¡Oh, no! ¡Dios mío, que no muera!

Teresa se nos ha adelantado, abre rápidamente la puerta de la celda y se introduce en ella casi corriendo pronunciando el nombre de Pascual. Los murmullos se han elevado de tono. Los frailes conocen a Teresa.

–¿Qué hace aquí esa mujer? -dice alguno de ellos.

Nosotros la seguimos a tiempo de ver cómo se arrodilla junto a la cama y rompe en llanto. Fray Pascual extiende su mano izquierda, la pone sobre la cabeza de Teresa y la acaricia. Sólo los sollozos rompen la palpable atmósfera de pesar, de impotencia. Es un momento que me parece eterno. Fray Pascual dice débilmente:

–Hola Teresa... ¡cuánto tiempo sin verte!

La niña, con cara de asustada, se coge fuertemente a su madre.

Carla se me acerca y dice:

–Debemos salir ahora. Tienen muchas cosas que decirse...

Hacemos señas a Francisco y le pedimos en voz baja que nos acompañe a la biblioteca. Mientras salimos, vemos que el abad y los otros frailes nos siguen afuera.

LA VIDA, LA MUERTE DE FRAY PASCUAL

–Espera aquí a la puerta. Que no entre nadie hasta que yo regrese. Yo les acompañaré -le dice el abad al novicio.

Seguimos al abad a través de los laterales del claustro. La lluvia continúa cayendo. Escucho el golpear de las gotas contra el suelo, contra las hojas de las plantas; sus característicos sonidos se van mezclando con los ecos de nuestras pisadas. Un poco de viento hace oscilar las llamas de las antorchas que nos hacen ver la casi irreal escena.

Fray Ángel coge la antorcha situada junto a la puerta de la biblioteca y nos indica que le sigamos. Penetramos en la sala tercera y se dirige hacia el armario del fondo. Inclina la antorcha, ilumina el segundo estante y nos indica:

–Coged esos libros; es deseo de Pascual que os los llevéis. Sólo yo sabía de su existencia. Sólo yo había leído sus manuscritos. Pascual es un gran hombre, ya lo conoceréis. Ha tenido que vivir en un tiempo difícil, en un mundo agitado. Hace ya algunos años que tuvimos unos pequeños roces con la curia y muy cerca estuvo el que prosperara una acusación de herejía. Desde entonces que aprendimos la lección y tratamos de evitar esa "realidad". Su vida no ha sido muy larga, sesenta años no han sido muchos, pero su semilla ha germinado y fructificado. Nos ha reconfortado con su presencia. Sólo Dios puede juzgarle.

Carla y yo nos inclinamos a coger los libros. Con sumo cuidado los abrimos y ojeamos. Están escritos en valenciano antiguo, en el hablar del pueblo. Estamos absortos mirándolos cuando el abad nos interrumpe:

–Debéis tener hambre, ¿verdad?

–Sí, hace bastante que no hemos comido -dice Carla.

–Os acompaño al refectorio y podréis tomar algo.

Seguimos al abad a través del "scriptorium", coge un pequeño saco de tela y me lo entrega para que introduzca los dos libros en él.

–Muchas horas tiene pasadas aquí fray Pascual. Ha sido uno de nuestros más insignes copistas y traductores. Su pasión fueron los autores griegos y romanos.

Entramos en el comedor y vemos un par de monjes que están acabando de limpiar mesas y suelo. Hace poco que tuvieron lugar las Vísperas y cenó la comunidad. Fray Ángel nos invita a sentarnos y se dirige a la cocina.

Unos instantes después un par de frailes se acercan y ponen ante nosotros la humilde vajilla. Nos sirven un poco de hervido y unos trozos de pollo con salsa de tomate. Un vaso de vino tinto nos reconforta. A pesar de la sobriedad la cena nos parece riquísima. El silencio es total. Los frailes no nos quitan la vista de encima, seguramente no tanto por lo novedoso de nuestra visita como por el hecho extraordinario de la presencia de una mujer. Cuando terminamos, uno de los frailes se dirige a nosotros:

–El abad les espera en el templo. Es hora de Completas. Yo mismo les acompañaré.

Aún no había acabado de hablar, cuando una pequeña campana sonaba en el interior del claustro y convocaba a la comunidad a la última oración del día: Completas.

Seguimos al fraile y nos introduce a través de una pequeña puerta en la iglesia del monasterio. Nos acompaña hasta los bancos en que se sientan los fieles y nos invita a sentarnos. Se dirige a la sillería situada en la parte derecha del altar a tomar su asiento, cuando unas suaves notas comienzan a manar del armonium que está situado detrás a nuestra izquierda. El olor a incienso y cera invaden mi olfato. Uno de los frailes comienza un cántico; el resto le contesta. Están sentados todos en la sillería situada a ambos lados frente al altar, flanqueándolo.

Las voces entonan el canto gregoriano. Vibran. Parece que un trozo de cielo se ha abierto ante nosotros; tal es el fervor con que entonan el cántico. En esos momentos es Dios lo más importante, lo único, y sus criaturas le elevan sus alabanzas y plegarias. Quizá están pidiendo por fray Pascual, quizá por

todos. Me acerco un poco a Carla y nos situamos hombro con hombro. ¡Qué momento más maravilloso! La presencia de Dios es palpable en este instante. Por enésima vez, un escalofrío recorre mi cuerpo.

La ceremonia finaliza; se suben las capuchas, y en total recogimiento y en fila de a dos, salen por la puerta lateral del templo por donde hemos entrado y se dirigen hacia el claustro.

Fray Ángel, que va en el último lugar de la fila derecha, abandona la comitiva, se acerca a nosotros, nos sonríe y nos indica que le sigamos.

Este fraile debe ser una gran persona -pienso.

Ante la puerta de la celda de fray Pascual, ahora sólo está Francisco, quien nos abre la puerta y franquea el paso.

Fray Pascual está muy debilitado aunque aún consciente. Teresa y la chiquilla se han sentado en unos taburetes junto a la cama. Teresa está recogida, absorta en sus pensamientos. La niña nos mira; se la ve impresionada, no entiende nada.

Pascual nos habla. Sus frases son casi imperceptibles; parecen deshilvanadas, incoherentes. Habla de amor, de Teresa, de la vida, de su vida. Me parece escuchar la palabra "esperanza". Se dirige a Carla y a mí y nos da las gracias por haber venido a verle, por haber venido a traerle ese mensaje de esperanza desde el futuro.

Pasamos todos toda la noche rodeando su lecho. Teresa, la niña, su amigo Ángel, Francisco el novicio, Carla y yo.

Por un momento me parece percibir de nuevo aquellas luces de colores que daban vueltas a nuestro alrededor y nos envolvían. Carla y yo ya las conocemos. Los demás quedan totalmente sorprendidos intentando fijar sus ojos sobre ellas. Labor imposible. Intento tranquilizarles diciéndoles que no se preocupen, que no pasa nada. Les miento diciéndoles que sabemos lo que es eso y que es totalmente inofensivo.

Mientras las luces continúan envolviéndonos, el rostro de fray Pascual parece que se ilumina, nos mira a todos uno por uno y nos dice:

–¡Dios mío, cuanto os quiero! Que Dios esté siempre con vosotros.

Y tras un ligero suspiro, fray Pascual deja de existir.

Teresa rompe en sollozos. A mí se me escapan algunas lágrimas. Carla, llorando, se acerca a Teresa, le levanta el rostro y se miran a los ojos. No se cruza ninguna palabra, pero veo que hay comunicación entre ellas. Me acerco a las dos y las beso en la frente.

Fray Ángel musita unas oraciones y bendice el cuerpo de Pascual.

Teresa y Carla se dirigen cogidas del brazo fuera de la celda, la niña las sigue pegada a ellas.

Los sonidos de la pequeña campana del claustro pasan a través de la puerta acompañados del aire fresco de la noche y llegan hasta nosotros.

–Francisco, quédate aquí con fray Pascual -dice fray Ángel. Venga, vamos todos a Maitines. Sé que esto me acarreará problemas, pero allá con ellos. Hoy es un día extraordinario. Venid todos conmigo.

Casi sin darnos cuenta, las luces misteriosas han desaparecido.

Salimos al exterior fray Ángel y yo, y nos unimos a Teresa, Carla y la niña.

Aún es noche cerrada. Las antorchas languidecen después de proporcionar su luz durante toda la noche.

La noticia de la muerte de fray Pascual ha corrido como un reguero de pólvora por el monasterio. Mientras algunos frailes se dirigen a la celda de fray Pascual a darle su último adiós, otros se vienen con nosotros al templo donde va a tener lugar la ceremonia de Maitines.

Allí, junto a Carla, Teresa y la niña, sentado en un banco de la iglesia, a finales del siglo XVIII, lloro profundamente por un hombre al que casi no conozco.

Tras concluir la ceremonia de Maitines, esta vez cargada de tristeza, nos dirigimos a fray Ángel para despedirnos. Le

pedimos que Francisco nos acompañe. Debemos partir sin falta al amanecer y no falta mucho.

Ha dejado de llover. Las estrellas pueden verse claras en la bóveda celeste. Subimos al carruaje y tras dejar a Teresa y la niña en su casa y despedirnos de ellas, le indico a Francisco que nos lleve rápidamente al bosque. Bajamos de la tartana, nos despedimos de Francisco y le indico que ya puede volver al monasterio. Nos mira extrañado e insisto en que haga lo que le indico, que no se preocupe por nosotros.

Mientras el carruaje parte, Carla y yo nos dirigimos cogidos de la mano, un poco a tuestas, hasta localizar el árbol de referencia. Las primeras luces de la aurora comienzan a aparecer por el horizonte. Debemos darnos prisa. Nos situamos en el punto de traslado y aprieto los libros contra mi pecho. Un nuevo día comienza a amanecer. Será un día sin fray Pascual; pero estoy seguro que él estará presente mientras los que le han conocido vivan.

Un ligero zumbido hace acto de presencia y Carla y yo, inmóviles, vemos cómo van apareciendo las luces del interior de nuestra nave y las caras expectantes de Mikel, Estrella, Constantín y Adriano, van tomando cuerpo. Estamos en casa.

BIENVENIDOS A CASA

Las preguntas vienen disparadas desde todas las direcciones. Estamos aún tiritando de frío. Sus caras alegres e inquisitivas nos rodean.

–Estamos bien, muy bien. Todo ha salido a la perfección -me atrevo a balbucear.

Carla, a mi lado, se limpia el rostro con una toalla mientras le entrego el saco con los libros a Adriano. “Una ducha de agua caliente”, pienso y deseo.

–Necesito una buena ducha -digo mientras sonrío.

Todos ríen a carcajadas.

–Y yo -dice Carla.

–Venga, dejadlos -dice Adriano. Está todo preparado. Id a ducharos.

Al salir del cuarto de baño nos esperan todos con una botella de champán sobre la mesa. Sus caras están alegres, rebosan satisfacción, alegría, curiosidad. Hablan entre ellos.

–Venid y sentaros. Venga que nos morimos de ganas de que nos contéis -dice alguien.

Constantín descorcha la botella y se pone a llenar las copas.

Estrella nos sirve los desayunos; eso me apetece más. Huevos fritos, bacon, zumo de naranja, mermeladas, mantequilla...

–Esto sí me apetece. ¡Qué hambre tengo! -digo.

Los demás ya han desayunado. Levantan sus copas y brindan por nosotros, por la misión. Hemos estado hablando más de dos horas. Nadie dice nada aunque todos están con la boca abierta. Carla y yo vamos intercalando nuestra visión de lo que ha ocurrido y acabamos reventados. Estamos realmente cansados. Ellos mismos detectan nuestro cansancio, pero nos estrujan hasta el final.

–Ya lo tenéis bien. Tendremos que dormir, ¿no? -dice Carla.

Cuando nos levantamos para dirigirnos hacia el dormitorio, veo cómo se abalanzan sobre los dos libros que están sobre la mesa.

Lentamente, Carla y yo nos encaminamos hacia el dormitorio. Decidimos dormir en cubículos individuales. Nos damos un suave beso en los labios y nos disponemos a descansar.

Nada ni nadie me ha despertado. Al abrir los ojos noto que he dormido profundamente. Siento un pequeño cosquilleo en mis músculos debido a la relajación. Mi cuerpo está liviano. Se podría decir que he dormido en paz conmigo mismo. Los recuerdos de la última jornada me parecen ahora como un sueño ocurrido hace ya mucho tiempo. Decido levantarme y pulso el botón de apertura. Poco a poco voy moviendo los músculos de mi cuerpo, los tensó y me incorporo.

Cuando accedo a la sala de operaciones Carla ya está allí.

–Dormilón -me dice con su sonrisa proverbial.

No estoy yo para demasiadas explicaciones, me encuentro muy relajado y sólo la miro devolviéndole mi mejor mirada. Todo el equipo está trabajando. Se está procesando la información de la misión y se prepara la siguiente. Mikel repasa las grabaciones, las retoca eliminando sus defectos y las introduce en el ordenador principal de la nave. A continuación las envía vía satélite a nuestra sede en Canberra. Constantín ha preparado ya los equipos para la nueva salida y se dispone a acabar el escaneado de los libros de fray Pascual para introducirlos también en el ordenador y enviarlos. Adriano se ocupa del estado de la nave y comprueba la situación atmosférica exterior.

Veó que es la una de la tarde. Aunque no siento hambre, me dirijo a la cocina para tomar algo. Estrella se me adelanta corriendo y con satisfacción y alegría me muestra el menú para la comida. La verdad es que huele muy bien.

Después de comer, Carla se dispone a llevar a cabo la traducción de los libros. Ha introducido en el ordenador central

un programa realizado por ella para la traducción del valenciano de la época. Decido acompañarla, más que para ayudarla, por la curiosidad de conocer el contenido de los libros. Como ya están escaneados, es cuestión de unos minutos el que el ordenador dé por finalizada la traducción. Evidentemente después necesita el retoque final por su parte.

MEMORIAS DE FRAY PASCUAL

Hace ya muchos años que nací en un pueblecito de Alicante llamado Jávea. Es un pueblo marinero, pero mis padres eran agricultores en la propiedad de Don José Fernández, situada a unos tres kilómetros del pueblo. Vivía junto con mis ocho hermanos y mis padres en una de las casas de labranza. No pasábamos hambre pero estábamos hacinados en una casa que se estaba haciendo vieja, muy vieja, y no había dinero para repararla, o al menos eso era lo que decía el amo Don José que vivía en Valencia.

Mis padres murieron pronto. Aún no tenía yo diez años cuando todos fuimos repartidos. Dos de mis hermanos fueron a vivir a la casa del amo en Valencia. Otros pasaron a casa de unos tíos que teníamos en Altea. Como yo era monaguillo y ayudaba al padre Francisco en la parroquia de la Virgen del Castillo, éste me tomó bajo su protección y pronto me envió al monasterio de Santes Creus en Tarragona. Allí inicié mis estudios. Aprendí a leer y escribir, fui novicio y un buen día hice mis votos a Dios y me consagré como fraile. Tenía entonces veinte años.

Estuve en varios monasterios hasta que por fin recalé en este, el de Santa María de la Valldigna. De eso

hace ya unos ocho años. Me reclamó fray Ángel que acababa de ser nombrado abad y al que conocí hace ya algún tiempo en el monasterio de Leyre en Navarra. No lo dudé ni un instante y escribí a mis superiores indicándoles mi voluntad de desplazarme al Monasterio de la Valdigna. Ángel y yo habíamos tenido oportunidad de conocernos muy bien. Como éramos casi de la misma edad hablábamos mucho y llegué a confiar muchísimo en él.

Ángel, además de ser muy inteligente posee una inmensa bondad. Confieso que su fe es más fuerte que la mía. No sé por cuál de estas facultades sobresale, pero lo bien cierto es que le admiro. No sé exactamente qué siente él por mí, pero siempre me ha escuchado (confieso que a veces sorprendido), siempre me ha dado buenos consejos impregnados de sensatez y siempre lo he sentido a mi lado.

En varias ocasiones le he confesado que me siento fraile de circunstancias y no de vocación, que aunque tengo fe en Dios y creo en Nuestro Señor Jesucristo; quizá, quizá, si me hubieran dejado elegir hubiera podido ser cualquier otra cosa en la vida antes que fraile. No obstante, el ser fraile me ha permitido tener acceso a unos estudios que de otra forma no hubiera tenido. También me ha hecho disponer de tiempo para la reflexión, que en otras circunstancias no hubiera disfrutado.

Mi espíritu crítico y ansias por comprender me han hecho llegar a unas cotas que difícilmente hubiera podido alcanzar en otro caso. He dispuesto de tiempo y he tenido a mi alcance el mejor legado que pudiera haber tenido: Los libros. Ellos me han permitido bucear en la historia y simultáneamente aproximarme al hombre. No he tenido que preocuparme por el sustento y he vivido protegido a la sombra de la orden a la que pertenezco, la del Cister. Pero en contrapartida, he tenido que sufrir mucho por ello y aprender cómo son las cosas y qué tengo que hacer para sobrevivir en un ambiente como el que vivo. Pronto tuve que aprender a reconocer a las personas y decidir en cuáles podía confiar y en cuáles no.

A lo largo de los años he tenido muchos confesores, pero no en todos he podido manifestar mis pensamientos. Es más, me atrevo a decir que con ninguno lo he hecho totalmente aunque sí que he llegado a confiar mucho en algunos.

Siempre he tenido la costumbre de escribir mis dudas, mis convicciones, mis reflexiones, aquello que poco a poco iba descubriendo. En más de una ocasión he tenido que destruirlos aconsejado por el hermano en quien había confiado. Reconozco que si hubieran caído en manos

extrañas, la sombra del tribunal eclesiástico y la condena por herejía se cernía sobre mí.

Hasta ahora he tenido suerte. No sabría decir exactamente cómo se me ve en la Orden, pero me han dejado estar, siempre me han respetado. Creo que en cierta forma veían que era algo que se les escapaba de las manos.

Ha sido difícil equilibrar mis profundas convicciones con algunas de las verdades de fe usadas por la Santa Madre Iglesia. Ha sido difícil, muy difícil.

TERESA

A sí las cosas y cuando aún no llevaba un mes en La Valldigna, Ángel me encargó una de las labores habituales y que sólo llevaban a cabo unos pocos frailes del monasterio: Llevar consuelo espiritual a la gente del pueblo de Simat. Me encargó en concreto que fuera a la casa de Antonio Pío. Me indicó que fuera a las 11 de la mañana y que cuidara de dejar el capote en el colgador que al efecto había en la entrada. Seguí al pié de la letra sus indicaciones sin pensar que había razones de fondo para ello y sin saber que mi vida, desde ese momento, iba a tomar un nuevo rumbo que me ayudaría en mis convicciones y las reafirmaría. Iba a descubrir una serie de facetas que hasta ese día de Dios me habían estado prohibidas; algo que aunque me produciría un gran conflicto interno, me serviría para comprender más al hombre y aproximarme a él.

Aquella fría mañana de invierno se presentaba soleada. Algunas mujeres iban y venían con sus cántaros. La fuente estaba cerca, entre el monasterio y el poblado. Al cruzarnos me saludaban con una respetuosa reverencia. Un grupo de niños jugaba junto al río. Reflexionaba sobre mis dudas; no sabía con quien me iba a encontrar ni a qué clase

de situación me iba a enfrentar. Recé y pedí ayuda a Santa María. Llamé con el picaporte, y expectante, esperé un poco. El tiempo se me hizo eterno. Miré de soslayo a una y otra parte de la calle y no vi a nadie. Golpeé de nuevo en la puerta y unos segundos después escuché el ruido del cerrojo que se habría. Una mujer joven apareció al otro lado de la puerta entreabierta. Tendría algo menos de treinta años. Era pequeña, algo regordeta y sobre su cara resaltaban unos hermosos ojos grandes de color oscuro. Su mirada era un poco triste, pero había algo en ella que me llegó al alma.

—¿Teresa? -pregunté.

—Sí. -me contestó bajando ligeramente la mirada.

—Soy el padre Pascual -le dije-, y he venido a visitarte.

—Pase padre -me dijo abriendo la puerta e invitándome a franquearla.

Cerró la puerta a mis espaldas y sin que le dijera nada, se acercó a mí y con una increíble delicadeza se dispuso a quitarme el capote. Como en un ritual, con una lentitud no exenta de gracia, llegó hasta la percha y suavemente depositó el capote en ella. Se dirigió hacia el interior y con la mano extendida me invitó a que la siguiera.

Se trataba de una casa normal de esta zona del Mediterráneo. Una humilde casa de labriegos con un corral

al fondo en el que estaban los animales. Unas cuantas gallinas picoteaban el suelo al límite entre la vivienda y el corral. Nos dirigimos hacia esa zona y me invitó a sentarme junto a una mesa de mármol en la que, introducidos en sendos agujeros, había dos botijos. Era un lugar muy agradable. Algunas moscas revoloteaban muy cerca. Se sentó frente a mí y me invitó a beber agua de los botijos. Rechacé amablemente su invitación y al quedar mirándola, bajó rápidamente su mirada. Tuve una extraña sensación. Sentí un hormigueo en mi pecho. Traté de romper el hielo y me dispuse a formular una oración. Ella me siguió en el rezo. Cuando finalicé hubo unos momentos de tenso silencio. Nuestras miradas se cruzaron de nuevo pero esta vez no rehuyó mi mirada. Entonces fui yo el que la aparté. Sacando fuerzas de flaqueza y tratando de disimular fenómenos internos, me dirigí a ella.

—Teresa. ¿Cómo estás?

Y habló. Y habló. Y comenzó a mostrarse contenta. Me enseñó el último libro que le habían dejado en el monasterio. Esto sí que es extraordinario; nunca lo hubiera imaginado. Una labriega que leía libros del monasterio. Increíble. Poco a poco se fue entusiasmando. Me contó que habló con el Abad, que éste conoció que sabía leer y supo de sus inquietudes. Teresa iba a misa al Convento, a la capilla

de la Mare de Déu de Gràcia; al principio un novicio le llevaba siempre un libro por orden del Abad. Cuando acababa la ceremonia se lo recogían. Se quejó en varias ocasiones que no acababa de leer ninguno. Que no se tenía en cuenta cuál había estado leyendo y que cada día le daban uno distinto. Teresa no podía entrar al monasterio y menos a la biblioteca. Estuvo algún tiempo así, sin que le hicieran mucho caso. Por fin un día el abad Ángel tomó una decisión: Le llevaría él personalmente un libro y se lo recogería unos días después. Teresa encontró un gran consuelo en sus charlas con él. Pienso que Ángel debió ver lo mismo que yo en aquella mujer. Era diferente.

Hablamos de su fe. De sus dudas. Por momentos sus pensamientos alcanzaban profundas cotas teológicas. Incluso me enseñó alguna poesía de contenido místico que había escrito recientemente.

Le pregunté por su esposo. Con resignación no exenta de amor me explicó que él era diferente. Diferente de ella. No le interesaban estos temas. Su única ocupación era el trabajo en el campo y su preocupación la subsistencia.

No tenían hijos. Dios no quería dárselos. ¡Pero qué situación la de aquella mujer!

Estuvimos hablando durante mucho tiempo. Pensé en el tiempo transcurrido y me levanté de súbito. Le indiqué

que debía irme. Nos dirigimos hacia la puerta, cogió el capote y me ayudó a ponérmelo. Se puso muy cerca, frente a mí. Lentamente se acercó más, se puso de puntillas y acercó sus labios a los míos. Sentí un suave roce en mi boca y una extrañísima sensación que ascendía en mi cuerpo. Nos abrazamos fuerte, muy fuerte... Y no sé como, me atreví a decir:

—Teresa. Tú y yo tenemos que hacer muchas cosas... muchas cosas.

Abrió la puerta y salí de la casa dirigiéndome al monasterio. Mi paso era rápido pero no era firme. Me sentía liviano.

Me dirigía desde el pórtico de la entrada principal hacia el claustro situado a menos de cien metros a la derecha, cuando vi que desde la puerta lateral de la iglesia, los monjes se dirigían en fila de a dos hacia el refectorio. Pasaba pues de la una de la tarde, salían de Hora Sexta y se dirigían hacia la comida.

Tenía una sensación demasiado rara. No estaba en condiciones de comer y decidí dirigirme a mi celda. Comencé a poner en orden mis pensamientos, pero la sensación de desasosiego continuaba. Me arrodillé frente al crucifijo y comencé a rezar. No tardé mucho en ponerme de pie y dar vueltas en la habitación. Nada. ¿Qué me estaba pasando?

Decidí dirigirme a la iglesia. Iba a un paso muy vivo hasta que llegué a la puerta. La abrí lentamente y me asomé al interior. No había nadie. Pensé en el recogimiento y muy despacio me dirigí al sagrario. Allí, en esa pequeña estancia, intentaría hablar con Dios. Hacía frío. Un haz de luz invernal descendía en oblicuo desde la alta ventana de la derecha atravesando su cristal. Las pequeñas llamas de las velas situadas sobre el altar intentaban con su luz abrirse paso por entre la penumbra. Me acerqué al último banco y lentamente me arrodillé.

Comencé a hablar con Dios y poco a poco me fui tranquilizando.

“Dios mío. ¿Estoy haciendo mal? ¿Qué me está sucediendo? ¿Va a hacerme esto daño? ¿Qué hago? ¿Impido vivir lo que la vida me ofrece? Sólo quiero comprender. ¿Cómo puedo comprender si no vivo? Oh Jesús, ayúdame. Ayuda a este pobre desgraciado. Dame luz”.

Poco a poco me fui reconciliando con mi Dios y por un momento sentí cansancio y tuve sueño. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me estaba quedando helado cuando decidí ir a mi celda y descansar un poco.

Me eché sobre la cama y aún no había dejado caer la cabeza cuando me quedé profundamente dormido.

Al despertar tenía una buena sensación. Había tenido un sueño y su mensaje había impactado en mí haciéndome ver las cosas más claras.

“Me encontraba en una habitación redonda de tamaño mediano. Junto a la pared, una serie de sillas ordenadas en hilera me invitaban a sentarme. Había muchas puertas y todas estaban cerradas, ninguna ventana. Notaba la presencia de un ser bueno que me observaba en medio de la habitación. Tenía la sensación de que debía actuar. No podía quedarme allí parado. Comencé a correr en círculo por delante de las sillas pero las puertas permanecían cerradas. De repente una de las puertas comenzó a hincharse hacia mí forzada por la presión que había a la otra parte. Por sus abombadas juntas surgía una luz muy fuerte. Parecía que iba a reventar. Me asusté y retrocedí varios pasos. Súbitamente, a mi izquierda, una puerta se abrió. Una luz azul, casi blanca, me invitaba a que me acercara. Me asomé y vi una escalera que ascendía. Desde el rellano miré hacia arriba y vi el rostro sonriente de Teresa que me miraba. El sonido lejano de una campana me despertó.”

Sentí el mensaje de forma diáfana: No debía sentarme en ninguna de las tentadoras sillas. Fuerzas del mal amenazaban con abrir un acceso a mi vida y dañarme.

Se me habría una nueva puerta. Debía atravesarla y vivir lo que en ella tuviera que vivir. Quizá hasta ahora mi vida no ha sido otra cosa que una carrera en círculo, sin salida alguna. Incluso puede que si permanezco estático la puerta amenazante reviente, me destruya y mate mi alma. Esa puerta que no sé lo que contiene, pero que intuyo deben ser las bajas pasiones humanas encarnadas en mí y en mis hermanos los hombres víctimas como yo de nuestro tiempo, pero resignados y luchando por sobrevivir a costa de los más débiles.

La campana seguía sonando insistentemente. No sabía que hora era, pero ella me estaba invitando a la oración en la iglesia con su sonido. Me levanté lentamente y salí de la celda. A juzgar por la luz, concluí que se estaba convocando a la comunidad a Vísperas. Eran las siete, había dormido mucho y me encontraba muy bien.

Cuando me dirigía al lateral del claustro en que estaba la puerta de acceso de la iglesia, vi venir a Ángel. Una huidiza mirada se cruzó entre nosotros y sin detenernos accedimos al templo. Cada uno se dirigió a su lugar en la sillería y en breves segundos comenzó la ceremonia.

Hablé en varias ocasiones con Ángel sobre lo que me pasaba. Aunque nunca llegué a contárselo todo, él sabía lo

que me estaba pasando. Nadie me quitará el convencimiento de que en cierta forma fue él quien provocó la situación. Recuerdo que la primera vez que hablamos sobre ello fue al día siguiente de haber conocido a Teresa. Me habló sobre las costumbres del lugar y me indicó que cuando fuera a la casa de Teresa, dejara siempre el capote en la percha y que no me preocupara que nadie, bajo ningún concepto, se atrevería a acceder a la casa.

Un buen día, cuando llegué a casa de Teresa, me recibió llorando. El cuerpo se me aflojó y comencé a temblar. Se lanzó en mis brazos y casi no podía hablar. La abracé y le supliqué que me dijera lo que pasaba. La cogí de los hombros y lentamente la llevé a la silla del corral. Cuando se tranquilizó un poco me pudo decir que estaba embarazada, que iba a tener un hijo. En esos momentos ya no pude determinar si lloraba de dolor o de alegría. Se tranquilizó y me dijo que nuestro hijo nacería el próximo invierno. Mi estado de ánimo iba por momentos de un lado a otro. Alegría, preocupación, dudas... No me aclaraba. Teresa me tranquilizó. Me hizo comprender que aquello era algo normal, que aquel hijo sería la cumbre de nuestro amor que quedaba sellado para siempre.

EL CASTILLO DE LA REINA MORA

Todo lo que estaba ocurriendo era nuevo para mí. Había transcurrido mucho tiempo desde que tuve uso de razón y aquello era inimaginable. Nunca pensé que me pudiera suceder. Nada más regresar al monasterio fui a hablar con Ángel y se lo comenté. Me dijo que eso siempre había sido algo con lo que él ya había contado. Trató de tranquilizarme diciéndome que esa situación no era nueva en el monasterio y me invitó a que aclarara mis pensamientos y disfrutara de ese regalo que me ofrecía la vida. Yo seguía con mis dudas.

Tenía que pensar. Tenía que poner orden en mi interior.

Se me ocurrió decirle a Ángel que quizá debería tomar unos días de descanso. El libro sobre las hierbas curativas que estaba escribiendo podía esperar. Pensé en retirarme a la montaña, cerca de las neveras que nos suministran de hielo. Pensé en el castillo de la Reina Mora, se lo propuse y accedió a que me fuera allí unos días.

Al día siguiente después de Maitines, aún de noche, me dirigí al establo ayudado por dos novicios que llevaban sendos fardos cada uno. Escogí un mulo, le ajustamos la

carga a ambos lados y me dispuse a partir. Estaba pensando en Teresa cuando apareció Ángel y me dijo:

—Iré a hablar con Teresa y le diré que estarás fuera unos días.

Menos mal que Ángel pensaba en todo. Le haría muy bien que el abad fuera a hablar con ella y la tranquilizara.

Subí al mulo y me despedí. Cogí el camino lateral de la parte sur del monasterio y puse rumbo al este.

Media hora después divisé a lo lejos el castillo (lo que quedaba de él), se veía precioso sobre el risco de aquella pequeña pero empinada montaña. Un poco después del mediodía llegué a la falda del monte sobre cuya cumbre aparecía muy erguido y vanidoso. Me dispuse a comer un poco y a descansar.

Me encontraba recostado bajo un algarrobo tratando de decidir la ruta de ascensión que seguiría, cuando percibí en la ladera una clase de flores que no había visto anteriormente. Estaba toda llena, era como una eclosión de la misma montaña. Los montes circundantes casi no tenían vegetación y esta montaña estaba llena de ella.

No sé por qué, relacioné las flores con la historia que me había contado la gente del pueblo sobre la tragedia del castillo. Imaginé que las flores eran las almas de los

soldados moros muertos en defensa del castillo. Hace ya muchos años, muchísimos, que un rey moro usó el castillo como salvaguarda de su amada. El rey tuvo que partir con motivo de una alianza en defensa de unos territorios lejanos que estaban siendo amenazados. De todos los castillos de su territorio, éste, aunque pequeño, reunía las mejores condiciones de defensa. Se trataba de un enclave casi inaccesible y muy bien defendible. Antes de partir trasladó a este castillo a su esposa y a una de sus más fieles y preparadas unidades de élite. Sería cuestión de un año, quizá dos. Allí su mujer estaría a buen recaudo hasta que volviera.

Un día, la monótona vida del castillo se vio sobresaltada. La avanzadilla de un ejército cristiano apareció por los alrededores. No se acercaron mucho al castillo y se retiraron pronto, pero la alarma cundió.

El castillo tenía que disponerse a un asedio y todo el mundo comenzó los preparativos. Dos o tres patrullas descendieron al valle y les robaron a los campesinos todo tipo de alimento que poseían almacenado. Los animales de granja fueron transportados al castillo y dejaron a los habitantes del valle cara a cara frente al fantasma del hambre. Los aljibes que se encontraban a la mitad de su capacidad, fueron llenados hasta rebosar de agua que con

inmenso esfuerzo fue subida con mulos por las empinadísimas laderas de la montaña.

No sé exactamente lo que ocurrió, pero imagino que llegaría el asedio, las trifulcas, el desgaste, los pequeños ensayos de asalto, y por fin la penetración de la muralla por su punto más débil y la lucha cuerpo a cuerpo. La alcoba de la reina daba al noreste. Un precipicio de más de cien metros “cortado a mano en vertical”, aparecía desde su ventana. Los invasores habían matado a los guardias de su puerta y golpeaban fuertemente con un ariete sobre la misma. Su jefe de guardia estaba junto a ella con la cimitarra levantada. La reina mora no lo pudo resistir y se lanzó desde la ventana al precipicio.

*¡Cuántos hombres murieron! ¡Cuánta barbarie!
¡Cuánto sacrificio!*

Cogí de las riendas al mulo y me dispuse a ascender por la ladera. Una pequeña senda de ganado que divisé fue mi camino. Lenta y pesadamente fui subiendo la pendiente. Cuando llegué a un pequeño pórtico adosado a unas casitas (seguramente defensivas), faltarían unos cincuenta metros hasta las murallas. Era ya media tarde.

Seguí un camino a la derecha que bordeaba la muralla en su vertiente sudoeste. Al principio era bastante ancha y no muy empinada pero cuando llegué al final, a la

muralla sur, tuve muchísimas dificultades en franquearla a pesar de que estaba medio derruida. El viento comenzó a levantarse y el sudor se me helaba en la piel. Un pequeño sendero me llevó a una angosta callejuela junto a la que estaba situada la principal construcción del castillo, seguramente las habitaciones. Entré con el mulo a la que en mejores condiciones de conservación estaba y procedí a descargar los morrales. Debía proveerme de leña para la noche y salí al exterior en su busca. No tardé mucho en regresar con un buen matojo y encendí en la habitación una hoguera. El viento en el exterior azuzaba los riscos y silbaba al canalizarse por entre las rendijas de las construcciones. Comenzaba a anochecer. El mulo se había recostado en un rincón de la habitación y procedí a extender una manta en el suelo junto a la hoguera. Tal como iba, vestido, me dejé caer sobre la manta y me cubrí con otra.

Pensé en Teresa, pensé en la reina mora y la vi desesperada en su habitación a punto de lanzarse al precipicio. Vi a los soldados desalentados ir de un sitio a otro. Vi soldados moribundos echados en el suelo y oí sus lamentos. Pensé en mi hijo. Escuché los quejidos del viento al tropezar con la piedra. El alma se me encogía por momentos. Pensé en Dios.

Me encomendé a Nuestro Señor Jesucristo. Le pedí ayuda y fortaleza. Y poco a poco me fui tranquilizando y me dormí. Cuando llegó la madrugada desperté. No hacía viento. Un imponente silencio me rodeaba, aún estaba oscuro y el ligerísimo resplandor del amanecer empezaba a colarse por la ventana. Un pajarillo comenzó a trinar. Y luego siguió otro, y otro. Me arrodillé sobre la manta y elevé mis oraciones a Dios.

Dos días enteros permanecí en el castillo. Leí las Sagradas Escrituras, recé, elevé mis plegarias a Dios y le pedí fortaleza y comprensión. Le rogué que si algo no hacía bien me lo indicara. Puse mi vida en sus manos y oré.

AQUELARRE

Tres años habían transcurrido desde el nacimiento de mi hija María, cuando llegó al monasterio una carta de fray Luis. El hermano portero me localizó inmediatamente y me la entregó. La estreché fuertemente entre mis manos y me dirigí con paso vivo a mi celda. Me senté en la silla y con manos temblorosas procedí a abrirla.

“Querido Pascual. Tengo buenas noticias que darte.

En primer lugar he de decirte que ya no soy fray Luis. Simplemente soy Luis, el herrero de Zugarramurdi.

Hace unos dos años conocí una mujer de estos lares llamada Isabel y nos enamoramos. Lo estuvimos pensando durante mucho tiempo, lo decidimos, y con su ayuda renuncié a los votos, abandoné el hábito y el monasterio de Leyre. Me puse a trabajar en lo único que sé, la forja del hierro. Tenemos nuestra propia casa, y lo mejor de todo: Vamos a tener un hijo.

Isabel tiene dotes de curación. Ayuda a la gente en todo lo que puede. Hombres y mujeres de sitios muy lejanos vienen a nuestra casa y son curados por ella. La gente le está muy agradecida, es respetada y admirada.

Como verás son buenas noticias. Soy muy feliz.

Pero, ¿y tu? ¿Cómo estás? Hace ya mucho tiempo que no sé de ti. Supongo que habrás avanzado, que conocerás más cosas. Espero que la vida haya sido buena contigo y hayas podido continuar con tus indagaciones en busca de la verdad, de esa verdad que a todos nos está un poco vedada y que tú, con tu tozudez, te has permitido siempre buscarla.

Echo de menos nuestras reuniones furtivas en la destilería, nuestras conversaciones, nuestro lema, ¿recuerdas? “Las cosas como son, pase lo que pase”.

Pascual, te voy a hablar de algo muy delicado. Presta mucha atención. Cuando hayas acabado de leer esta carta tienes que quemarla. Nadie puede enterarse de esto. Absolutamente nadie, ¿entiendes? Prométeme que guardarás el secreto. Confío en ti.

Para la próxima primavera tenemos previsto que vengan a Zugarramurdi curanderos y curanderas de muchos lugares del mundo. Por razones de seguridad aún no puedo decirte la fecha exacta. He pensado que quizá te gustaría venir y conocer a gente con otras formas de pensar. Te invito a que vengas. Tengo muchas ganas de verte y hablar contigo.

Piénsalo y si puedes ven. Será muy enriquecedor.

Recibe un fraternal abrazo de tu amigo Luis.”

Quemé la carta siguiendo las instrucciones de Luis, pero aquello era tan tentador que no esperé ni un instante en ir a ver a Teresa. No pude respetar la voluntad de Luis. Tenía que decírselo. Teresa se emocionó y no tardó nada en darme su apoyo, pero ponía una condición: Que ella me acompañaría. Habría problemas. Su marido, la niña, la gente del pueblo, el Convento... Nada parecía ser un impedimento grave para Teresa. Todo tenía solución. La cosa se complicaba, pero la verdad es que la idea me apetecía muchísimo.

De ella dependía convencer a su madre para que atendiera a su marido y a su hija. De mí, conseguir el permiso. Tendría que hablar con Ángel, pero ¿debería decirle la verdad? No había más remedio. Lo comentaría con él y a ver qué se le ocurría.

Era el lunes 1 de marzo de madrugada. Después de Maitines, ayudado por dos novicios, pusimos los arneses a tres mulos e instalamos la carga. Ángel me hacía las últimas recomendaciones y me daba sus últimos consejos.

Cuando llegué a casa de Teresa la puerta estaba abierta y las luces encendidas. Cargamos sus pertenencias, se despidió de su marido y abrazó a María. Salíamos de Simat cuando las primeras luces del alba comenzaban a aparecer.

El día 19 a medio día llegamos a casa de Luis. Su mujer, que ya había tenido un niño, nos recibió con los brazos abiertos y nos instaló en una habitación de su casa. En la medianoche del día siguiente tendría lugar la fiesta de la primavera.

Preparamos la comida y después de comer estuvimos hablando de nuestras cosas hasta bien entrada la tarde.

Luis ha tenido muchísima suerte con Isabel. Son dos personas extraordinarias. Espero que las fuerzas negativas de la vida no se ensañen en ellos. Son dos personas muy vulnerables y el poder, la ignorancia, la superstición, la envidia y otras bajas pasiones provenientes de los demás podrían fácilmente destruirlos.

Isabel nos reveló dos fórmulas magistrales, una para el dolor de cabeza y otra para evitar el embarazo.

Luis e Isabel nos dieron ropas suyas al uso del lugar que nos pondríamos por la mañana y nos acostamos temprano a descansar esperando con impaciencia la noche del día siguiente.

Poco antes de las once de la noche del día 20 salíamos los cuatro de la casa. Luis nos precedía e íbamos todos en silencio. La noche era muy oscura y no había nadie por los alrededores. Confieso que sentía miedo, cuando Teresa se acercó a mí y me cogió de la mano. Sigilosamente

llegamos a las últimas casas del pueblo y enfilamos un camino que llevaba a la montaña.

—Ya nos estamos acercando a la cueva. Llevad cuidado no tropecéis -dijo Luis dirigiéndose hacia atrás en voz muy baja, casi susurrante.

Yo estaba desorientado. No sabía donde estaba ni veía nada. Estaba todo tan oscuro...

Tenía una extraña sensación de mareo. Confiaba en Luis, pero siempre me ha gustado saber dónde estoy. Necesitaba estar orientado. Quería dominar la situación y en estos momentos no la dominaba. Si hubiera durado un poco más habría vomitado. No había ninguna referencia que me indicara dónde estábamos. No sabía a dónde nos dirigíamos. Sabía que se trataba de una cueva pero me sentía perdido. No me encontraba bien; seguía a Luis y confiaba en que aquello acabara pronto. Esperaba que no tardáramos en llegar ya que me encontraba mal por momentos.

Unos metros más adelante, la luz de unas antorchas nos sirvió de referencia.

—Allí. Allí es. Ya estamos. -dijo Luis.

En la entrada de la cueva había dos hombres jóvenes que nos saludaron nada más vernos llegar. Conocían a Luis e Isabel.

—Estos son los amigos de los que os hablé -les dijo señalándonos a nosotros.

—Salud -nos dijeron al propio tiempo que levantaban su mano derecha con la palma extendida hacia nosotros.

Los jóvenes quedaron en la entrada mientras los cuatro nos dirigimos hacia el interior. Los dulces sonidos de una flauta fueron cada vez más perceptibles. El olor a incienso mezclado con el del humo de la leña, iba siendo más fuerte tal y como nos acercábamos al interior de la cueva.

Una enorme sala apareció ante nosotros. Infinidad de antorchas ayudadas por una gran hoguera en el centro iluminaban la escena. La gente iba y venía en todos los sentidos. Grupos de hombres y mujeres charlaban amigablemente. Era el ambiente de la alegría por el reencuentro. Detrás de nosotros un grupo de tres personas venía por el pasillo natural a incorporarse a la cita. Luis siguió hasta el interior de la sala y nosotros le seguimos. Iba intercambiando saludos con todo el mundo mientras que Isabel, que también conocía a la inmensa mayoría, nos los iba presentando. Un inmenso murmullo invadía toda la sala apagando los sonidos de la flauta que ya casi eran imperceptibles. Se trataba de gente con aspecto poco común. Su ropa limpia y aseada no sobresalía por nada más, pero

sus rostros, sus miradas, sus ademanes, denotaban que se trataba de personas diferentes. Abriéndonos paso entre la muchedumbre llegamos a un lugar en el que un pequeño grupo se disponía a realizar los preparativos para la ceremonia. Isabel se dirigió a uno de ellos con una reverencia y éste cogiéndola del brazo la ayudó a incorporarse con mucho cariño y respeto. Luis se acercó y se inclinó suavemente. El personaje les dirigió unas palabras de afecto. Isabel se volvió hacia nosotros y nos invitó a que nos acercáramos. Mientras Teresa y yo le saludábamos de la misma forma que lo habían hecho nuestros amigos unos instantes antes, Isabel pronunció nuestros nombres y nos presentó al Gran Maestro.

—Bienvenidos, Pascual y Teresa. Me alegro que estéis entre nosotros y os deseo que disfrutéis de nuestra fiesta anual. Espero que estéis preparados y no os escandalicéis por ella. Os ofrecemos nuestra amistad.

Era un hombre alto, delgado, pelo blanco, y ojos pequeños muy vivos. Tendría entre cincuenta y sesenta años y se le notaba muy contento. Sólo cuando un hombre y una mujer se dispusieron a ayudarlo a vestirse con las ropas de ceremonia, se despidió de nosotros y se concentró seriamente en el ritual.

Volvíamos a buscar sitio en la sala cuando un coro de jóvenes de entre quince y dieciséis años comenzaron un suave cántico. La flauta enmudeció y se hizo el silencio entre las personas. Poco a poco los tonos del coro fueron aumentando en intensidad y resonaban en todos los rincones de la cueva. Aunque estaba abarrotado de gente, por la boca de la entrada continuaban entrando personas. Lentamente ocuparon sus lugares y todo el mundo permaneció expectante.

Mientras el Gran Maestro se dirigía con sus ayudantes al altar situado sobre una pequeña plataforma natural en uno de los laterales de la estancia, les seguían cuatro niñas y tres niños de unos diez o doce años vestidos con túnicas blancas. Cada uno de ellos llevaba ante sí una paloma para la ofrenda. Un hombre y una mujer llevaban en brazos un cabrito blanco y uno negro. Por último, cerrando la fila, cuatro hombres y tres mujeres vestidos con túnicas negras, les seguían.

La comitiva desfiló ante nosotros con paso lento y cuando llegaron al altar, el coro elevó más si cabe el tono del cántico. Después de unos segundos y a una señal del Gran Maestro fue bajando paulatinamente su intensidad hasta que el canto y sus ecos desaparecieron dejando en total silencio la estancia.

El celebrante, de pié junto al altar, se dirigió a nosotros dándonos la bienvenida, sus palabras fluían fuertes y seguras. Manifestó su alegría por la presencia masiva de devotos venidos de lejanísimos lugares, cuando por fin escuché por primera vez el nombre de Satán. Aunque yo ya sabía lo que íbamos a hacer allí, no pude evitar que un escalofrío recorriera mi espalda. Era la noche del equinoccio de primavera. Teresa permanecía a mi lado. Por un momento giré mi cabeza hacia ella y nuestras miradas se cruzaron. Creo que había temor en nosotros. Cuando finalizó su plática se dispuso a realizar la ofrenda. El Gran Maestro en persona degolló las siete palomas que le fueron ofrecidas por los jóvenes y vertió su sangre en una enorme cazuela preparada al efecto y en la que ya se estaba cocinando un guiso. Se reanudaron los cánticos del coro y el hombre y la mujer que portaban los cabritos se dispusieron a sacrificarlos y a verter su sangre en la olla.

El Maestro se dirigió a los siete niños y les habló de la gran importancia de la ofrenda que iban a realizar, les quitó las túnicas blancas quedando desnudos por unos momentos y les puso unas túnicas negras. Cada niño cogió uno de los siete cálices situados sobre el altar, se dirigió hasta la enorme cazuela y los llenó con el líquido que contenía, elevaron sus cálices y apuraron su contenido.

Después, acompañados por cada uno de los concelebrantes de túnica negra, que portaba una marmita de mayor tamaño, se mezclaron entre la gente ofreciéndoles beber la pócima. Uno de los niños se acercó donde estábamos, llenó hasta la mitad su cáliz y me ofreció beberlo. Lentamente, saboreando su buen sabor, apuré hasta la última gota. Una sensación de bienestar invadió inmediatamente mi cuerpo. Me sentía fuerte, exultante. El coro continuaba con sus cánticos mientras el celebrante elevaba plegarias a su dios, Satán, e invocaba su presencia entre nosotros.

Cuando los niños regresaron al altar, a una señal del Gran Maestro los tambores comenzaron a sonar. Los siete jóvenes, con gracia, fueron corriendo hasta la hoguera y se pusieron a bailar a su alrededor. Algún tiempo después, los cuatro hombres y tres mujeres de túnicas negras, entraron en escena y se pusieron a bailar entremezclados con los jóvenes. A una señal del Gran Maestro, los tambores dejaron de sonar y comenzaron su repique los tamboriles. Cada adulto se acercó al niño que le había sido asignado, le despojó de su túnica negra, hizo lo propio con la suya y allí, ante todos los asistentes y de forma ritual, llevaron a cabo su iniciación sexual.

En esos momentos los tambores invadieron con su sonido la estancia y resonaron más fuerte si cabe. Todos los

asistentes se levantaron comenzando una danza alrededor de la hoguera. Aunque todo el mundo continuó bebiendo de la pócima, Teresa y yo, de mutuo acuerdo, simulábamos beber pero no bebimos más. La danza, acompañada del ritmo frenético de los tambores fue ganando en intensidad. La gente iba entrando en trance. Luis e Isabel desaparecieron de nuestra vista. Los danzantes se fueron despojando de sus ropas y hombres y mujeres se iban fundiendo poco a poco en abrazos sexuales. Nadie reparaba en nadie. Tratamos de seguir bailando pero poco a poco nos fuimos retirando a un extremo de la sala, nos sentamos en un rincón abrazados y continuamos observando del desarrollo de la fiesta. Por un momento me pareció ver a Luis fornicando con una mujer a la que yo no conocía. Teresa y yo no tardamos mucho en hacer el amor. No sé el tiempo que transcurrió, pero poco a poco la gente iba dejándose caer quedando dormida.

Los tambores hacía tiempo ya que habían dejado de sonar. Alguna gente se estaba levantando después de toda la noche de desenfreno y se dirigía lentamente hacia la salida. Me levanté y busqué a Luis por donde le había visto por última vez. Suavemente le desperté. Buscamos a Isabel y nos dispusimos a partir.

Cuando salimos al exterior el sol cegó nuestros ojos. Camino del pueblo pasamos por un bosque cercano y nos dispusimos a hacer cuatro gavillas de leña. Cargados con ellas llegamos al pueblo bien entrada la mañana.

CIRCUNSTANCIAS

Un fraile del siglo XVIII que tiene relaciones sexuales con una mujer aprovechándose de un estatus. Que tiene una hija con una campesina del pueblo cercano al convento. Que se van juntos durante un tiempo abandonando él su comunidad y ella a su familia... Todo esto parece muy extraño.

Podría pensar que de los escritos que he conseguido recuperar de fray Pascual se desprende la lógica de estos hechos, pero también es posible que no sea suficiente.

No se trata de juzgar a fray Pascual, no voy a ser yo quien lo haga; pero sí quizás puedo tratar de comprenderlo, de aproximarme a él y a la época en que vivió para tratar de explicar lo aparentemente inexplicable. No quiero juzgar a fray Pascual, no voy a tratar de justificarle. Sólo quiero comprender.

Nunca me ha gustado escribir por escribir. No he querido en ningún momento poner una palabra más de las estrictamente necesarias, pero en este caso veo que no hay más remedio que intentar aproximarme a este fraile; porque hizo lo que hizo, porque vivió como vivió.

Es muy probable que cuando Pascual Mateu no era más que un niño, en ningún momento pensó en que le gustaría ser fraile. Pascual había nacido en una zona rural y en una familia muy humilde. No podía elegir. Tendría que ser campesino como su padre. Su destino, como el de todos, era sobrevivir.

Pero ese mismo destino le llevó a unas inesperadas circunstancias y no tuvo más remedio que introducirse en ellas y sobrevivir también en las mismas.

¿Qué podía haber hecho? La vida le ofrecía una existencia algo mejor que la que estaba predestinado y la acogió. Esta nueva vida le prometía al menos un sustento y un cobijo. También posibilidad de cultura; tendría acceso a unos conocimientos que de otra forma le habrían resultado inalcanzables. Y lo más importante: Se le garantizaba la salvación de su alma a través de la oración, el sacrificio, el

trabajo y la entrega a su orden. ¿Qué más podía pedir? ¿Cómo podía cuestionarse una moral si no había otra? ¿Podía tener ambiciones?

Antes de que se le ofreciera esa oportunidad, creo que a lo más que podía esperar era a ser como su padre; tener trabajo, conocer una mujer y formar una familia. ¿A qué más podía aspirar? Trabajar de sol a sol, tener una casa para vivir y poder llevar comida a su mujer y sus hijos.

Imagino al niño Pascual Mateu y lo veo muy obediente, trabajador, admirador de sus padres. Probablemente tuviera un fondo muy místico y quizás también mucha imaginación. Lo bien cierto es que si ponemos todo esto en un recipiente y lo removemos, era muy previsible que de la mezcla surgiera un fray Pascual Mateu con suerte.

Veo un fray Pascual intentando desenvolverse en un mundo nuevo desde muy joven. Por lo que se desprende de sus escritos no parece que fuera muy dado a las ceremonias, por otra parte imprescindibles en el ambiente que le había tocado vivir. Le supongo intentando una relación de nobleza y sinceridad en un mundo que se aprovechaba de ello y que sólo lo utilizaba para sus intereses. Tuvo que aprender a vivir esa vida. En un entorno monacal la convivencia debió ser complicada y difícil. Cada cual era hijo de su padre y lo movían intereses muy distintos. La disciplina debía ser muy rígida.

Por otra parte no parece que tuviera ambiciones de mando. Nunca quiso promocionar por la escala jerárquica. Se le tenía en cuenta, se le respetaba, pero no parece que se contara con él para determinadas cosas. Había sabido ganarse una confianza determinada.

El mundo de la cultura le abrió perspectivas y le hizo cuestionarse ciertas cosas. Poco a poco se fue distanciando de las pequeñas trifulcas monacales. Una persona así debió ser vista por sus compañeros de la orden como alguien un poco raro. Seguramente en más de una ocasión se debió intentar involucrarlo en asuntos en los que no estaba interesado, pero seguro que supo salir airoso. El mundo era como era y no había

más remedio que sobrevivir. ¿Llegó en algún momento a plantearse la posibilidad de abandonar el hábito y vivir una vida independiente? No lo sé. No dice nada de esto en sus escritos. Hubiera sido muy peligroso escribir sinceramente sobre esto en un mundo así. Me pregunto si llegó a pensarlo y lo rechazó por cobardía. Todo depende de la edad que tuviera cuando se lo planteó, caso de que llegara a pensarlo.

¿Podría hablarse de cobardía, de hipocresía quizás, dadas unas determinadas circunstancias? No lo sé. Sólo la persona que lo vive lo puede saber. Por otra parte en aquellos tiempos existía la figura de la confesión; también la de los directores espirituales. ¿Cómo fue de sincero? Seguramente debió tener dudas espirituales; ¿llegó a plantearlas? Y si así fue, ¿a quién se las expondría, a su confesor, a su director espiritual o a algún amigo en quien confiar?

Todo esto nunca lo sabremos, pero lo bien cierto es que una persona así tuvo que sufrir mucho, sobretodo cuando la vida le puso en bandeja la oportunidad de vivir una relación con una mujer.

La cuestión debió ser: “Si la hipocresía me pide que viva esto, ¿debo aceptarlo siendo yo hipócrita como ellos o he de rechazarlo siendo coherente?”

Por otra parte también pudo llegar a pensar: “Yo no soy como ellos, mi interés en esto no es egoísta, no debo rechazar algo que quizá me lo pone Dios para que sea más humano, para que comprenda mejor.”

“Pero... ¿Y si lo ha puesto Dios ahí para probarme?”

Le veo con un mar de dudas pero echándose adelante.

¿Le sirvió? ¿O sólo consiguió sufrir más?

Tuvo que plantearse todas estas cosas. También puedo llegar a pensar que en definitiva pudo haberse hecho un montaje personal para justificar su actuación.

Lo bien cierto es que seguro que cuando aceptó la invitación del amigo que había abandonado los hábitos, se había lanzado a tumba abierta a vivir hasta el final lo que se le había planteado.

Ir tan lejos a casa de un hereje y encima llevarse a Teresa... Debió ser una decisión complicadísima.

En todo esto tuvo mucho que ver fray Ángel, el Abad, su amigo. Sin él no hubiera sido posible. ¿Qué clase de relación tuvo con él que llevó a que le apoyara de esta manera? Me hubiera gustado estar junto a ellos en alguna de las conversaciones que debieron tener a escondidas sobre estos y seguramente otros temas. Está claro que quedaba alguien a sus espaldas que lo protegía y justificaba. Fray Ángel debió llegar a ser algo más que un amigo, se convirtió en su cómplice a pesar de los riesgos. ¿Cómo llegó a ser posible esto? ¿Qué nivel tan alto de confianza y amistad se había entablado entre ellos? ¿Era esto posible en un mundo así?

Esto me lleva a entrever que quizás, en un mismo mundo, mientras unos trababan de situarse en posiciones de poder, mientras algunos se preocupaban de intereses más o menos justificables pero bien vistos o al menos tenidos como normales, había otros que miraban las mismas cosas pero de otra manera.

¿Hubo algún momento de rebeldía en fray Pascual? Estoy seguro que sí; de la misma manera que también lo estoy de que recibió serias advertencias en momentos dados de su vida. ¿Le llevó esto a decidir vivir su vida dentro de estas circunstancias pero de otra manera? Es muy probable.

Fray Pascual tuvo suerte. Encontró la amistad, también probablemente el amor. Pero, ¿cuántos en su tiempo no lo encontraron y tuvieron que vivir una vida en soledad con sus dudas? Seguro que esto les impidió avanzar y muy posiblemente les llevara a problemas de salud mental.

Era dura la vida en estas condiciones, muy dura.

SEGUNDA MISIÓN

Hoy es el día 21 de mayo del año 2117. Son las cinco y media de la mañana y estamos desayunando. Dentro de media hora empieza nuestra segunda misión: Visitar al maestro Ramón Sabater en el año 2010.

Hemos situado la nave junto al mar. Se pueden apreciar aún ciertos vestigios de construcciones. Son casi imperceptibles, pero de entre el polvo sobresalen promontorios de escombros de lo que antes fueron edificios. A unos escasos veinticinco metros se observan las ondulaciones del mar que acaban produciendo un pequeño chapoteo en la orilla. Esta inmensa desolación ocupa el lugar de lo que hace más de cien años fue la rica y próspera ciudad de Dénia.

Esta vez me acompañará Estrella. Lo han estado hablando entre ellas y así lo han decidido. Hay un pequeño problema, Estrella no habla el valenciano aunque sí chapurrea un poco el español; consideramos que el idioma no puede ser un gran inconveniente. Dénia fue una ciudad muy cosmopolita, un centro turístico de primer orden en la costa alicantina y no sólo no se nos extrañará sino que seguro que encontramos personas que hablen inglés. Aquí será normal que aparezcan forasteros.

Mientras Carla parece un poco triste, Estrella está refulgente de alegría. Es su gran oportunidad, y está dispuesta a vivirla.

Mikel se apresta a poner en marcha al Cronos y a realizar las últimas comprobaciones. Constantín y Adriano se disponen a preparar los equipos de grabación mientras Carla comprueba nuestras constantes vitales y estado físico general. Mis pulsaciones están en 72 por minuto, las de Estrella en 85. Carla le recomienda unos ejercicios respiratorios de relajación y rápidamente disminuyen sus pulsaciones.

Estrella y yo nos hemos vestido ya con ropas apropiadas de la época que hemos traído con nosotros. Nos acercamos a

Constantín y Adriano quienes nos ayudan a acoplarnos los equipos de grabación. Observo a Estrella; no sé si será la ropa o su alegría, pero está realmente hermosa. Su corta melena rubia se balancea ligeramente con sus movimientos. Carla la ha ayudado a maquillarse suavemente al estilo de la época. Mientras Constantín intenta acoplarle bien el equipo de grabación, bromea con ella porque no se está quieta. Su mirada va de uno a otro pidiendo aprobación. Cambia de postura continuamente mientras se mira al espejo y se retoca mil veces el ajustado vestido de color azul claro. Ayayay...

Por fin ha llegado la hora. Nos despedimos y situamos en la base de traslación del Cronos. Poco a poco el transparente cilindro va descendiendo hasta que cierra herméticamente. Levantamos la mano y asentimos con la cabeza indicando que estamos listos.

En unos segundos, lentamente, las imágenes del interior de la nave van desapareciendo mientras se sobreponen las luces de la iluminación nocturna de la ciudad. Intento ubicarme. Veo luces y algunos vehículos que circulan por las calles. No; es un paseo. Observo las hileras de las farolas a uno y otro lado. Hay algunas personas caminando. Estarán a unos doscientos metros. Giro ligeramente la cabeza hacia mi derecha y veo que Estrella me mira y me sonrío. Está bien. Muy cerca hay cajas de madera amontonadas. Me giro hacia atrás y veo... barcos. Barcos de pesca, un yate... Un poco más al sur, dos barcos de guerra. ¡Estamos en el puerto! Es un panorama fantástico. Los barcos están llenos de luces. En los pesqueros hay gente trabajando, seguramente disponiéndose a la jornada de pesca. Nadie ha reparado en nosotros. Noto el fresco de la madrugada y el típico olor del mar mezclado con el de los objetos portuarios.

Estrella y yo nos volvemos a mirar. Sitúa su índice sobre mis labios indicándome silencio y después con el mismo dedo me señala la salida del puerto hacia la ciudad y nos encaminamos allí.

A la derecha queda el paseo que habíamos visto antes y enfrente un bulevar que se adentra en la ciudad. Nos dirigimos

hacia él cuando tenemos que detenernos un instante, un turismo pasa a gran velocidad junto a nosotros.

A unos cien metros observo una parada de taxis. Hay dos turismos estacionados. Sus conductores están semidormidos inclinados sobre las ventanillas. Aún es muy pronto, la ciudad duerme. Son poco más de las seis de la mañana.

Frente a la parada de taxis hay un bar abierto. Hay dos clientes en la barra.

–¿Quieres que entremos? -pregunto a Estrella.

–¿Llevas los euros, no? -me dice.

Instintivamente me echo la mano al bolsillo de la chaqueta y palpo los billetes.

–Sí. Entremos y tomaremos algo.

Al entrar saludamos con un “buenos días” y nos dirigimos a la parte libre de la barra. Nos devuelven el saludo al mismo tiempo que giran sus rostros hacia nosotros unas décimas de segundo y continúan hablando entre ellos, seguramente en valenciano.

Pedimos dos cafés con leche que nos son servidos unos momentos después. Creo interpretar que están hablando de la crisis mundial que se desató de manera intensa hace un par de meses entre los países islámicos y el mundo occidental. La crisis comenzó en Oriente medio. No ha habido forma de solucionar el conflicto palestino-israelí. Las intransigencias de los judíos y los poderes del mismo origen situados en los países occidentales no han conseguido limar asperezas con los países islámicos. Los israelitas han continuado con su intransigencia radicalizando sus posturas y tratando de mantener su hegemonía militar cometiendo toda clase de tropelías basadas en la fuerza y apoyados por sectores influyentes del mundo occidental. Todos los intentos de paz han fracasado.

Ha sido demasiado tiempo. Se han hecho demasiadas barbaridades. Se ha generado demasiado odio. Algunos de los países islámicos han ido desarrollando toda una infraestructura militar de primer orden. No han valido los avisos de estos países

en forma de atentados terroristas en el corazón de Europa y de los Estados Unidos de América. La guerra santa contra los cruzados occidentales se ha venido gestando entre células de inmigrantes procedentes de estos países. Núcleos alimentados por gente marginada y fanáticos religiosos. Cuantas más personas han muerto, más mártires ha habido por ambas partes. Siempre hay personas o grupos que se alegran de esto, se benefician de ello, y a los que les interesa fomentar enemigos frontales contra una filosofía de vida, una civilización, una raza, o una bandera.

La diplomacia y la propaganda se han mostrado incapaces de solucionar nada. No han valido presiones de ningún tipo y no ha sido posible que el buen sentido llevara al entendimiento. Las más modernas tecnologías militares están en manos también de los países islámicos. Los Estados Unidos y Europa han desplazado a la zona sus flotas en actitud "disuasoria". Algunos de los países islámicos que tradicionalmente eran aliados del mundo occidental hace ya algún tiempo que han ido cambiando su alineación, se están poniendo de parte de los países islámicos más radicales y Rusia les apoya. Hace ya bastantes años que el tercer mundo dispone de armamento nuclear. Cuba apoya las tesis anti Estados Unidos. En los últimos meses grandes movimientos de tropas y armamento se han venido produciendo por todo el planeta. Submarinos de Irán, Siria, Libia, Egipto, India, Pakistán, Corea y China, está distribuidos por todos los mares del hemisferio norte y se pretende tenerlos localizados. Satélites militares de todos los países vigilan los movimientos de toda clase de fuerzas.

Las células durmientes en el corazón de los países occidentales se han ido aprovisionando de armas químicas y bacteriológicas, y aunque de cuando en cuando algunos de estos almacenamientos han sido descubiertos y sus componentes desarticulados, no ha habido forma humana de impedir que siguiera habiendo este tipo de armamento en manos dispuestas a sacrificar su vida por su ideal y contra el del odiado infiel.

La ONU está absolutamente dividida. Los vetos de los países de ambas partes impiden que cualquier negociación prospere. Es el enfrentamiento entre los dos mundos.

La guerra se palpa entre la población. No se habla de otra cosa. Hasta ahora las guerras se habían llevado a otros países, ahora el mundo occidental estaba directamente amenazado.

Me llama la atención de que, al menos entre las personas del bar, nadie cree en una hecatombe. Están confiados en las fuerzas occidentales y en su capacidad disuasoria. Pero no saben o no quieren ver que desde la llamada Guerra del Golfo, desde los atentados del 11 de septiembre y la invasión de Irak en 2003 los países islámicos aprendieron la lección y se prepararon para “equilibrar” fuerzas. Se siguió con los contactos diplomáticos, pero tampoco se quiso entender.

Se quiere imponer la razón de la fuerza y nadie cree en el desastre.

Escucho sus planteamientos con mucha atención. Es gente confiada. Aunque sus palabras denotan muchísima preocupación, confían en el “buen sentido” de los dirigentes de los dos bandos. Saben que se ha ido fomentando mucho odio y que hay una gran necesidad de revancha en el tercer mundo, pero no creen que los dirigentes islámicos cumplan sus amenazas. No tienen en cuenta que los sectores integristas han ido en aumento y crean una gran presión sobre sus dirigentes.

No puedo controlar mi emoción e intervengo.

—Esta vez las cosas han ido muy lejos -digo en un español algo mediocre. Las cosas pueden ir mal, muy mal.

Se me quedan mirando. Noto cómo Estrella me coge del brazo indicándome que no siga.

—No creo -dice casi inmediatamente uno de ellos. No se atreverán con el potencial de los Estados Unidos. Esos saben lo que se hacen.

—Pero, en estos últimos años los otros han tenido tiempo de prepararse. Puede que hayan aprendido la lección y no

cometan el mismo error. Saben que de su unión surge su fuerza y se han estado preparando para ello. ¿Qué ocurriría si su odio se desatara en forma suicida, no como ha venido sucediendo hasta ahora en que unos pocos camicaces se han auto-inmolado, incluso con el riesgo de la destrucción de su propio pueblo?

–No creo que fueran tan irresponsables de llevar hasta los últimos términos su propia seguridad... -dice el barman.

–Eso nunca se sabe. Para saberlo tiene que ocurrir, y quizá entonces sea ya demasiado tarde -les digo intentado ya dar por finalizada mi intervención.

–¿Qué podría ocurrir? -interviene otro.

–¡Hombre! Pues quizá que el tercer mundo cumpla sus amenazas y que los occidentales no puedan impedirlo. Quizá una serie de ataques y contraataques con armamento atómico... Puede que incluso con armas químicas y bacteriológicas... La Red. Armas informáticas que colapsen todas las comunicaciones y bloqueen el mundo occidental...

Estrella me sujeta más fuerte si cabe, del brazo.

Aunque saben que el peligro existe, confían en que no ocurra.

–Se impondrá el buen sentido. Los americanos los pararán otra vez, ya verás.

–Esperemos que así sea -me atrevo a decir, aunque sé que esta vez eso no ocurrirá.

Quedan poco más de veinticuatro horas para el final. Muchos miles de millones de seres humanos van a morir, incluidas estas personas con las que ahora estamos hablando. Medio planeta va a ser destruido y el resto estará también a punto de sucumbir. No se puede hacer nada. Eso ya ha sucedido.

Siguen con la discusión mientras nosotros apuramos nuestros cafés con leche.

La televisión no deja de dar noticias sobre los movimientos de tropas, desplazamientos de naves de guerra, informes de satélites militares, desembarcos en puntos

estratégicos, búsqueda e interceptación de naves enemigas, localización de bases, reuniones al más alto nivel, debates en la ONU...

El ambiente es tensísimo. Se masca la tragedia.

Por unos momentos había olvidado el objetivo de nuestra misión, cuando Estrella interviene:

–Bueno. Nosotros hemos venido para visitar a Don Ramón Sabater, maestro de escuela. ¿Lo conocen?

–Sí, dice el barman. Es maestro en la escuela de mi hijo. Un buen maestro.

–¿Sabe entonces donde vive? -sigue Estrella.

–Creo que vive en un chalet en las afueras de la ciudad. En dirección sur. Pero no sabría decirle exactamente dónde.

–Sí. Está por Las Rotas -interviene otro. ¿Porqué no preguntan a alguno de los taxistas de ahí fuera? Quizá lo sepan.

Agradezco su ayuda y pago nuestra consumición. Mientras nos despedimos y dirigimos hacia la salida, la televisión continúa dando noticias sobre la tensión. El Presidente de los Estados Unidos ha realizado una visita relámpago a Bruselas y se ha entrevistado con los Presidentes europeos. Los de los países Islámicos también han tenido una cumbre de urgencia en... La Meca.

Tengo el corazón oprimido. Me giro un instante y cruzo la mirada con Estrella. Tiene los ojos bañados en lágrimas... La cojo del brazo, la atraigo hacia mi cuerpo, le echo el brazo sobre sus hombros y la sujeto fuertemente mientras nos dirigimos a la calle en silencio. Por la parte del puerto, la ligera luz del amanecer comienza a romper la noche. Algo más de veinticuatro horas y el mayor desastre de la historia de la humanidad empezará.

Unos pasos más y a la altura del primer taxi doy unos ligeros golpes en la ventanilla. El conductor despierta y la baja ligeramente mientras nos dice:

–¿Qué desean?

–Buscamos a Don Ramón Sabater. Nos han dicho que vive en Las Rotas. ¿Sabe usted dónde es?

–Sí -nos dice. He estado varias veces allí. ¿Quieren que les lleve?

–Sí. Llévenos por favor. Se lo agradecemos.

No hay toque de queda, pero se observan vehículos militares que empiezan a ponerse en movimiento. Soldados con equipo de campaña son trasladados en camiones con dirección al puerto, probablemente a reemplazar a otros. Pronto dejamos atrás la ciudad propiamente dicha y aún no han pasado dos minutos, cuando nos topamos con un control militar.

Hay algunos coches parados en ambos sentidos. Estamos muy nerviosos. Cojo la mano de Estrella y la aprieto fuertemente.

–No se preocupen, es un control rutinario, no hay problema. No sé qué pueden buscar, quizás informadores árabes.

El corazón me late más deprisa si cabe. ¿Y si detectan algo raro y nos registran? ¿Qué podríamos decirles de los grabadores que llevamos encima? Confiamos en que el taxista dé seguridad y pasemos sin problemas.

Esperamos unos minutos que se me hacen eternos. No suelto la mano de Estrella en ningún momento. Llega nuestro turno y un oficial se dirige hacia nosotros con una linterna. No sabría decir cómo es. Lo único que veo son su casco y su ropa de campaña. Está rodeado de otros soldados dispuestos en fila y con las metralletas preparadas. Un poco más adelante hay un blindado ligero con el cañón de su ametralladora apuntándonos. El taxista ha bajado ligeramente la ventanilla.

–Buenos días. Sus documentos, por favor.

El taxista responde campechano y se apresta a entregarle sus papeles.

A la pregunta de a dónde nos dirigimos, responde el taxista que somos turistas y que vamos a visitar a un maestro del pueblo al que conocemos.

–Un poco temprano para eso, ¿no? -responde el militar mientras se inclina y nos observa a través de la ventanilla.

–Es que acabamos de llegar de Inglaterra y vamos a quedarnos en su casa unos días. Nos están esperando - respondo mientras me dispongo a sacar nuestra documentación para entregársela.

El oficial devuelve los documentos al taxista y coge los nuestros sin dejar de observarnos ligeramente inclinado a través de la ventanilla. Me giro hacia Estrella y veo que está cruzando con él una amplia sonrisa.

De momento todo va bien. El militar está siendo correcto y parece que no nos va a hacer descender del vehículo, pero la tensión está al máximo.

–Está bien. Pueden seguir -nos dice. Que tengan una buena estancia.

–Muchas gracias. Buen servicio –me atrevo a balbucear.

–Hasta luego –responde el taxista mientras pone en marcha el vehículo.

Exhalo un disimulado suspiro mientras pienso en la suerte que hemos tenido y en cómo se hubieran podido complicar las cosas. Miro a Estrella y nos cruzamos una mirada de inteligencia.

El taxista enfila hacia la casa de Don Ramón mientras nos comenta:

–Puf, ¡cómo se están complicando las cosas! Espero pase pronto todo esto.

EL MAESTRO

Desde la colina se divisa perfectamente el mar, las luces del puerto y la ciudad, el sol está despuntando... hay varios buques de guerra en el puerto, se ven algunos barcos en el horizonte. Los primeros rayos de sol bañan la escena cuando nos detenemos frente a la casa de Don Ramón, pagamos el importe al taxista y nos despedimos de él. Mientras el taxi se aleja, pulsamos el timbre un par de veces y esperamos. No se oye nada. Una luz se enciende en el interior de la casa y escuchamos unos pasos que se dirigen hacia la puerta. Estamos muy nerviosos. No conocemos su aspecto ni cómo nos va a recibir.

En el umbral de la puerta aparece un señor mayor; puede que tenga unos sesenta años. Lleva un batín puesto y nos mira con sorpresa.

—Buenos días. ¿Qué desean? -nos dice con corrección no exenta de cierto incomodo.

—Buenos días -le respondemos intentando ser amables. Venimos de muy lejos a verle.

—¿A mí? ¿Porqué?

—Es difícil de explicar. Ni nosotros mismos lo sabemos muy bien.

No es una buena forma de empezar, pero hay algo en ese hombre, en su mirada, que me hace sentir que debemos ser sinceros con él, que se puede confiar en esa persona y que se le puede decir la verdad. Debemos ir paso a paso y sin precipitaciones. Si la cosa sale mal, no me lo perdonaría. Espero que él también ponga de su parte.

—Pero... ¿quiénes son ustedes?

—Me llamo Estrella y él es Fabián. Venimos de Australia y vamos a contarle una historia de la que esperamos su máxima comprensión, Don Ramón.

No ha dejado de mirarnos ni un momento con sus ojos llenos de perplejidad. Por unos segundos temo lo peor. Pienso

que nos va a mandar a paseo, pero algo ha debido detectar en nuestra actitud, que le convence de nuestra sinceridad y buena voluntad.

Unos eternos segundos de silencio y nos dice:

–Pasen ustedes. Aún estábamos acostados. Siéntense un momento, voy a avisar a mi esposa.

Pasamos a un salón que da al mar y por el que comienzan a entrar los primeros rayos de sol de aquel día, y nos sentamos en un sofá que hay en el lateral del mismo.

Mientras esperamos que aparezcan Don Ramón y su esposa, paso una rápida mirada a esta confortable habitación. Muebles de diseño moderno, suelo de color claro uniforme y sin dibujos, paredes de color azul pastel, una gran alfombra, libros en los estantes, equipo de música, un televisor de pantalla grande, una pequeña mesa con un cenicero lleno de colillas...

Estrella y yo nos mantenemos en silencio, observando, absortos en nuestros pensamientos.

No tarda en aparecer de nuevo Don Ramón, esta vez acompañado de su esposa que luce un batín de color rosa pálido y un rostro con la sorpresa dibujada en él. También es mayor, aunque un poco más joven que su esposo. Dan la sensación de ser unas personas muy agradables y cultas.

Nos incorporamos y Estrella se encarga de presentarse y hacer lo mismo conmigo.

Don Ramón nos invita a sentarnos de nuevo. Estamos todos un poco nerviosos; la situación, lo reconozco, no es normal.

–Bueno. Supongo nos aclararán quienes son ustedes y a qué han venido -deja caer Don Ramón.

–Pues... -dice Estrella. La verdad es que venimos de Australia. Somos científicos y estamos llevando a cabo una misión de prueba. Estamos construyendo una máquina que pretende los viajes en el tiempo.

–Ufff... -exhala Don Ramón. Muy interesante. Australia... ¿han dicho Australia? Precisamente mi hija vive allí. ¿Qué casualidad? ¿No les habrá enviado ella?

-¿Saben algo de Antonia? -interviene Doña Amparo con el rostro iluminado.

-Pues no la conocemos, pero es posible que algo tenga que ver en todo esto -les digo, mientras trato de ir preparándoles.

-Bueno... y sobre la máquina, ¿cómo les va?

No se ha extrañado. De su respuesta deduzco preparación. No hay incredulidad ni sorpresa. Reconozco que yo estoy más sorprendido que él.

-Bien, bien. Está en una fase muy avanzada -intervengo muy entusiásticamente. Se llama Cronos, y hemos venido con ella.

-Lo que no entiendo es en qué puede ayudarles un pobre maestro de escuela como yo en un asunto como ese.

-Pues... la verdad es que nosotros tampoco -dice Estrella. Quizás pronto lo descubramos.

Continúa sorprendiéndome la reacción de este hombre. Lo ha aceptado como lo más natural. Su intuición parece que le dice que puede ser cierto. No creo que piense que somos unos charlatanes.

-Todo empezó una noche en que alguien depositó un libro sobre la mesa de Fabián. Había allí unas notas sobre dos personas, una que vivió hace unos dos siglos, un monje, y otra que hacía referencia a usted, en esta época.

-Ha dicho usted antes que han venido con la máquina, ¿dónde está? -me interpela Don Ramón.

-Pues... hemos llegado a Dénia con ella, pero no está aquí.

-¿Dónde la han dejado pues?

Creo que ha llegado el momento de dejar claras las cosas. Vamos a ver cómo sale.

-Mire, Don Ramón. El Cronos nos ha traído aquí pero la nave que lo aloja no ha venido, se ha quedado en el año 2117.

Mi mirada va rápidamente a los ojos de Doña Amparo y vuelve a los de Don Ramón.

-¿Están diciendo ustedes que vienen del año 2117?

-Exactamente -digo, mientras me quedo mirándole esperando su reacción.

Hay unos momentos de turbación en Don Ramón. Miro a Doña Amparo y la veo expectante. Por un momento cruza su mirada con la de Estrella y vuelve a mí con el mismo signo de interrogación.

-¿Usted escribió, perdón, ha escrito un libro titulado “Al voltant de l’ètica i el comportament humà”?

-Sí, cierto. Fue publicado en 1999, hace ya unos años. Está siendo muy recomendado para estudiantes de medias. ¿Lo han leído ustedes?

-Sí, lo hemos leído. Seguramente usted se lo envió a su hija Antonia, a Australia. Pasados los años, alguien debió depositarlo en la Gran Biblioteca. Se mantuvo allí hasta ahora, el año 2117. Hemos tenido ocasión de tenerlo en nuestras manos. Es un buen libro para esta época, incluso podría decirse que va muy por delante de ella. En el libro que apareció sobre mi mesa, alguien nos dio la pista de que debíamos localizar su libro. Lo que no entendemos muy bien es para qué.

-Hace ya más de doce años que Antonia se fue a Australia, desde entonces que ha venido a vernos dos veces. El libro se lo enviamos cuando fue publicado. Hablamos a menudo con ella, tenemos dos nietos preciosos pero no los conocemos personalmente. Nuestros ingresos no llegan para hacer el viaje y ya estamos algo mayores.

-¿Un monje? ¿Ha dicho usted un monje? -dice Doña Amparo.

-Sí. Fray Pascual Mateu. Un monje del monasterio de Santa María de la Valldigna, muy cerca de aquí. Vivió la segunda mitad de mil setecientos -le confirmo.

-Precisamente mi familia descende de allí. Mi madre me lo contó -dice Don Ramón. Le regalé a mi hija antes de irse un libro de fray Pascual, ¿no será el que han localizado ustedes?

-Es muy probable que sea el mismo -le digo mientras pienso que es seguro que se trata de él.

–Mi madre me habló de Simat; allí nació ella y vivió su juventud hasta que se vino con mi padre a Dénia, de eso hace ya muchos años. Me contó gran cantidad de cosas de aquel pueblo situado en ese valle maravilloso. Me habló del Convent, que es como conocen los lugareños al monasterio. Me contó cosas de sus padres, de sus hermanos, de sus abuelos... Los frailes abandonaron el monasterio poco después de 1835, cuando tuvo lugar la llamada Desamortización de Mendizábal, pero cien años más tarde aún se hablaba en la intimidad familiar sobre los frailes, sobre cómo influyeron en el valle, de lo bueno y lo malo que aportaron, sobre lo que significa la expresión “ser hijo de fraile”... El Convent llegó a ser muy importante, no sólo para los pueblecitos del alrededor, si no para toda Valencia.

Me habló con mucho cariño de fray Pascual; leíamos y releíamos su libro. Ella nos aplicaba muchas veces sus recetas... Me costó desprenderme de él y regalárselo a mi hija, pero es que la quiero mucho, ¿saben?

–Efectivamente, ese libro lo localizamos en nuestra Gran Biblioteca -le contesto mientras observo cómo aparecen unas pequeñas lágrimas en sus ojos. Precisamente ayer conocimos a fray Pascual -le dejo caer como si nada.

–¿Cómo? -responde sorprendido.

–Sí, Don Ramón. Ayer visitamos a fray Pascual en el monasterio -trato de reorganizarme. Antes de venir aquí, nos trasladamos al año 1797, al monasterio, y conocimos a fray Pascual. Hablamos con él, conocimos a Teresa y a María, la hija de los dos. Nos dio algunos escritos suyos... Fueron unos momentos breves pero intensos. Fray Pascual falleció en nuestra presencia, por la peste.

–Dios mío... -exclama Doña Amparo.

Los ojos de los dos nos miran expectantes.

Recapacito. Trato de aclarar la relación entre Don Ramón y el fraile. Me viene a la mente una hipótesis. Voy a exponerla, a ver qué me dicen.

–Don Ramón, ¿es posible que usted sea descendiente de fray Pascual y Teresa?

–Podría ser, podría ser. No estoy seguro -dice Don Ramón recapacitando.

Bueno –reflexiono. Ya tenemos una relación. Ahora habrá que ver qué tienen además estos dos personajes en común. Qué tengo que descubrir en ellos. Trataré de ir relacionando a ver si lo descubro aquí, en la visita.

–Don Ramón. A ver si usted nos ayuda -trato de ir lo más directo posible. Podríamos aceptar que usted y fray Pascual son familia en línea directa. Hemos conocido a fray Pascual y no sólo personalmente, aunque haya sido por un día, sino además a través de sus escritos. Es evidente que hay algo en común, pero no creo que se nos haya invitado a conocerles sólo por eso. Tiene que haber algo más. ¿Qué se le ocurre a usted?

–No sé, no sé -susurra meditabundo. Dice usted que completó el conocimiento de fray Pascual con sus escritos. A mí también me gusta escribir. Escribo y reflexiono. Tengo por ahí varios escritos míos; algunos se han publicado. Es posible que la clave esté en ellos. Tengo un montón en mi ordenador, le haré una copia y se los podrá llevar. ¿Pueden ustedes leer el disquete?

–Supongo que sí, pero para mayor seguridad, ¿no tendrá por ahí alguno impreso en papel, no sea que debido al traslado o a cualquier otra cosa se nos borre y no podamos leerlos?

Mientras Don Ramón se dirige al ordenador para hacer la copia en disco, le indica a Doña Amparo saque la carpeta donde conserva algunos impresos.

Doña Amparo le entrega la carpeta a Estrella y comenta que se ha hecho muy tarde.

–¿Porqué no preparo algo para comer?

–Buena idea -dice Don Ramón. Menos mal que hoy no hay clase, ya llevamos unos días así. Es por todo esto del conflicto, ¿saben?

Estrella y yo giramos nuestras cabezas y nos quedamos mirando. Ya casi se nos había olvidado.

A Don Ramón no se le ha escapado este detalle y nos observa a los dos mientras Doña Amparo se dirige hacia la cocina.

–Yo la ayudaré, Doña Amparo -dice Estrella con seguridad, tratando de disimular y dejando la carpeta sobre la mesita.

Puf. Yo me quedo atado al sofá esperando a ver en qué queda esto.

Doña Amparo acepta y se dirigen las dos hacia la cocina. Observo cómo la atención de Don Ramón es reclamada por el ordenador. Introduce un disquete en la disquetera y le da instrucciones para que copie el contenido de algún directorio.

–No me va a caber en un disco -dice Don Ramón. Tendré que copiar la mitad de los ficheros en uno y la otra mitad en otro, vamos a ver cómo sale... ¿O quizás sería mejor que comprimiera el directorio y lo enviara a disquetes? Voy a probar.

Es preciso que toquemos el tema. No vamos a poder eludirlo. ¿Qué hacemos? ¿Tratamos de capear el temporal o seguimos con la misma actitud de sinceridad? ¡Madre mía! ¿Qué hacemos? No sé. Esto es muy fuerte. ¿Cómo les decimos que van a morir en unas pocas horas y con ellos miles de millones de personas en todo el hemisferio norte?

Pasan unos minutos y sigo ensimismado con mis pensamientos, con mis dudas, cuando Don Ramón se levanta, se acerca y sin dejar de mirarme a los ojos, me hace entrega de dos discos.

–Aquí tienes Fabián. Espero encuentres lo que buscas.

Me lo ha dicho muy directamente. Su mirada mantenida... Creo que ha querido decirme más de lo que ha dicho, mucho más.

Me sorprendo temblando. ¡Estoy temblando! ¿Qué está ocurriendo?

–No estoy buscando yo, busca todo el equipo -balbuceo tratando de escabullirme de algo que he intuido.

No se le ha pasado por alto mi respuesta y no la rehuye.

-Fabián... -dice en tono conciliador y como haciendo una llamada a la sinceridad. Es cierto que estáis en una misión científica de pruebas, pero intuyo que todo este misterio va dirigido a ti. Veo que eres un buscador. Alguien o algo ha aprovechado la circunstancia del experimento del Cronos para enviarte un mensaje; o mejor, para que lo descubras por ti mismo. ¿No es así como te gusta llegar a conclusiones?

Me quedo boquiabierto. ¿Cómo es posible que esto esté sucediendo? ¿Quién es este hombre? ¿Cómo puede haberme "reconocido"? Siempre he intuido que había algo personal en todo este misterio, pero nunca me lo he planteado conscientemente.

No puedo escapar de su mirada. No puedo fingir. Me habla tan natural que es como si nos conociéramos de toda la vida. No cabe otra cosa más que aceptar. Tengo que aceptar lo evidente. Siempre he estado buscando, y aquí se me está ofreciendo una respuesta. Ya está bien de disimulos. Esto es importante, lo sé.

-Está bien, lo acepto -le digo como rindiéndome. ¿Qué tengo que descubrir?

-Ni aunque lo supiera te lo diría. Eso es cosa tuya. Lo que yo pienso es que eres un ser afortunado. Tienes... se te ofrece en bandeja una gran oportunidad. Yo también he tenido oportunidades. Yo también he tenido que aprender mis lecciones. Pero mis posibilidades para comprender... no se me han ofrecido como a ti. Sólo puedo desearte suerte en esta oportunidad.

-Esté seguro que encontraré la respuesta -balbuceo.

-No me cabe ninguna duda, hijo -dice perdiendo intensidad en la voz mientras se inclina para sentarse en el sillón y como no queriéndole dar más importancia.

En esos momentos una voz desde la cocina nos pide ayuda.

-Venga, ¿venís a ayudarnos o no? -dice Doña Amparo.

-Claro, ya vamos -decimos casi al unísono Don Ramón y yo, mientras nos incorporamos.

¿Me ha llamado hijo? ¿Es una forma cariñosa de hablar o es algo más?

LA DESPEDIDA

Son las cuatro de la tarde y estamos acabando de dar buena cuenta de la comida.

Terminamos de tomar el café cuando Don Ramón nos dice:

–Hace un día espléndido. ¿Por qué no salimos a dar un paseo por la urbanización?

–Bieeeeeen... -acepto como un niño. ¿Os apetece? -me dirijo a Doña Amparo y a Estrella.

–Vaya. Qué entusiasmo -dice sorprendida Estrella mientras me mira.

–Bueno, Amparo. Vamos a arreglarnos un poco.

Mientras ellos se dirigen a las dependencias interiores de la casa, tenemos oportunidad de comentar Estrella y yo.

–¿Qué te pasa, cómo es que estás tan contento? -me dice Estrella sorprendida.

–¿Tanto se me nota? Pues la verdad es que me parece que todo está saliendo bien. ¿Tú que crees?

–Cierto. Creo que mejor no podía salir. Son unas personas estupendas y nos lo están poniendo fácil... Pero tanto entusiasmo... -me dice Estrella sin dejar de mirarme.

A esta tampoco se le escapa nada... o es que soy muy transparente.

–He tenido una conversación muy corta pero interesantísima con Don Ramón. Hemos llegado a la conclusión de que en el conocimiento de estas personas hay un mensaje personal para mí. ¿También a ti te da esa impresión?

–Eso ya lo sabíamos. Bueno, estábamos casi seguros - me dice Estrella con total naturalidad.

Ahora el sorprendido soy yo.

–Espera, espera. ¿Quiénes y qué sabíais?

–En todo el tiempo que estuvimos preparando la expedición, tuvimos ocasión de comentar sobre este asunto. Tal y cómo se desarrollaron las cosas, sabíamos que lo de los

personajes iba por ti. Nos era indiferente dónde se realizaran las pruebas. El objetivo del Cronos no peligraba.

–¿Lo habéis sabido todo este tiempo, lo habéis hablado, y nunca me habéis dicho nada?

–Pensamos que eso era cosa tuya, que tenías que descubrirlo. A nosotros no nos preocupaba. Estábamos seguros que con el tiempo ya nos enteraríamos. Tú nos lo dirías.

–Bueno, la verdad es que os lo agradezco. Ahora creo que lo veo todo más claro. Aunque sigo confundido respecto al mensaje -digo en un tono algo más bajo-. Ya veremos en qué queda esto.

–Vale -me dice Estrella riéndose-. Ya me dirás algo.

–Bueno, ¿y qué hacemos con Don Ramón y Doña Amparo? Si sale el tema del Holocausto, ¿qué hacemos?

–Yo lo tengo muy claro: Decírselo. ¿No crees que son dos personas a las que se les puede decir lo que va a ocurrir?

–Sí, sí. Claro.

Vaya claridad de ideas. Ninguna duda. ¿En qué estaría yo pensando mientras Estrella llegaba a conclusiones?

–Venga, ¿nos vamos? -dice Don Ramón mientras accede al salón acompañado de su esposa.

Aunque el sol se ha escondido detrás de la montaña, la luz es aún intensa y da la impresión de que todavía quedan varias horas antes de que anochezca. Hace un tiempo espléndido; disfrutamos de una tarde primaveral muy agradable a orillas del Mediterráneo.

Pero esa tarde no es como todas en aquél lugar. Desde aquí se divisa una gran panorámica que nos está indicando que algo no va bien.

Continuamente entran y salen buques del puerto. Casi no hay circulación por las carreteras. No se ve gente. De cuando en cuando escuchamos sirenas de vehículos que alcanzan cierta intensidad y luego desaparecen. Es inevitable no hablar de lo que está ocurriendo.

-Bueno, ¿y qué me dicen de todo esto? -señala socarronamente Don Ramón-. Aquí va a pasar algo gordo, Amparo. ¿O no es verdad?

-Sí, Don Ramón. Va a ocurrir una desgracia. Una gran desgracia -dice Estrella.

-¿La guerra? -pregunta Doña Amparo.

-Sí. Mañana va a estallar la guerra -les digo.

-Pero... ustedes están aquí. ¿Quieren verse ustedes en medio de esta guerra? No va a ser agradable, seguro. ¿Porqué han decidido venir precisamente ahora?

-Es cierto, podíamos haber venido antes en cualquier momento. Quizás ha sido muy arriesgado. También lo fue visitar a fray Pascual en plena peste. Queríamos conocerles en su plenitud. La mejor perspectiva se toma siempre desde el final, ya está todo hecho, no queda nada por hacer. No debíamos haber venido hoy; quizá una semana antes -les digo.

-Nuestro viaje es siempre de veinticuatro horas -dice Estrella. Antes de las seis de la mañana debemos estar en un lugar determinado del puerto para ser transportados a nuestro tiempo.

-Entonces... Mañana ya no estaréis aquí. ¿Qué va a pasar mañana? -dice Doña Amparo.

-Mañana se van a desencadenar una serie de ataques y contraataques con armamento nuclear, químico y bacteriológico, que van a arrasarlo el hemisferio norte -les digo mientras voy inclinando ligeramente la cabeza. Una gran hecatombe. Todo va a quedar destruido, miles de millones de seres humanos van a morir. Sólo el hemisferio sur se salvará, aunque también sufrirá secuelas que tardarán muchos años en desaparecer.

Nos detenemos. Nos quedamos mirando los cuatro. La profundidad del silencio que se acaba de producir, impide que oiga el rumor de la civilización que sin duda se está produciendo a nuestro alrededor.

Son unos momentos eternos. Por un instante veo que va a ser Don Ramón quien va a hablar.

–¿Entonces el hemisferio sur se salvará? ¿No va a exterminar la humanidad?

Menos mal. Ha aparecido la esperanza. No hay rencor. Sólo comprensión, aceptación.

Don Ramón se acerca a Doña Amparo, la coge por el hombro y la aprieta sobre sí. Se quedan mirando unos instantes y se dan un suave beso en los labios.

Han comprendido la magnitud del desastre. Creo que también han aceptado su muerte.

Sus miradas se separan y se dirigen hacia nosotros. Sus ojos vidriosos nos miran profundamente.

No sé qué decir. Miro instintivamente a Estrella. Está igual que yo. Veo sus ojos llenos de lágrimas.

Estrella se abalanza sobre Doña Amparo y la abraza. Los tres se funden en un abrazo. Yo.. poco a poco... me acerco... y les abrazo. Creo que mi pecho va a estallar. No sé porqué, siento que estoy abrazando quizás a mis bisabuelos.

–Ramón, Amparo. Os quiero.

–Gracias, hijo. Muchas gracias por todo. Ahora todo tiene sentido. Amparo y yo somos muy afortunados por esto. Podría haber sido diferente, muy diferente. Nuestras vidas van a terminar con esperanza. Al menos todo no se va a perder.

Continuamos abrazados a ellos. Tras unos momentos de silencio, Don Ramón nos dice:

–Vamos a casa, estoy muy cansado.

Está anocheciendo. Lentamente nos acercamos a la casa. Vamos todos absortos en nuestras reflexiones.

Cuando llegamos nos dejamos caer en los sofás. Estamos exhaustos.

El primer pensamiento de Doña Amparo es para su hija Antonia, para sus nietos.

–Menos mal que por lo menos ellos estarán bien.

–Estoy pensando que, tal y como están las cosas por ahí abajo, vais a necesitar ayuda para llegar al puerto -dice Don Ramón-. En buen berenjenal os habéis metido. Ahora veremos cómo os sacamos de aquí.

Sin dudarle un instante, Don Ramón se incorpora y se dirige al teléfono.

—Amparo, voy a llamar a Alberto, el jefe de policía local. Vamos a necesitar ayuda.

—¿Alberto? Soy Ramón Sabater, ¿cómo estás? -...- Oye, perdona que te llame a estas horas, además seguramente estarás muy ocupado. -...- Mira, es que tenemos un problema. Unos amigos necesitan estar esta madrugada antes de las seis en el puerto. -...- Sí. Ya sé que es algo raro, pero de momento no te puedo decir más cosas. -...- Claro, ya sé que las cosas están muy difíciles, pero necesito tu ayuda, es cuestión de vida o muerte. -...- Ya te lo explicaré. ¿No te digo que confíes en mí? -...- Seremos cuatro; mis invitados, un hombre y una mujer, y Amparo y yo, queremos acompañarles y despedirnos de ellos. -...- ¿Entonces a las cinco y media estarás aquí con un furgón y un par de agentes? -...- ¿No llegaremos muy justo? Mira que tienen que ser muy puntuales. -...- No, no. No me preocupo. Ya sé que todo saldrá bien. Confío en ti. -...- Bueno, por favor, no me falles, ya ves lo importante que es. Un abrazo y hasta luego.

Cuelga lentamente el teléfono y con gesto de preocupación se dirige a nosotros.

—Me ha respondido como esperaba. Están todos en máxima alerta. Dice que esta mañana se ha decretado toque de queda. Desde las ocho de la tarde nadie puede circular por las calles. La ciudad está tomada por la marina y el ejército, y los accesos están llenos de controles. En estos momentos el capitán marítimo tiene el mando. La policía local está a sus órdenes y de momento, están alerta para cuestiones domésticas. ¿No os decía yo? Vamos a ver en qué queda esto.

Tal y como vamos siendo conscientes de la situación, Estrella y yo nos vamos poniendo más blancos. Nunca pensamos que esto podría ocurrir. Podíamos haber venido hace dos días... o dos semanas. En buen lío nos hemos metido. Si nos quedamos...

–Vamos a poner un poco la televisión a ver qué dicen - susurra Don Ramón mientras coge el mando a distancia y enciende el televisor.

Da un repaso rápido a los distintos canales. En todos están dando noticias. Se ve que han suspendido la programación habitual y dado el estado de la situación, sólo se ocupan del conflicto. Parece que la cosa ya va en serio.

Los americanos han detectado un submarino nuclear en el Atlántico y otros dos en el Pacífico; piensan que debe haber más, quizás a lo largo de ambas costas. Lo peor de todo es que parece que les han perdido el rastro.

La fuerza aérea trata de localizarlos y destruirlos. Las fuerzas de la OTAN están también en alerta máxima. Van a la búsqueda de cualquier navío para identificarlo. Se sospecha que es posible que barcos de transporte convencional lleven armamento de largo alcance.

El presidente de los Estados Unidos se ha dirigido por televisión a la población desde un lugar indeterminado, informando sobre la situación pero llamando a la calma. Lo mismo han hecho los presidentes europeos y el presidente ruso.

Hace ya unos días que los periodistas en China, la India y en los países de la Liga Árabe, tienen restringida su función y están detenidos o recluidos en sus residencias bajo apercibimiento de no enviar información. Pero me da la sensación de que lo mismo está ocurriendo en occidente. Según dice Don Ramón, las imágenes que están pasando son de archivo o de lugares indeterminados. Algún que otro periodista consigue hacer llegar una crónica, pero se cuidan de no identificarlo para que no haya represalias.

La información se centra en el edificio de las Naciones Unidas. Hay una gran actividad.

Por un momento, tengo la sensación de que las cuatro personas que estamos en esta habitación, somos las únicas del planeta conscientes de lo que aquello va a significar.

Pronto, quizás dentro de doce o catorce horas, alguien será el primero en dar la orden de ataque. Después seguirán las

de otros en respuesta... y así sucesivamente hasta la destrucción. Nunca se pudo saber a ciencia cierta quién comenzó, ni si hubo un primer incidente que desencadenó la tragedia, pero tal y como veo el estado de cosas al que se ha llegado, la hecatombe está servida.

—¿Porqué no preparamos algo para cenar? Son las diez de la noche. Debemos comer algo -dice Don Ramón mientras nos escruta con su mirada.

La verdad es que estoy saturado. Ver aquello sabiendo lo que va a ocurrir hace que tenga una sensación extraña.

Nos dirigimos hacia la cocina y entre todos, en un momento, preparamos algo para cenar.

Mientras cenamos, decidimos no recibir más información desde el exterior y nos centramos un poco en nosotros.

Hasta veo a Don Ramón y Doña Amparo más tranquilos, si ello es posible.

—¿Podrías haber hecho algo vosotros para evitar esto? -nos pregunta Don Ramón.

—Probablemente no -dice Estrella. No es esa la función de una expedición de estas características, no tenemos suficiente experiencia. De momento, nuestro lema es la no intervención. No sé si algún día esto podrá hacerse, ni siquiera si se deberá. Lo bien cierto es que no sabemos lo suficiente.

—Si algún día pudiera hacerse algo y se decidiera hacerlo... -me decido a intervenir. Creo que nunca se podría pedir una intervención directa y milagrosa sobre las personas que van a dar las órdenes de ataque. Quizás debería tratarse de todo un plan de acción dirigido a que no se dieran las circunstancias. Si estas se dan, el final es inevitable. Se puede tardar más o menos, pero son las circunstancias las que llevan al hecho. Se tendrían que cambiar las circunstancias, si no el hecho no se puede impedir.

—Dios mío... ¡Qué apasionante! -dice Don Ramón. ¡Qué nuevo y maravilloso instrumento habéis puesto en marcha! Es increíble los conocimientos sobre el ser humano y sobre su entorno que puede facilitar el Cronos. ¡Cómo me hubiera

gustado indagar sobre todo ello! Veo que de momento está en buenas manos, espero lo tengáis siempre controlado y le saquéis el provecho que vosotros sabréis sacarle.

–Si, Don Ramón -dice Estrella. Tiene tantísimas posibilidades que nosotros no alcanzamos ni a imaginar. No queremos tener prisa, pero se me ocurren cosas como viajar no sólo a la Edad Media, o visitar la civilización romana o griega, incluso más allá, a las civilizaciones más antiguas. Me gustaría conocer al hombre y su entorno en la Edad de Piedra... Saber cómo era el antepasado del hombre en la era de los dinosaurios. Estudiar todo esto. La evolución de la vida, los cambios geológicos. Sí; realmente es apasionante.

–Eso sin añadir los contactos con el futuro -intervengo yo. Ahí si que debería irse con cautela. Habría que estudiar la influencia de conocimientos del futuro sobre el presente. Podría entrarse en un bucle retroalimentativo que no sé qué consecuencias podría tener. ¿Podría llegarse a vivir un presente atemporal? La vida hasta ahora ha sido un presente con un pasado y un futuro incierto. ¿Qué ocurriría con una vida, vivida siempre en presente, en cualquier época, pasada, presente o futura?

–Pues... que ya no sería un hombre -dice Don Ramón sonriendo. Estaríamos ante un ángel, ¿no?

Estallamos en una gran carcajada. Vaya ocurrencia la de Don Ramón.

–Es evidente que el hombre está lejos de ser un ángel, ¿no? -dice Estrella sonriendo.

–La verdad es que para que el hombre pudiera vivir una vida así, aún le falta mucha maduración -intervengo. Puede que estemos en camino, no lo sé. Además, todo hombre es formado en un entorno de época, eso condiciona. Llevaría el lastre detrás de sí. Sólo una sociedad que permita el desarrollo del potencial humano... Una sociedad que incorporara una comprensión basada en la profundización de lo atemporal... No sé, no sé. Podría ser que estuviéramos en los albores de un nuevo hombre.

-Una vida con conocimiento... -musita Don Ramón- Una vida sin condicionantes de época... ¿Qué podría descubrirse a partir de ahí?

El sonido del timbre de la entrada nos vuelve a la realidad inmediata y hace que me sobresalte.

Con cara de preocupación, Don Ramón se levanta y se dirige a la puerta.

-Uf. Son ya las dos de la madrugada. No sé quién podrá ser. -...- ¡Alberto! Pasa, pasa.

-Buenas noches... Buenas noches Amparo.

-Ven, te presentaré a unos amigos.

-He venido solo, quería echar un vistazo a ver cómo estáis... y en cuanto he podido...

-Pasa. Mira, esta es Estrella y este Fabián.

Ya nos hemos levantado todos. Alberto es un hombre joven, tendrá alrededor de treinta y cinco años. Va vestido con uniforme. Don Ramón le coge la gorra y la deposita sobre una silla de la entrada. Le da la mano a Doña Amparo y se dirige a nosotros para saludarnos.

-¿Cómo estáis? -se dirige a los anfitriones. Me habéis dejado algo preocupado. ¿Se puede saber qué ocurre?

Uf. Ahora veremos qué pasa. Espero que Don Ramón no se lo cuente todo; y menos de sopetón. No sé la que se puede armar.

-Estrella y Fabián han venido de Australia, donde vive Antonia, y se han encontrado con todo esto. Tienen que partir hoy sin falta y lo van a tener muy difícil para llegar al puerto. Necesitamos tu ayuda -le dice Don Ramón.

Alberto se le queda mirando. Espera más información de su amigo. Sabe que hoy no va a partir ningún barco civil. Unos tensos y largos segundos de silencio, y tras comprender Alberto que de momento no va a contarle más cosas, se dirige a Doña Amparo y le dice:

-Bueno, ¿es que en esta casa no hay café para un amigo?

–¡Claro! Bien cargado, ¿no? -dice Doña Amparo. Como te gusta. ¿Alguien más quiere?

Todos aceptamos.

–Entonces... marchando cinco cafés -dice con socarronería mientras se dirige a la cocina.

Nos sentamos y parece que Don Ramón entiende que hay que contarle algo más.

–Alberto. No te puedo decir muchas más cosas. Me vas a tener que perdonar. Te prometo que cuando dejemos a salvo a nuestros dos amigos en el puerto, te lo contaré todo. Pero vamos a necesitar algo de tiempo... ¿vale?

–Pero...

–No te preocupes. No pasa nada.

Alberto se nos queda mirando a Estrella y a mí. No decimos nada. Se vuelve hacia Don Ramón y le dice:

–Pero acuérdate que me lo tienes que contar todo, ¿eh?

–Sabes que fui muy amigo de tu padre... que te conozco desde que naciste. Siempre hemos tenido tú y yo, largas e interesantes conversaciones. Sabes que puedes confiar en mí. Sólo quiero que sepas que estas dos personas tienen toda una vida por delante; una interesantísima vida, por cierto, y que si no están a las seis de la mañana en el puerto, morirán. Tenemos que hacer lo imposible para que estén allí a esa hora. Luego, tú y yo hablaremos.

–Extraño es lo que me pides, Ramón. Pero haré lo que dices.

Mientras tomamos café hablamos un poco de Australia. De nuestro trabajo allí. Nos pregunta sobre Antonia. Estrella le dice que está bien, que al enterarse que veníamos nos había pedido que visitáramos a sus padres...

Y salió el tema.

–Sólo puedo deciros que esta vez las cosas van en serio. Muy en serio -dice Alberto. Políticos y militares están muy nerviosos. No paramos de recibir órdenes... y contraórdenes. No se aclaran. El nerviosismo es total. No hacen más que llegar tropas. La ciudad está tomada.

Don Ramón y yo nos miramos. Alberto nota que no estamos sorprendidos, y esto no le pasa inadvertido.

-¿Qué sabéis de todo esto? -pregunta Alberto.

-Si, si -respondo echando balones fuera. Esta vez las cosas están tomando un mal cariz.

Parece que la contestación le ha satisfecho. Quizás crea que sabemos menos que él sobre el asunto.

Suena el timbre de la puerta.

-Vaya noche movidita -dice Don Ramón mientras se levanta a abrir.

Un par de policías locales preguntan por Alberto.

-Son dos de mis hombres, no os preocupéis.

-El capitán marítimo le llama por la radio, teniente.

-Bueno, me tengo que ir. Ha sido un placer -dice mientras nos da la mano y se despide de nosotros. Dentro de un par de horas vendré a recogerles.

-Que todo vaya bien -dice Don Ramón.

Nos sentamos de nuevo y respiramos profundamente. Parece que todo va a ir bien.

-¿Alguien quiere repetir café? -dice Doña Amparo.

Estamos muy cansados. Debemos mantenernos despiertos. Sólo yo acepto la invitación de repetir café.

Doña Amparo y Estrella se dirigen a la terraza. Don Ramón y yo decidimos seguirlas. Apoyado en la barandilla trato de identificar la ciudad y el puerto. Está todo a oscuras. Hay calma. Una ligera y fresca brisa hace que me retire un poco hacia dentro. Las luces de un vehículo, seguramente militar, indican señal de vida en la carretera de las Rotas. No creo que todo el mundo duerma. Seguro que ahí abajo hay más gente despierta de lo que parece.

El fresco de la noche nos invita a entrar al interior de la casa.

Nos relajamos en los asientos y esperamos.

-Realmente tengo una sensación muy extraña -dice Doña Amparo.

Siento lo mismo, y supongo que Don Ramón y Estrella también.

El sonido del teléfono nos sobresalta. Don Ramón se incorpora rápidamente y se dispone a descolgarlo.

–Ah. ¿Eres tu, Alberto? -...- Vale, nos vamos preparando. Son las cinco y cuarto de la mañana.

–Dice que en diez minutos está aquí -nos comunica Don Ramón. Vamos a prepararlo todo.

Mientras Doña Amparo y Don Ramón se disponen a ponerse ropa de abrigo, cojo los discos que hay sobre la mesa y los introduzco en mi bolsillo interior. Estrella le entrega la carpeta a Doña Amparo y le dice:

–Será mejor que la lleve usted. Ya nos la dará en el puerto.

–Amparo, no te olvides de coger tu documentación -dice Don Ramón. Supongo que vosotros llevaréis, ¿no?

–Sí. Tuvimos la precaución de hacernos documentos de esta época... Aunque australianos -dice Estrella. Por lo menos las fechas estarán en consonancia.

Atravesamos la puerta y nos detenemos unos momentos en el porche, cuando vemos llegar un vehículo que se detiene frente a la casa.

Se trata de un furgón de la policía local. Mientras desciende Alberto, el vehículo se dispone a dar la vuelta. Un policía conduce y veo que otro va detrás.

Alberto nos abre la puerta y nos va diciendo:

–Yo debo ir delante para no levantar sospechas. Ramón irá con vosotros detrás. ¿De acuerdo?

Asentimos mientras nos acomodamos en los asientos posteriores, y el vehículo se pone en marcha.

Aún no acabamos de incorporarnos a la carretera principal, cuando nos topamos con un primer control.

–No os preocupéis. Acabo de hacer la ruta desde el puerto. No hay novedad. Nos quedan este y dos controles más. El último a la entrada del puerto. Todo irá bien.

Nos detenemos en el primer control y unas linternas iluminan el interior del furgón.

El oficial nos saluda y nos franquea el paso. Ha sido muy rápido. ¡Menos mal!

Arrancamos, mientras en silencio observamos a los militares situados a ambos lados de la carretera.

Justo a la entrada de la ciudad, en el segundo control, sucede exactamente lo mismo. Los militares reconocen el vehículo que ha pasado por allí unos momentos antes y nos dan paso libre rápidamente.

—El próximo control no lo hemos atravesado antes de venir -dice Alberto. Probablemente nos den algo más de trabajo. Vamos a ver.

Nos detenemos en el último control, justo a la entrada del puerto.

El oficial, con cara de pocos amigos y con la extrañez marcada en el rostro, se dirige a Alberto, mientras éste descende del vehículo.

—¿Adónde van, teniente?

—Llevo un mensaje del capitán marítimo que tengo que entregar personalmente al capitán del Aragón -dice Alberto mientras le enseña un sobre blanco.

Puf. Ya hubiéramos podido escoger otro lugar para la transportación -pienso. Esto está cerrado a cal y canto por los militares. Parece que Alberto ha tenido tiempo de prepararlo todo. Ya sabía de las dificultades.

Un par de soldados están rodeando el furgón e iluminando el interior con sus linternas.

—¿Y estos señores quienes son? -pregunta el oficial mientras se inclina ligeramente hacia una de las ventanillas de la parte posterior escrutando el interior.

—Conocen al capitán Argüelles, me acompañan y de paso van a saludarle -dice Alberto.

Veo que el oficial no las tiene todas consigo.

—Por favor, bajen y muéstrenme su documentación.

—Bajen, por favor -se dirige a nosotros Alberto.

Los otros dos policías descienden también y se sitúan a nuestro lado, junto la furgoneta. Nos rodean cuatro o cinco marineros mientras nos apuntan con sus ametralladoras.

Alberto y el oficial se desplazan un poco mientras hablan entre ellos.

Esperamos mientras notamos que la tensión va subiendo.

Como se les ocurra registrarnos, lo vamos a pasar todos muy mal. Van a descubrir las grabadoras y pensarán que es material de espionaje. Y lo peor de todo, faltan diez minutos para las seis y si se retrasa, no llegamos a tiempo.

-Póngame con el Capitán Argüelles -le dice el oficial al marinero de la cabina.

-Pero teniente, es muy tarde -le responde el marinero. Estará descansando. ¿De verdad quiere que le molestemos?

-Tiene que estar despierto. De todas formas lo despertarán ellos... Bueno, prefiero que sean ellos a que lo hagamos nosotros.

Parece que ante la posibilidad de recibir una reprimenda, esté tratando de escabullirla. De todas formas no nos ve peligrosos y no llevamos bultos que pudieran contener explosivos u otros artilugios.

-Está bien -decide cambiar de idea. Vosotros dos, acompañadles hasta el Aragón.

Los dos policías locales se quedan en el vehículo, mientras los cinco enfilamos a pie el camino hacia el interior del puerto, precedidos por los dos soldados. Alberto fuerza un par de pasos y se sitúa a su altura mientras comenta algo con ellos.

Reclamo la atención de Don Ramón y le señalo el lugar que está a unos cincuenta metros. Estrella, que va muy alerta, se dirige a Doña Amparo y le pide la carpeta.

Continuamos caminando y cuando estamos a la altura en que nos dejó el Cronos, sigilosamente nos separamos de la comitiva, nos detenemos en el lugar, nos situamos de cuclillas y miramos cómo se van alejando.

Aún no han transcurrido veinte segundos, veo cómo nos comienza a invadir la luz del Cronos. Miro hacia el grupo que se aleja y observo cómo Don Ramón y Doña Amparo se han dado la vuelta y se despiden de nosotros agitando los brazos en total silencio.

Sin incorporarnos del todo, levantamos tímidamente las manos y nos despedimos de ellos. Pienso que caminan hacia su destino. Un fin que ambos han asumido conscientemente.

Unas siluetas alejándose en la oscuridad es su última imagen.

La noche que nos envuelve va siendo sustituida por las luces del interior de la nave. Unos sonrientes y expectantes rostros nos observan. Son caras conocidas. ¡Estamos en casa!

MISIÓN CUMPLIDA

Mientras Constantín y Mikel manipulan diligentemente los instrumentos, Adriano y Carla se abalanzan sobre nosotros.

Aún no me he podido recuperar de la tensión vivida. Miro a Estrella y está dibujando una mueca en lugar de una sonrisa.

Nos ofrecen asiento y poco a poco nos vamos relajando. ¡Hemos entrado en la normalidad! ¡Por fin estamos seguros!

Echo mano de los discos y se los entrego a Adriano, mientras Estrella le entrega a Carla la carpeta.

Se limitan a depositar sobre la mesa lo que les entregamos, casi sin reparar en ello.

Mikel y Constantín se acercan a nosotros y nos miran con expectación.

Me es imposible articular palabra. Estoy seguro que nos ven agotados y con los rostros desencajados.

Carla y Mikel se disponen a desacoplarnos los equipos de grabación y los depositan sobre la mesa.

Puf -pienso-. Vaya peso que me quito de encima. Hay que ver lo comprometedores que eran esos aparatos.

–Bueno -dice Adriano-. Están bien, ¿no lo veis? Vamos a prepararles algo para comer y que se echen a descansar. Tiempo tendremos de hacerles preguntas... y que nos respondan.

–Eso, eso. Y que nos respondan -dice Constantín soltando una pequeña carcajada.

Entre risas nos ayudan a trasladarnos al comedor.

Dos humeantes platos de sopa nos esperan sobre la mesa. ¡Caramba, qué apetitosa está!

Todos se sientan a nuestro alrededor y nos observan con interés mientras comemos.

–Ha sido duro... muy duro -me atrevo a balbucear mientras voy dando buena cuenta de la sopa.

–Emocionante, interesantísimo, increíble... -va susurrando Estrella mientras come.

–Habrá que mirar cómo han quedado los discos con la transportación -le digo a Mikel-. Mira a ver si no se han borrado y pueden leerse. Están comprimidos. Habrá que ver cómo los puedes descomprimir. Tienes trabajo Mikel.

–Bien -contesta con seguridad-. Tú deja eso de mi parte.

Carla se ha traído consigo la carpeta y sobre la misma mesa procede a abrirla. Un ojeo rápido y comenta:

–¿Trabajos de Don Ramón, no?

Asentimos mientras ella sigue escarbando entre los papeles.

Estrella y yo tomamos unas natillas de postre, y al finalizar, Adriano nos dice:

–Bueno, supongo que querréis iros a dormir. Nosotros pondremos en orden todo esto. ¿Os parece bien que cuando os levantéis hablemos?

Evidentemente Estrella y yo estamos totalmente de acuerdo.

Bien acompañados, Estrella y yo nos dirigimos al dormitorio. Una vez acomodado en mi cubículo, respiro profundamente... y me duermo.

Un suave beso sobre mi mejilla izquierda me despierta.

Abro los ojos lentamente y veo el rostro sonriente de Estrella.

Vaya forma más agradable de despertar -pienso-. Sin ruidos, sin tensiones, sólo un cariñoso beso... y la preciosa sonrisa de Estrella.

–Ya lo tienes bien, dormilón. Es hora de comer -me dice con voz susurrante y cariñosa, mientras me mira intensamente.

–Uf. ¡Qué bien he dormido! -le digo mientras me desperezó-. ¡Qué relajado estoy!

–Venga, que la gente está esperando noticias.

–Espera un poco. Voy a darme una buena ducha. Enseguida estoy con vosotros.

Llego al comedor y una magnífica mesa llena de comida nos espera. Ya están todos sentados.

–Eh, ¿vamos a comer? -me dice Mikel.

Mientras voy dando buena cuenta de la comida, empiezan los comentarios.

–Ya he recuperado los archivos de Don Ramón -dice Mikel acompañando su afirmación con una sonrisa socarrona-. Ha sido fácil. El Cronos funciona a las mil maravillas, ni siquiera ha podido “cargarse” un soporte magnético primitivo. Es un éxito...

–Y hemos leído los escritos de Don Ramón que habéis traído sobre papel -dice Carla-. Un gran hombre. Debió ser una gran persona.

Comenzamos a contarles la misión desde el primer momento. Nos interrumpen continuamente. Estrella y yo, como podemos, vamos aclarando todas sus dudas. Nos observan con cara de alucinación.

–Parece ser que el maestro es descendiente en línea directa del fraile -dice Estrella.

–Yo diría incluso que se parecen bastante físicamente –añado-. Y una hija de Don Ramón, Antonia, se vino para Australia a finales del siglo xx. Pondría la mano en el fuego y Margaret Freeman, la que depositó los libros en la Gran Biblioteca, es hija de Antonia.

–Oye Fabián -dice Carla-. ¿No nos contaste en cierta ocasión que casi no conociste a tus padres porque fallecieron en accidente cuando sólo tenías siete años?

–Cierto -respondo expectante-. ¿Adónde quieres ir a parar?

–¿Y qué pasaría si tú fueras descendiente de todos ellos?

Me he quedado pálido. ¿Es posible eso? Si es cierto, esto tomaría un cariz interesantísimo.

–Estando con Don Ramón... -les digo-, me deseó que encontrara lo que iba buscando. ¿Es posible que ese hombre

intuyera lo que ahora estamos descubriendo? ¿Es posible que descubriera que yo era descendiente suyo? ¿Podría ser yo, nieto o bisnieto de Antonia la hija de Don Ramón y Doña Amparo?

Veo que todos los demás asienten y lo dan por hecho.

–De todas formas... -les digo-. Cuando regresemos, lo primero que haré es indagar en los archivos para asegurarme.

–No obstante... -sigo diciendo-. ¿Qué significado puede tener eso? ¿Quién depositó el libro con las pistas sobre la mesa de mi habitación? ¿Qué otras cosas me quedan por descubrir?

–Tranquilo, no corras -me dice Adriano-. Todo a su tiempo. Hemos hecho las primeras pruebas con el Cronos y hemos aprendido muchas cosas. Hemos conocido a los dos personajes que nos han hablado de su humanidad... de sus circunstancias. Yo, con este bagaje, de momento me daría por satisfecho.

–Cierto, pero comprende mi impaciencia.

–Yo de ti no me preocuparía demasiado -me dice Carla-. Pienso que estás muy cerca de toparte con algo que tienes que descubrir. La solución tiene que estar a la vuelta de la esquina.

–Tenemos una línea genética... -dice Estrella-. Tenemos humanidad en los tres personajes. Hay unas circunstancias para cada uno de ellos. Son similares intrínsecamente y sin embargo son diferentes. La vida para cada uno ha sido distinta.

–¿Los tres? -le digo-. ¿Cuál es el tercero?

–¡Pues tú, tonto! -responde Estrella riendo-. ¿Es que no lo ves?

–¡Es cierto! ¡Esa es la respuesta! A eso se refería Don Ramón cuando hablaba de la importancia de la sociedad en la que se forma una persona. La genética, la naturaleza, construye un ser humano, le da una serie de instrumentos para sobrevivir, para reaccionar ante unos estímulos externos. El físico está preparado para desenvolverse. Es como un libro en blanco. Luego, según va encajando las vivencias, se va llenando y aparece la personalidad con la que pronto uno va identificándose: “Soy Fabián”. Si Fabián hubiera vivido en el

siglo XVIII, con las circunstancias sociales de aquella época, hubiera podido ser fray Pascual Mateu. Si hubiera nacido en el siglo XX, habría sido Don Ramón. Pero la suerte de nacer en el XXI, me ha llevado a ser Fabián... Si las circunstancias del siglo XXII fueran más proclives a un desarrollo más pleno, si cabe, ¿qué podría haber llegado a ser?

¡Pero qué idiotas somos! ¿Es que no nos damos cuenta de que debemos exigirnos y exigir mejores circunstancias, una sociedad mejor, para que el hombre pueda ser más hombre? ¿Cuándo va a desaparecer la mezquindad?

–Yo creo que es cuestión de tiempo -dice Constantín.

–¡Cierto! –respondo-. Pero mientras tanto la gente sufre, casi se podrían contar tantos fracasos como vidas. ¡Ya está bien de sufrimientos y frustraciones! ¡Ya está bien de malograr vidas humanas!

–Pienso que debes sosegarte un poco -dice Adriano-. No es que no tengas razón, sólo creo que todo esto lo podrás ver mejor dentro de algún tiempo.

–De acuerdo, Adriano. Voy a dejarlo estar por el momento. Quizás dentro de unos días lo pueda ver mejor... tranquilamente, sin apasionamientos.

–Bien -dice Estrella-. ¿Qué te parece si mientras los demás van preparando el regreso a Canberra, tú y yo leemos algo de Don Ramón?

EL HOMBRE

Mi agradecimiento al amigo Ígor que con su "espoileo" me ha llevado a que sintetice esta reflexión. Ramón Sabater. Primavera de 1999.

Querido amigo, veo que el hombre es una realidad hoy, que difícilmente podremos comprender si no nos remontamos a su pasado.

Es fundamental pues, que profundicemos en sus orígenes donde encontraremos la clave interpretativa de ese fenómeno extraordinario llamado "hombre".

Pero no sólo tenemos que estudiar su evolución durante millones de años, es importantísimo conseguir una visión atemporal, no condicionada por tópicos y conceptos de los que estamos impregnados por la civilización actual, para poder aproximarnos a su comprensión.

En primer lugar hay que manifestar de forma clara y fehaciente que el hombre es un animal. Un ser vivo que surge en un planeta, que tiene su génesis y evolución en él y que por tanto está perfectamente adaptado a las condiciones de vida en el mismo. Esto quiere decir en primer lugar, que dado que las condiciones a las que nos referimos han sido cambiantes a lo largo de millones y millones de años, es evidente que sólo las metamorfosis genéticas, esas combinaciones aparentemente aleatorias, han hecho

del hombre junto con el resto de seres vivos, algo viable en ese vivo entorno que supone el planeta que lo sustenta.

Estos seres vivos, con gran amplitud de facultades adaptativas en todo el entorno que los generó, desde los polos al ecuador, son en general inviables en otro entorno distinto a la Tierra.

La naturaleza, a través de las combinaciones genéticas basadas en la prueba y error, ha ido pues adaptando a sus condiciones, seleccionando, a una increíble multitud de seres vivos que la habitan.

Esta selección, que ha hecho inviables infinidad de pruebas que fracasaron, ha ido añadiendo con el tiempo el factor complejidad. Una complejidad que basada en la ductibilidad, ha llevado a unos animales a la cumbre de la evolución, pero que por otra parte los ha hecho rígidos a las condiciones habitacionales.

De una serie de elementos químicos combinados con otros factores como el calor, la radiación, la gravedad, etc., surgió un buen día el primer ser unicelular o seres unicelulares similares, origen de todo lo vivo actual.

Estos seres se fueron adaptando (se hicieron cada vez más viables a través de las combinaciones genéticas) y derivaron en distintas ramas.

Lo que hoy vemos es pues el producto de millones de años de pruebas de la naturaleza.

Las leyes que los generaron y que posteriormente los fueron "modelando", incluyeron en su constitución un inevitable valor que es el de la supervivencia, del que es su cumbre la reproducción.

En los seres vivos más condicionados como los vegetales, este factor está basado en fenómenos medioambientales aleatorios, que hacen que aquellos que tienen unas determinadas características sean más reproductibles que otros, pero siempre basados en un enorme condicionante medioambiental (humedad, vientos, características de las propias esporas o semillas, calor, radiación, etc.).

Está pues inscrito en nuestro mapa genético (en el de todos los seres vivos), el elemento supervivencia y el factor reproducción. Es consustancial a nosotros en la capa más profunda, y evidentemente ningún ser vivo se puede deshacer de ello.

La complejidad surgida de la evolución mediante la selección natural, ha llevado a que en una sola especie de los seres vivos superiores haya aparecido un factor basado en uno de sus órganos (el cerebro), que a través de procesos químicos y eléctricos ha llevado a la reflexión.

Este nuevo factor que en un determinado momento le ha hecho más viable si cabe, ha llevado al hombre a través de complejidades conceptuales a la

conciencia de sí mismo que evidentemente es la cima generada por la naturaleza y sus leyes.

Un animal pues, se ha ido encontrando con el elemento "conciencia de sí mismo", con todo lo que ello supone de grandezas y servidumbres.

Porque si es evidente que hay grandeza en ese peldaño evolutivo, no lo es menos la gran servidumbre que supone el condicionante de su origen. Esto le lleva en primer lugar a tomar conciencia de que él es el gran desconocido de sí mismo, y en segundo lugar a que surja el conflicto interno que le lleva inevitablemente al sufrimiento.

El hombre es "enviado" a poner nombre a las cosas (a conocerlas), pero un día u otro tiene que mirar a su interior y tratar de "nombrar" las suyas propias, las más íntimas.

Ese proceso lleva al hombre de hace tres mil años, representado por los sacerdotes de Delfos, a que formulen la sabia sentencia de: "Hombre, concómete a ti mismo". El conocimiento de su entorno y la exploración interior, les lleva a que sean capaces de formular el Oráculo. Sólo el que sabe, sólo el que conoce y comprende, puede predecir.

Como fruta madura, se producen las circunstancias necesarias para que el hombre, con este descubrimiento, alcance lo más alto y profundo a la vez, de la humanidad.

En el camino hacia su realización, el hombre, al mirar hacia adentro, se ha encontrado con un inconmensurable mundo que lo ha asustado, al propio tiempo que lo ha llevado a inevitables crisis y conflictos internos que han producido enfermedad y sufrimiento.

Entonces, si toda la historia del hombre es un largo camino de evolución... Si esa evolución está basada en una progresión que lleva del caos al equilibrio... ¿No podríamos suponer acaso una armonización en el futuro de la evolución humana?

¿Podríamos vislumbrar esto desde la limitada visión de la época en que nos tocó vivir?

El condicionante cultural y los inmediatos problemas de supervivencia nos impiden esa visión global y atemporal de lo que supone el fenómeno "hombre" e intuir cuál es su destino.

No obstante, vislumbro a un hombre armonizado con la naturaleza, consciente de sí mismo y de sus limitaciones, que es feliz cuando comprende la gran oportunidad que supone vivir y que encara con madurez y comprensión su propio destino y el de su especie.

EL RÍO

Estoy abriendo los ojos. Alcanzo a percibir algo de luz. Se torna muy intensa, deslumbrante. Instintivamente me cubro el rostro con el brazo. Hay un impresionante silencio. Total. Casi no noto el cuerpo.

Poco a poco me acostumbro a la luz y aparecen contrastes, formas... parecen árboles... una gran masa de ellos. Hay también agua. Es un río. Muy ancho. Oigo a lo lejos un pájaro. Suena diferente. Siento los latidos rítmicos e intensos de mi corazón. No tengo frío. Hay una gran paz. Formo parte de ella.

¿Estaré soñando? ¿O fue lo de ayer el sueño?

Recuerdo que me acosté cansado. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Continuo observando. Hay más pájaros. ¡Qué hermosura! El sol está alto y continua brillando. Percibo un ligero chapoteo en el agua cerca de mí. Son las casi imperceptibles olas que forma la corriente.

El agua... está roja por la tierra arrastrada.

Me encuentro en la margen izquierda. El mar no debe estar lejos. El terreno es plano y el agua va muy despacio.

¿Qué hago yo aquí?! Tengo que hacer algo. No veo ningún sendero y la vegetación a mi alrededor es muy tupida. Esperaré a ver qué pasa. Quizá aparezca

alguien. Aquí tumbado al sol se está tan maravillosamente bien...

-¡Ahí! ¡Ahí enfrente! ... ¡Eh, hola! ¿Quién eres? ¿Qué haces ahí?

-No sé. Estoy bien -me dice levantando tímidamente la mano.

Le hablo. Sé que me oye, pero no me escucha. Es como si estuviera medio dormido. Qué raro es todo esto...

Súbitamente observo que algo baja por el río. Hay ramas, un árbol. También veo personas. Dos están dejadas caer sobre un gran tronco. Otras se han cogido de las ramas. Algunas sólo flotan. Están vivas. Languidecen...

-¡Eh, vosotros! ¿Qué os ha pasado? ¿De donde venís?

-¡Hola! Bien... todo va bien -me contestan los del tronco.

-Pero... ¿No veis que los otros están en dificultades? Fijaos, de cuando en cuando se hunden, tragan agua; lo están pasando mal.

-No te preocupes por ellos... Todo va bien.

Esto no está claro -pienso-. Ya están a mi altura, pasan de largo.

Corro. Cojo una rama y se la tiro al que va más cerca de la orilla.

-¡Cójela! ¡Agárrate fuerte!

-¡Gracias!

Y puedo observar una chispa de agradecimiento en sus ojos.

Recapacito. ¿Qué mundo es este? Por unos momentos me siento bien. Me dejo caer. Me relajo. Qué hermoso es esto. Voy a dormir un poco.

Oigo música. Me despierto. Hay mucha animación. Parece una fiesta.

Un lujoso barco engalanado baja hacia el mar. Hay mucha gente. Están bailando. Sus caras aparentan felicidad. Alguien que se arrima a la borda con una copa de cava, brinda:

-¡A tu salud!

-¡Gracias! -acierto a decir.

El barco pasa y en mí aparece una gran interrogación.

De repente oigo risas. Vienen del barco. Las gentes se asoman por la barandilla y señalan al agua. Veo un esforzado. Está nadando contra la corriente. Avanza muy lentamente.

-¿Qué haces? ¿Adónde vas?

-¡Arriba! ¡Arriba! Allí el agua es más pura, más cristalina. Abajo todo es suciedad.

¿ - ?

Ahora veo que la corriente arrastra a alguien.

-Pero... ¿eres tú? ¿Qué te ha pasado?

-Bueno... -me dice entre jadeos-, quizás el agua no sea muy pura, pero ¿sabes lo bonito que es navegar por este río...?

¿ - ?

Aquí parado no hago nada; nada se me aclara. La cuestión está en el río: ¿Hacia abajo o hacia arriba?

Lo mejor será subir en un barco de esos, grandes y festivos. Si no puedo porque son muy altos y de difícil acceso, quizás en una barquita tranquilo... Así podré descubrir a donde va la gente y lo haré cómodamente, tranquilamente. Pero... ¿Y arriba? ¿De donde viene? ¿Qué hay allí? ¿Qué es eso de las aguas puras y cristalinas? Algo me dice... Pero... si voy arriba, ¿no pagaré demasiado por lo que vaya a conseguir?

¿De qué irá esto?

Unos chapoteos por la inhabitual parte del mar me hacen volver a la realidad. Una pequeña almadía aparece tras la curva del río. Sobre ella dos personas navegan contra la corriente. Le dan duro a los remos. El cansancio y el abatimiento están en sus caras.

Cuando llegan a mi altura, les llamo.

-¡Eh, vosotros! Tengo hambre -les digo.

Su expresión ha cambiado. Se arriman a la orilla. Están muy cansados. Comemos. Como y quedo saciado. Anochece. Encendemos una hoguera y nos quedamos dormidos.

Pero... ¡qué ruido están metiendo esos pájaros! ¿Cómo están tan contentos? Las primeras luces del amanecer están apuntando por entre aquellas montañas... de donde viene el río.

-¿Por fin vienes? -me dicen mientras suben a la almadía.

He notado un cosquilleo especial cuando he subido a los troncos entrelazados.

Remamos. El río se está estrechando. Ha aumentado la velocidad del agua.

¡Dios mío! ¿Qué es eso? Una enorme masa blanca viene por el río. ¡Y se nos echa encima!

Es un magnífico barco. Tenemos que arrimarnos a la orilla para que no nos aplaste. Hay gran actividad a bordo. Gente trabajando. Otros toman el sol. Alguien lee. Un grupo de bailarinas da color al ambiente. Allí parece que hay unos militares. Están muy en su papel.

Un ser excepcionalmente hermoso y digno nos habla desde el puente de mando. Parece el capitán.

-¡Eh, los de la almadía! Venid con nosotros. Yo sé qué hay que hacer. Yo os guiaré.

Oigo a mi lado: ¡Lanzad un cabo!

Alguien sube. Miro a los ojos del compañero que queda conmigo. Un gran sentimiento nos impulsa a remar... remar.

La vegetación se va haciendo menos densa. Quizá podamos hacer el camino a pie.

Súbitamente el agua toma más fuerza. Casi no avanzamos. El agua nos arrastra. Un tremendo golpe contra una roca nos lanza al agua.

El sol está ya muy alto. Busco con la mirada a mi compañero. ¿Pero qué hace? Es como si no hubiera gravedad. ¿Cómo es posible que dé esos saltos?

-¡Mira! Fíjate lo que he descubierto -me dice.

-¿Qué explicación tiene eso? -le pregunto, mientras pruebo a hacer lo mismo-. ¿Será por el esfuerzo hecho, que esto nos parece liviano?

Conforme estamos avanzando los saltos son mayores. Esto casi es volar.

Ante nosotros aparece un inmenso lago. El río pasa a través de él. Observo personas arrastradas por la corriente.

Hay muchas gentes en los márgenes. Allí el agua está calma. Es muy limpia. En algunos sitios se ve el fondo. Son verdaderos remansos de paz.

-¡Quedaros! ¡Quedaros! Esto es la felicidad. Más arriba no hay nada. Esto es todo.

Pasaremos la noche. Estamos muy cansados... dormiremos.

Los primeros rayos de sol me despiertan. Intento dar saltos. Casi no puedo.

-Si nos quedamos -le digo a mi compañero-, perderemos nuestra fuerza. Nos relajaremos. Hay que seguir. Tenemos que comprender.

Nos dirigimos hacia el amanecer. Al remontar de nuevo el río nuestras fuerzas crecen. Prácticamente estamos volando. Aunque no podemos ir muy alto, lo que importa es avanzar.

Hay unas majestuosas montañas. De allí viene el río. Por allí sale el sol.

Estamos en la cumbre. Cogidos de la mano, andando, nos asomamos al valle. Es... Saltamos. Queremos abarcarlo todo en un inmenso abrazo de amor. Caemos lentamente en el centro. El agua fluye infinitamente pura... cristalina. Tenemos sed, mucha sed. Bebemos.

Súbitamente nos elevamos. Continuamos elevándonos. Mi compañero es luz. Yo... soy luz.

Miro todo y me veo.

Ramón Sabater

Invierno de 1998

ILUMINADOS

De vez en cuando entro en el IRC y busco algo interesante en los canales habituales a los que entro; #Filosofía, #Política y #Budismo.

Ayer topé en el chat #Budismo con Javier. No sé quien es, era la primera vez que hablaba con él y tuve una charla privada muy interesante. Las conversaciones en el chat son siempre en base a frases cortas. Es muy difícil centrar y agotar un tema, normalmente siempre hay elementos distractores que tienden a desviar la cuestión y reservas al estar hablando con un desconocido. Al acabar procedí a grabarla porque intuí que había en ella cosas que se me escapaban y quiero reflexionar luego tranquilamente sobre ella.

Menos mal que se me ocurrió pedirle su dirección de correo electrónico. Esto me permitió escribirle y poder intercambiar unas cartas. He procurado refundirlas para que quede mucho más claro.

-Javier:

La realidad es siempre nueva y desconocida, no puedes acercarte a ella desde lo conocido, has de morir a todo, entonces cuando estés libre de ti mismo verás que la realidad se manifiesta por si sola sin realizar esfuerzo alguno y verás que hay mucha belleza

en ello, surgirá en ti el verdadero amor y la compasión, comprenderás que la soledad no existe.

La vida misma es relación y la vida es muerte y este movimiento es la realidad siempre nueva.

-Ramón:

Estoy haciendo un intento serio por comprender lo que dices. Te agradecería si es posible que aclararas mis dudas.

Si interpreto tu mensaje emocionalmente, por una parte siento que esas palabras las he escuchado muchas veces en bocas de otras personas que quizás no hablaban por sí mismas y que se limitaban a repetirlas, probablemente sin entenderlas demasiado, creyendo de buena fe que las entendían; o realmente sintiéndolas pero con dificultades para transmitir las. La verdad es que las he oído muchas veces pero siempre me han sonado a vacías. Fíjate que contradicción: Unas palabras que pretenden ser sabias y sin embargo... Y es que hay veces que nos elevamos tanto (o queremos elevarnos), que me da la impresión de que no partimos del suelo. Lo siento, pero así es como lo veo.

Por otra parte pienso que no debo dejarme llevar por las formas y que donde uno menos se piensa se puede aprender algo.

Si lo interpreto racionalmente te diré lo siguiente:

Hay una especie de mona que cuando tiene su cría, ésta, instintivamente al nacer, se coge a la espalda de su madre y está allí cogida durante 6 meses hasta que poco a poco se va incorporando a la manada. ¡Tenías que ver sus ojos de inocencia! ¡Está sorprendida! Todo es desconocido para la cría. ¡Está aprendiendo del mundo que la circunda!

Sin esa información (y protección), su existencia no sería viable. Moriría a los pocos días. Esa información la limita al propio tiempo que la hace sobrevivir.

¿Podemos nosotros renunciar a esa información? A pesar de que sabemos que nos condiciona y limita, no cogemos a nuestros hijos al nacer y los encerramos en nuestra casa sin información. Los llevamos a la escuela y propiciamos su relación con otros seres humanos.

Luego de tener esa información, con todo su condicionamiento y al alcanzar la madurez, ¿tenemos que "morir"? Sí. Ya sé lo que significa. Pero al morir, ¿no nos estaremos alejando de una realidad que nos es necesaria, que nos ubica, que nos orienta y nos dice dónde estamos?

¿Realmente se puede "morir" del todo? Si no, hay trampa. ¿Qué hay de verdad en ese nuevo estado y qué hay defectuoso? ¿Puede uno realmente estar libre de "todo"? ¿Lo estás tú? ¿Te has aproximado?

¿Conoces a alguien que de verdad haya "muerto" de su pasado y resucitado a la iluminación? ¿Cómo lo sabes?

La cuestión es: ¿Tengo que liberarme de mí mismo o tengo que aceptar lo que soy y a partir de ahí conocerme y avanzar? ¿Cómo puede manifestarse esa realidad a la que te refieres sin conocer la realidad más inmediata?

¿Se conoce la realidad o se pasa a la idiotez? Perdona si soy duro. Tómalo como una reflexión mía en voz alta.

¿Es que no se puede descubrir la belleza (también la de verdad), sin llegar a esa iluminación? O dicho de otra manera: ¿Sólo hay un camino para llegar a comprender?

¿Amor, compasión? ¿Realmente sabes a qué te refieres? ¿No serán sólo palabras y conceptos aprendidos? Cuando quieras hablamos de lo que entiendes por amor y qué sientes cuando hablas de compasión.

¿Soledad? ¡Estamos solos! Solos con lo que somos y ante lo que nos circunda. Nacemos solos, vivimos solos y morimos solos. Otra cosa es el sentimiento. Yo no me siento solo. ¡Estoy conmigo mismo! Y no estoy vacío. Si estuviera vacío sentiría la soledad. Si siento soledad es en la vacuidad de las relaciones entre nosotros. Ya quisiera yo poder contactar con otras personas en esta línea (tratando

de comprender) para apoyarme en ellas y que este camino fuera un poco más llevadero. Pero parece ser que no soy hombre de gurús, de mitos. A mí no me deslumbran los grandes visionarios. Suelen hacer agua por todas partes.

¿Eres tú de esas personas que me puede aportar algo? Háblame, por favor. Necesito tu ayuda. ¿Porqué no? A lo mejor me ayudas sin pretenderlo (o pretendiéndolo). De momento ya me has hecho reflexionar y escribir esto intentando aclarar mis ideas, mis sentimientos.

Me dices que hay que descubrir que la vida es relación y que es muerte... y que ese movimiento es la realidad siempre nueva. Probablemente aún no lo he descubierto. ¿Me puedes decir qué significa esto para ti?

Un abrazo,

Ramón Sabater. Verano de 1999

¿JUGAR O NO JUGAR?

Como todo juego la vida tiene sus reglas, pero dependiendo de la época y del lugar estas reglas cambian. A pesar de todo siempre nos encontraremos con unas reglas básicas que pueden servir como base de comportamiento en cualquier sociedad.

Aunque planteado así parezca una simplificación que nos lleva a una opción radical (o sí o no), en esencia pretendo llegar a conclusiones no tan extremas y sí más equilibradas.

No se trata en el fondo de aceptar o no las reglas del juego de la época y del lugar en que nos ha tocado vivir, sino quizá de descubrir cuales son; qué reglas son las esenciales; y cuales las no esenciales. Esto permitirá escoger entre aceptar jugar o no a algunos de los juegos no esenciales.

Quizá ayudaría a clarificar esta visión, diciendo que aunque individualmente nuestra vida en sociedad se nos ofrezca como un juego con sus reglas, fundamentalmente se trata de varios juegos que, aplicados en su conjunto, nos llevan a una relación individual abstracta con la sociedad. Esta relación por tanto, al ser individual, es única, lo que la convierte en concreta.

No es ni más ni menos que la adaptación a un ambiente lo que crea una personalidad, por lo que

encontraremos tantos grados de adaptación como personas. Los grados extremos serían el del ermitaño y el del "triunfador". Entre ellos todo un arco de posibilidades (y de realidades personales), configuran los distintos tipos de adaptaciones.

Si tuviéramos que representar gráficamente esa realidad por medio de puntos representando a personas y los agrupáramos en forma de una galaxia en espiral, quizá nos diera una perspectiva más clara. Cada brazo supondría distintos grados de inadaptación y en sus extremos estarían las personas menos adaptadas, mientras que el núcleo estaría formado por aquellas personas con mayor grado de adaptación. En la periferia del núcleo, más o menos cercanas a él, se hallarían aquellas personas que habiendo encontrado un tipo de adaptación, no se hallan totalmente integradas en el sistema y que por lo tanto aceptan ciertas reglas del juego pero no todas. De una u otra forma han sabido encontrar su propia situación que, sin dejar de pertenecer a la sociedad en la que viven, pueden ser ellos mismos en mayor o menor grado. También habría en esta órbita (quizás un poco más lejos), personas que no han tenido la oportunidad de encontrarse a sí mismas y que en su marginalidad llevan su propio fracaso.

¿Quiere esto decir que el ermitaño, el vagabundo o el cacique, no son ellos mismos? Sí, lo son tanto como cualquiera de los situados en el núcleo, su periferia o en

el extremo de un brazo, todo depende de la personalidad de cada uno, de sus circunstancias, de sus peculiaridades personales y de su capacidad de adaptación.

Por otra parte, me viene a la mente la capacidad de decisión que se tiene al respecto.

¿Puede alguien realmente decidir estar en un lugar u otro? ¿De verdad elige alguien ser un vagabundo o un ejecutivo?

Vamos a coger el símil del ordenador y extrapolarlo a un individuo.

El ordenador tiene unos elementos físicos (los periféricos) capaces de ponerse en relación con el mundo externo e intercambiar comunicación con él.

Cuando se le provee de energía, carga una información mínima ubicada en el procesador (la BIOS) que a su vez se provee de una información a la que llamamos "sistema operativo". Con posterioridad puede alimentarse de distintos programas que le harán capaz de realizar distintas funciones.

Por lo que respecta al hombre, vemos que desde el momento en que un espermatozoide fecunda un óvulo, estas dos unidades se configuran un elemento físico único que con el paso del tiempo devendrá en independiente, con toda una serie de instrucciones predeterminadas inscritas en el material genético que se han autoseleccionado de los componentes genéticos provenientes de los dos elementos primarios.

La energía es consustancial para ambos. El primero utiliza la eléctrica, el segundo la química.

En el ordenador las instrucciones primarias residen en el procesador, mientras que en el hombre lo hacen en el mapa genético del individuo.

Estas órdenes, en ambos casos, permiten la función básica.

Mientras en el ordenador, la bíos conecta con un sistema para operar, en el hombre va apareciendo progresivamente con el desarrollo de las instrucciones genéticas.

Este sistema operativo permite poner en función todos los elementos para que de forma instintiva, se intercambie información desde la unidad hacia el exterior y viceversa.

Con posterioridad, los programas realizan funciones concretas de superior nivel, mientras que los distintos "programas" preparan al individuo para su ejecución en el sistema social.

En definitiva, el arranque del procesador y la carga del sistema operativo, incorporados como instintos, son equivalentes al programa genético humano, mientras que los distintos programas equivalen a la educación.

El ordenador, de momento, por sí mismo, no puede realizar otra función distinta de la que está programado. Se limita a ejecutar unas instrucciones, guardando lo

hecho en una memoria temporal o en una permanente. No obstante, es posible que con el tiempo los ordenadores sean capaces de realizar dos funciones que son propias del ser humano: La retroalimentación en la información percibida y concluida, o lo que actualmente llamamos Inteligencia Artificial, y sobretodo la capacidad de abstracción de una información interrelacionada que llevaría a un resumen abstracto de los elementos de una cuestión, dando mayor o menor valor a cada uno de ellos y descartando detalles que le han servido para llegar a esta conclusión.

A pesar de todo, es muy posible que estos ordenadores a los que podríamos llamar de tercera generación, no lleguen a tener estas particularidades mientras no se incorpore a los mismos determinadas funciones químicas en su proceso, además de las eléctricas, tal y como ocurre con el cerebro.

No obstante, habría que plantearse algunas cuestiones: ¿Es el hombre un mero ejecutor de programas como un ordenador de los actuales? ¿Puede el hombre, a partir de un momento dado, realmente crear sus propios programas? ¿O la posibilidad de que vayan a surgir estos mismos programas están incluidos en la programación inicial?

Es muy común pensar que el hombre, libremente, elige caminos. ¿Y si no hubiera libertad ni caminos? ¿Y si todo obedeciera a una programación predeterminada?

Si soltamos en el centro de un bosque a un perro, por ejemplo, y tuviéramos suficiente conocimiento de él y de su entorno, ¿no podríamos predecir exactamente por qué lugar va a salir y cuando lo va a hacer?

¿Existe realmente eso que llamamos aleatoriedad, o esto no es más que un saco donde va a parar todo lo que desconocemos?

¿Existe realmente eso que denominamos libre albedrío, o esto no es más que una quimera?

Si topáramos con un sabio y se analizara retrospectivamente su vida, ¿descubriríamos en ella un momento decisivo lo suficientemente consciente y fuera de programación que nos hiciera pensar que cambió el rumbo predeterminado de su vida?

¿Existe esta posibilidad, o todo es absolutamente predecible?

Si el presente es el producto del pasado, ¿puede cambiarse desde él el futuro, o este es inevitable?

Sí, a esto se le llama determinismo, ya lo sé. Pero si se profundiza en ello, si se comprende... ¿no se verán las cosas de otra manera? ¿Porqué tanto miedo?

El otro día, pedí un café en un bar y me dieron una bolsita de azúcar que ponía:

"Ir a derecha o izquierda es fácil. Ganar o ser vencido es fácil también. Pero no ganar ni ser vencido es muy difícil. Proverbio zen."

Esto me dio mucho que pensar. Antes que nada habría que averiguar qué es fácil y qué es difícil. Me viene a la memoria cuando se sale de un examen y alguien pregunta: "¿Cómo te ha ido?" "Bien. Ha sido fácil". O también la típica respuesta: "Puf, muy difícil, muy difícil."

Está claro que no es cuestión de fácil o difícil. El asunto es si se está preparado para responder correctamente. Según la pregunta, para el que sabe es fácil, para el que no, difícil. En definitiva, lo que para unas personalidades es fácil, para otras es al contrario.

Suele ser fácil en general, ir a la izquierda o la derecha; para ganar, suele serlo más fácil para unos que para otros, aunque todo el que gana también pierde; pero no ganar ni ser vencido parece un poco más difícil porque implica no jugar, o quizás hacerlo para no ganar.

Si consideramos la vida como juego (como acción), está claro que vivir es actuar. Pero llegados a este punto quizá habría que preguntarse si se le puede llamar vida a una existencia sin acción, y si es que puede haberla. No obstante, no debemos olvidar que la omisión de la acción también es una forma de actuar.

Buena parte del pensamiento oriental considera que la vida es ilusión, que lo real es "otra cosa". También nos dice que todo está regido por el Dharma (la gran ley), y que dentro de ésta tenemos el Karma, la ley de la acción y reacción. Algo así como una Constitución que

luego tendría sus leyes y reglamentos que la desarrollaran.

Según el Dharma, todo está sujeto a unas reglas básicas que no se pueden saltar. Esto es perfectamente comprensible. Si algo o alguien intenta ir contra natura, por ejemplo, verá su integridad amenazada.

Según el Karma, cualquier acción supone una reacción. Al considerarse el ser humano como defectuoso en su formación, está claro que las reacciones a sus acciones tienen que ser defectuosas en sí mismas y por lo tanto revendrán contra él.

Si para que no haya reacción (efecto boomerang) no se tiene que actuar, la vida debería entonces entenderse como otra cosa. Habría entonces que descubrir un sentido diferente para ella, pero me resulta difícil concebir una vida sin acción. ¿Puede haber una acción sin actuar? ¿Cómo sería esa acción?

Pero en definitiva hay acción, al fin y al cabo. ¿No se pretenderá simplemente sustituir una acción por otra? ¿Habrá una acción no sujeta a la ley del Karma, o simplemente sin el efecto retorno?

Me viene a la mente la palabra "observación". Si una vida es observación, ¿podría considerársela como vida? ¿Es la observación también un tipo de acción? ¿Podría considerarse la reacción a la observación como algo nulo, sin efectos kármicos? ¿Es siempre negativa la reacción que se vuelve hacia nosotros? Supongo que no.

Debe haber acciones cuya reacción tenga que ser positiva, pero quizás no lo sean algunas de las que nos vienen a la mente enseguida. Podemos creer que una buena acción va a traer una reacción positiva y quizás no sea así porque esa "buena acción" posiblemente no lo sea tanto, bien sea por intereses subconscientes de quien la hace o porque a quien va dirigida no esté preparado para recibirla.

Si consideramos que las reacciones se vuelven contra nosotros por ser estas negativas, es evidente que entonces pretenderemos no actuar; si no actuamos tendremos que observar, y puede que entonces se descubra un nuevo concepto de vida, o quizás descubramos que no es vida, o incluso que la observación también tiene reacción.

Lo bien cierto es que hay algo que no estamos haciendo bien, porque tanto cuando creemos que hacemos bien como mal, hay una reacción que con el tiempo se vuelve contra nosotros.

Aquí la cuestión está en que hay un actuador a un nivel determinado y un (o algo) actuado, a otro nivel distinto. Quizás lo que para uno es bien, para otro no lo es; o incluso puede que la raíz esté en que no hay bien ni mal, sino simplemente en que hay acción.

Pero si no recuerdo mal, el proverbio zen no hablaba del bien o el mal ya que esto es relativo, sino de fácil o difícil, que también lo es. Y ahora viene lo último:

¿Es igual de fácil o difícil para todas las personas?
¿Tenemos todas posibilidades de elegir para no ganar ni ser vencidos? ¿Se puede elegir no jugar? ¿O la cuestión es mucho más sencilla? Primero: Todos jugamos a algo. Segundo: El juego "elegido" es perfectamente predecible en razón de unas circunstancias. Tercero: Si las circunstancias las crea el hombre, quizás se llegue a descubrir un juego con unas reglas más positivas en las que no haya que ganar o perder sino mucho que comprender.

Ramón Sabater. Otoño de 1999.

ESTRELLAS FUGACES

Ayer vi una foto de mi madre. Estaba preciosa. Tendría unos ocho o diez años y su mirada era increíble, transparente, viva, llena de ilusión... Por unos momentos la recordé en sus distintas edades, en su plenitud, en su vejez... Recordé su mirada en el lecho de muerte. Lo sabía, lo aceptaba... Se había cansado de vivir.

Una vida. Una vida llena de esperanzas, de triunfos, de fracasos. Llena de sinsabores, de algunas alegrías, de pequeños momentos... Llena de sufrimientos y contadas satisfacciones.

La imaginé en sus juegos infantiles, creí ver su inocencia, su vigor. Ese mundo que se le empezaba a mostrar lejos de las preocupaciones y la realidad aplastante de los mayores. Me situé en la ciudad en que vivió, una pequeña localidad de la costa mediterránea de la península Ibérica. Debería ser hacia el año 1928 o 1930. He visto fotografías del pueblo de aquella época. Sé lo que es el silencio de las zonas rurales, reconozco los sonidos que se abren paso entre su solidez porque los percibí unas tres décadas después y no debieron ser muy diferentes de los que percibió ella. Unos sonidos muy distintos de los que nos proporciona nuestra actual civilización.

Me trasladé a sus juegos infantiles, sus corredurías por la casa, la protección de sus padres. La vi saltando a la cuerda, enfadándose con sus amigas, vestida con su mejor traje los días de fiesta.

Iba acompañada de sus padres y sus otros dos hermanos: Pedro, el mayor, y Joaquina, la pequeña. Se dirigían a una misa temprana. Veía cómo saludaban a vecinos y conocidos. Eso la hacía sentir segura, sus padres tenían muchos amigos y eran estimados.

La vida le prometía mucha felicidad. Algún día conocería a quien sería su esposo y le ofrecería hijos, protección y muchas satisfacciones. Todo estaba claro, no cabía cuestionarse nada. El mensaje lo percibía de todo su entorno.

La maestra de su escuela le complicaba un poco la vida, pero era amiga de sus padres que eran muy conocidos y apreciados.

Cuando menos se dio cuenta, se encontraba en plena adolescencia. Con sus amigas salía los domingos a pasear por la calle mayor. Estaba radiante. Aparecieron los chicos: El hermano de su amiga, el primo de su vecina... Comenzaron los sonrojos y los cuchicheos.

Su padre le decía que era su joya más valiosa. Quería mucho a su padre, nunca podría explicar porqué, pero él era la persona más querida de su vida. Con su madre siempre había roces. Su realidad

práctica era aplastante. La comida, la limpieza, las camas, los estudios... Chocaban continuamente. Con su padre era diferente.

Vino la guerra, sufrió y como llegó se fue. Su padre no lo pudo resistir, cogió una mala enfermedad y murió. Tuvo que dejar la adolescencia y convertirse rápidamente en adulta. La vida se presentaba dura, muy dura, pero su juventud le daba fuerza y mucha esperanza.

De pronto apareció un chico. Ya había estado enamorada de otros dos, pero eso no lo sabía nadie, quizás su mejor amiga. Era muy educado, formal, trabajador... Había estudiado en la capital algo relacionado con la empresa... No es que fuera guapo, pero iba a por ella y la hacía sentir halagada.

Fue precioso hasta que se casaron. Realmente no se conocían. Eran dos extraños en un proyecto común y pronto aparecieron los hijos y los problemas.

Trabajó y trabajó, aunque de vez en cuando salían a pasear y ver la gente del pueblo. Pero esto también duró poco. Si hubiera sido ahora, a los dos años se hubieran separado, pero entonces... Estaban obligados a "vivir" juntos para siempre: Un infierno.

Vinieron los nietos y nuevas ilusiones, pero eran eso, sólo ilusiones.

Le sorprendió la vejez y echó mano de sus hijos. Los días que antes habían sido rápidos se volvieron

lentos. Que si este hijo no ha venido, que si el otro no sé cómo ha quedado con ese asunto.

Aunque tenía mucha vida interior, había dejado su vida demasiado pendiente del exterior. Ciertas cosas no se habían llegado a comprender.

Cuando aún parecía que se encontraba saltando a la cuerda con sus amigas y querida por su padre, vino el final. Rodeada de sus hijos, acabó una vida que había pasado como una estrella fugaz.

De mi padre podría decir lo mismo o cosas similares. En esencia su vida no fue tan distinta de la de mi madre. Hay matices; los caracteres, la condición masculina o femenina, los "escapes" de él acuciado por la presión familiar, cosa que no podía hacer ella en una sociedad machista...

Sólo un pequeño accidente (el ver una foto de mi madre), me despertó esta reflexión. Quizás en otra ocasión escriba sobre mi padre.

Hablando de fotos, me viene a la memoria que el otro día cayó en mis manos el libro de fiestas del pueblo en que vivo. Las primeras páginas estaban llenas de las fotos de las cortes de honor. Chicas preciosas con su mejor sonrisa y su traje más bonito. Incluso pude distinguir cierta semejanza con algunos de sus padres.

¿Qué diferencia hay entre estas chicas y sus madres cuando tenían su edad? Si hubiera ido al

ayuntamiento y pedido los libros de fiestas de hace veinticinco años, ¿no habría allí fotos de chicas muy parecidas a las de este año?

Puede que los rostros de esas jóvenes sean todos muy parecidos; en definitiva corresponden a sus padres con unas características de raza similares, gente mediterránea producto del cruce de las razas que pasaron por aquí.

La cuestión es: ¿Son iguales o hay diferencias? Detrás de esos rostros hay una identidad que se ha ido conformando de la conjunción de la genética y las vivencias personales. Cada vida es diferente en sus particularidades, pero en la esencia, ¿es diferente o es igual?

¡Cuántas estrellas fugaces! Pequeños triunfos, grandes fracasos. Vidas completas en el tiempo, vidas truncadas antes de hora. ¡Cuánto sufrimiento!

Quizás alguien se pregunte porqué o para qué. O quizás se pregunte si tiene que ser así o hay alguna posibilidad de cambiar esto.

Egoísmos, ignorancia, posiciones de poder que se ejercen hasta que un error o situación de declive hacen que otro escale y se caiga a posiciones inferiores.

¿Quién no ha visto al político, al ejecutivo, al cacique, al padrino mafioso ejerciendo una posición de poder conseguida con no demasiadas buenas artimañas,

defenestrado por otros que han utilizado sus mismas armas? ¿O sólo vemos la espectacular escalada de los que consideramos triunfadores? Lo que consideramos triunfo, ¿realmente lo es? ¿Vemos cómo queda el triunfador tras el triunfo?

Está claro, son cosas temporales y estoy reflexionando sobre el tiempo. Pero a la vez lo estoy haciendo también sobre valores.

¿Los valores de las copias actuales son muy distintos de las copias de sus padres o de sus abuelos?

¿Hay algún error que se viene cometiendo y del que no nos podemos desprender?

¿Cómo podemos desprendernos de un error si no lo identificamos o ni tan siquiera sabemos que existe?

Si valoro de forma reverencial el triunfo fugaz de una de las estrellas, según unos parámetros que me han sido imbuidos, y no soy crítico sobre ello, repetiré una y otra vez el error de la admiración hacia algo que quizás no debe ser admirado.

¿Qué es preferible, el espíritu crítico consustancial que nace en uno mismo o el fomentado desde una cultura?

El primero aparece de vez en cuando en un individuo por casualidad más que por causalidad, el segundo no existe en ninguna cultura.

¿Cuántas injusticias y barbaridades se han hecho en nombre de las religiones o de las patrias?

¿Cuántas muertes y sufrimientos se han causado en nombre de banderas u otros intereses inconfesables de ves a saber quién? ¿A quién le interesa que el hombre sea despierto y consciente? ¿Quién manda realmente en el mundo y por tanto influye de manera importante en nuestras vidas?

Hay un proceso de maduración en el ser humano. Nadie puede impedirlo, aunque hay poderes a los que les interesa ralentizarlo y utilizan costosos medios que no están al alcance de cualquiera.

Cuando uno observa, descubre camuflados a esos grupos. Puede que sean de esta o de aquella raza; suelen estar mimetizados o escondidos en una civilización dominante; no se les ve, pero se les puede detectar si se quiere hacerlo. Nos dan algo de lo que queremos y de paso nos manipulan y crean corrientes de opinión basadas en sus intereses. Utilizan estadísticas que luego manipulan a su antojo, cuando ya han visto lo que hay que ver y quieren desviar la tendencia. Tratan de inculcar las banderas y para ello nada mejor que situar frente a ellas otras que son enemigas.

¡Cómo nos estudian! ¡Cómo conocen nuestros puntos débiles! Todos los conocimientos sobre el comportamiento humano son utilizados para sus interesados fines inconfesables. Cuando alguien les es útil, le ofrecen dos mendruscos de pan y le dan la

bienvenida al mundo de los elegidos; a los demás, a los que no les sirven o los quieren utilizar como comparsas, le dan uno. Luego procuran que los que están fuera tengan medio o ningún trozo de pan que llevarse a la boca. Y para colmo escriben la historia a su manera que nosotros aceptamos sin rechistar.

Pero esas chicas de las cortes de honor no son exactamente como sus padres. No hay mutaciones, o las hay muy pocas, pero hay algo imperceptible a medio plazo que se puede detectar si se coge perspectiva en el tiempo. Este proceso tiene un crecimiento geométrico y es retroalimentativo.

Y aquí es donde se detecta el importantísimo factor que supone la madurez social y su influencia en la madurez individual. Lo malo de ello es que no puede haber una sin la otra y ambas se retroalimentan. El proceso es imparabile, pero también es ralentizable.

Somos como estrellas fugaces que aparecen en el cielo unos instantes. Somos como chispas que saltan de la piedra de toque al friccionar el oro para comprobar su calidad.

El planeta, la Tierra, funciona como piedra de toque seleccionando lo más apto según sus propias condiciones, sólo quien se adapte a ellas se reproducirá más y mejor. Si esto ocurre respecto a lo físico, también puede ser aplicable respecto a lo psicológico, respecto a lo social. Y los grupos de poder ya hace

tiempo que lo han descubierto. Su interés no es el individuo, es el clan y su supervivencia.

Es posible que algún día no haya más clan que la humanidad, y esto sólo llegará cuando el ser humano tenga un nivel suficiente de consciencia que no permita otra cosa. Algo tenemos que decir.

Esto está muy lejos, ya lo sé. Lo malo es verlo, saberlo y no poder hacer nada para evitarlo. Mientras uno quizás quisiera acelerarlo, ve cómo otros intentan ralentizarlo. Mezquindades.

Y mientras tanto vidas y vidas que aparecen y desaparecen. Sufrimientos y más sufrimientos. Errores y más errores.

Nuestras vidas son breves, muy breves. Y es un crimen no aprovecharlas plenamente.

Ramón Sabater. Invierno de 2000

EGOS

La primera noticia que tuve de que Sebas existía fue a través del correo electrónico. No sé que estaría buscando por la red, pero lo cierto es que dio con la página web personal que tengo colgada en la ciudad virtual de Geocities, Estados Unidos, y decidió escribirme.

Reconozco que ese primer correo me dejó algo anonadado, fue tajante y debió darme en algún punto vital porque enseguida vi que detrás de la misiva había algo.

No sé si esperaba que le respondiese, probablemente allá en lo más hondo quizás deseaba que lo hiciera, aunque él dijera que no.

Lo bien cierto es que estuvimos un par de meses intercambiando correos y al final decidimos tener una conversación con videocámara ya que él estaba en Argentina y yo en Dénia. Era muy improbable que pudiéramos viajar tan lejos para conocernos personalmente.

Como ninguno de los dos teníamos cámara de video en nuestros ordenadores, quedamos para ayer a las once de la noche, cuatro de la tarde en Argentina, para llevar a cabo desde un cyber una pequeña charla y conocernos personalmente.

Cuando al final conseguimos conectar, le vi volcado sobre el ordenador intentando una mejor comunicación.

Sebas es un hombre joven, de unos treinta y dos o treinta y cuatro años, de aspecto normal pero eso sí, con un dejo argentino graciosísimo. Hablaba pausadamente, sin ningún tipo de prisa; parecía muy seguro y su actitud era como si no le importara mucho lo que estábamos haciendo. Realmente era sorprendente.

-¡Sebas! ¿Eres Sebas?

-¿Ramón?

-Ehhhh, por fin. ¿Cómo va eso? ¿Te aclaras? -le dije con mi mejor sonrisa mientras intentaba aclararme yo con mis aparatos.

Aún no habían transcurrido unos instantes, cuando dio por buena la conexión a pesar de las deficiencias, se recostó sobre el respaldo de su silla y le salió el siguiente mensajito:

-Sebas:

Querido amigo. Tu ego es gigantesco, ¿realmente crees que vale la pena que hables tanto? ¿Tener un sitio web para hablar tu? -dice sonriendo-. De cualquier manera, y ya hablando en serio, si te interesa Krishnamurti te puedo dar unos cuantos sitios nuevos.

-Ramón:

Egos grandes, egos pequeños... Pero, ¿qué otra cosa tenemos, amigo Sebas?, me pregunto. ¿De qué podemos echar mano en este mundo en el que andamos tan desorientados? ¿A través de qué podemos intentar comprender sino a través de nuestro ego, de nuestra subjetividad?

-Sebas:

No hay nada que comprender, nada que decir, y nada de que dialogar.

-Ramón:

Que no tenemos nada que comprender, ni decir, ni dialogar... No te lo creas. Veo que tú también estás entre las dos aguas en las que he estado durante mucho tiempo (aún no he podido salir del todo). Por una parte alguien o algo nos dice: Utiliza la razón. Y por otra: Utiliza la emoción.

Son dos extremos. No podemos renunciar a nada (no debemos), bastante limitados estamos. ¿Habría algo mejor que utilizar todo lo que tenemos pero armoniosamente, sin equilibrios, sin luchas?

Que nuestro ego es imperfecto porque ha sido producido desde la imperfección y por lo tanto lo que produzca también lo es? Seguro.

Pero, ¿eso nos tiene que llevar a renunciar a lo que tenemos derecho y obligación? ¿Nos ponemos en blanco? ¿Es ese el estado "perfecto"? ¡Por favor...! Seamos serios.

Sebas intentó reaccionar, parecía que quería decir algo pero yo iba un poco lanzado. Era como si tuviera ganas de "cogerle". Se volvió a recostar y se dispuso a seguir escuchándome.

Espera un poco, por favor -continué diciendo. ¿Quién no tiene ego? ¿Jesucristo, Krishnamurti? Todos tenemos nuestro ego, somos humanos.

Si lo que pretendemos es aproximarnos a la realidad, no se puede hacer de otra manera que no sea a través de nuestra subjetividad. Que entonces hay un peligro? Naturalmente que sí. Nuestro ego puede entonces engrandecerse y lo que nos ha servido para llegar a algún sitio, puede que entonces se convierta en un lastre, en un ancla. Ahí está el verdadero riesgo. Pero sólo el sabio podrá superar ese inconveniente.

-Sebas:

Es esa confianza en que el ego puede y tiene que abrirse paso en la selva de ilusiones, la que mantiene al ego en pie, eternamente en pie. Si el ego es ilusión, entonces de qué diablos estamos hablando. La selva es tan ilusoria como el ego, de hecho.

-Ramón:

Espera un momento. Entiendo lo que quieres decirme, pero si lo acepto hemos terminado. Concédeme la oportunidad de seguir profundizando, por favor.

Que Jesús lo trascendió... que Buda lo superó y fundió su ego con el amor... que Krishnamurti rompió con él... (no estoy seguro del todo), es posible. Y eso que creo que es el mejor (lo que él ha dicho no lo ha dicho nadie), pero al fin y al cabo humano como los demás, como tú y yo.

-Sebas:

Yo tampoco estoy seguro de que ellos alcanzaran lo que parece.

-Ramón:

A mi no me gusta mitificar a nadie. Ellos de verdad no querían que los mitificáramos y sin embargo los endiosamos. Nunca citaré a Jesús, ni a Buda, ni tan siquiera a Krishnamurti.

-Sebas:

No hace falta que los cites, ellos son parte ahora de tu conciencia, y cualquier cosa que puedas decir proviene de lo que ellos dijeron.

-Ramón:

Exacto. Sus ideas, su vida, su lección, impregnan mi vida (tal y como yo lo he entendido), les robo lo suyo (quizá es lo que ellos querían) y lo hago mío. Me lleno de ello, del mensaje de mis hermanos.

Pero no sólo aprendo de ellos, también aprendo de ti y de cualquiera que tenga algo que mostrar. Sólo hay que estar atento para que no se te escape. Puedes

aprender incluso de alguien que crees que no tiene nada que decir. Es cuestión de estar atento.

-Sebas:

No aprendes de mí, ni de ellos, tan sólo te da la sensación de que aprendes. Lo que hay son cambios de opinión más o menos frecuentes, de pronto todas las ideas que contiene nuestra conciencia son puestas en equilibrio por la presión del pensamiento y sentimos que todo cierra, y que hemos comprendido. Es el pensamiento el que crea y ordena las etapas. ¡Qué tontería! El creer que has ido comprendiendo una cosa tras otra mantiene al instrumento que utilizaste permanentemente en marcha: El pensamiento. "Mañana comprenderé lo que falta".

¿Te vas llenando a través del tiempo? La observación de una evolución interior, psicológica, es ilusoria.

-Ramón:

¿Ilusiones? Que el ego es una ilusión... Que la selva también lo es... ¿Y qué es la realidad... el alma? ¿El ser trascendente? ¿Quieres decirme que la personalidad que se va configurando en un individuo, por muy ilusoria que sea, no forma parte de la realidad? ¿Sólo es real esa esencia que, según tu, únicamente se puede percibir sin la interferencia del ego?

La realidad lo es todo, ilusiones y no ilusiones. La realidad es que nuestra vida, tal y como la conceptualizamos es una ilusión, algo que nos entretiene, eso es cierto. Son ilusiones enamorarte, dar el amor a un hijo en el que tienes todas tus esperanzas de ser compensado en un futuro, hacerte una casa para vivir, ganar mucho dinero, seguir los postulados de una religión o una secta cuyos preceptos cumplidos te van a llevar a dios... Bueno, todo esto tú ya lo sabes.

La naturaleza (lo manifestado), ¿también es una ilusión? ¿Nosotros mismos somos una ilusión? ¿No es esto una tomadura de pelo? ¿Porqué no tomamos como base la realidad (todo), para descubrir por nosotros mismos qué es ilusión y que no? ¿Es que vamos a aceptar a pies juntillas lo que nos digan otros, sólo porque lo ha dicho fulano o mengano, por muy hijos de dios que sean? Puestos a mirarlo así, ¿es que tú y yo no somos hijos de dios también? ¿Crees que yo no he intentado acercarme a esa idea de Maya (ilusión)? Quizá necesite madurar en ese sentido, pero de momento ahí estoy, trabajándolo, intentando comprender (desde mi imperfección, naturalmente). ¿O quizá por aceptarlo sin rechistar voy a ser más "perfecto"?

¿Crees acaso que espero que mi ego trascienda? Mi ego no va a trascender, de eso estoy casi seguro.

Cuando muera mi ego va a desaparecer y va a fundirse con el todo... con el todo.

Lo importante es aprovechar esa oportunidad, esa vida que se nos ha prestado, para cumplimentar lo manifestado, para que se realice. No desperdiciarla.

Y si un minuto antes de mi muerte veo con claridad que la he desperdiciado, la finalidad se habrá cumplido, y si no, otros lo cumplirán por mí. No importa si yo llego a ello o no, lo importante es que alguien llegue, alguien de mi especie, porque cada uno que lo consiga habrá realizado lo manifestado.

¿Hay otra forma más agradecida de cumplir con uno de los fines que entreveo de lo manifestado que intentar usar lo que se nos ha dado para aproximarnos más a ello? ¿No cumplimos así con nuestra obligación?

Yo no soy nadie, un pobre hombre intentando comprender, lo importante es la especie. Mira a la especie como un solo hombre, mira cómo nace, cómo crece, cómo madura... Ese es el hombre, la humanidad.

¿No ves tú que vas comprendiendo? ¿No va comprendiendo la humanidad? El pensamiento, la buena voluntad (por muy defectuosos que sean), ¿no ves que se van dando pasos casi imperceptibles? ¿De qué podemos echar mano sino? ¿Qué otra cosa tenemos? Vamos a dar saltos revolucionarios y nos la vamos a pegar. Poco a poco, todo se andará; tenlo por seguro. Trata de vivir en paz contigo mismo (haz lo que puedas,

te comprenderé), y deja que las cosas fluyan; pero tú trata de aprovechar esa oportunidad con ese ego, seguro que no tendrás otra.

-Sebas:

¿Tienes algo que decir? ¿Tienes algo que transmitir a alguien que pueda escuchar?

-Ramón:

¿Porqué no? Escuchas a Krishnamurti, ¿porqué no a otros? ¿Recuerdas la parábola de Jesús en relación con el trigo que se siembra y cuyas semillas fructifican en relación con el terreno en que han caído? Yo quiero ser terreno abonado. ¿Y tú? ¿Tienes que renunciar a ti mismo, a los instrumentos que se te han dado, para no hallar respuestas? Así niegas a la creación. Yo tengo que buscar, tengo que comprender. Está escrito en el mensaje que se imprimió en mi especie. Sin orgullos, sin falsas modestias, no renuncio a nada, me abro.

¿Crees que yo busco que me conozcan? Por favor. ¿En serio que deduces de mi página eso? ¿No está bastante claro lo que pienso? ¿Están allí mi nombre y apellidos, mi dirección, mi foto... estoy rodeado acaso de discípulos? ¿No será un señuelo para encontrar a personas para enriquecernos mutuamente? No sé, tú verás.

-Sebas:

¿Realmente vale la pena hablar tanto?

-Ramón:

¿Cuántos hay que hablan y no tienen nada que decir? ¿No estás un poco harto de ello?

-Sebas:

Tú y yo por ejemplo. No tenemos nada que decir. ¿O acaso crees que puedes transmitirle algo a quienes te escuchan? Que si estoy harto... no te imaginas cuanto.

-Ramón:

¿Qué pasa si uno se encuentra solo en este mundo superficial y no puede hablar con nadie sobre temas profundos que afectan al hombre?

-Sebas:

Esa es la verdadera historia detrás de todos los sitios y las listas sobre estos temas. Ese es el secreto de quienes buscamos la verdad.

-Ramón:

¿Es una locura abrirse al mundo aprovechando la técnica? ¿Tiene uno derecho a pensar que su ámbito vital es pequeño para él y a buscar más lejos?

-Sebas:

El mundo está bien sin ti. Eres tú el que necesita que el mundo te abra alguna puerta. Y yo también, por supuesto.

-Ramón:

No te confundas, no es que cuanto más lejano es el santo más milagroso es, no. Es cuestión de

estadística. ¿Cuántos hombres pueden estar trabajando en serio en un ámbito de un millón de personas? ¿Uno? ¿Quizás dos? Si se amplía el ámbito, ¿no habrá más posibilidades de encontrar a ese Krishnamurti en ciernes?

Es curioso, medio mundo loco por Jesús y, ¿cuanta gente crees que lo reconocería hoy? ¿Cuántos reconocieron a Krishnamurti mientras vivió?

-Sebas:

La pregunta es: ¿Reconocerías a ese Krishnamurti en ciernes? Y es más, ¿para qué lo buscas si la verdad es una tierra sin caminos? Cuando el discípulo está preparado desaparece el maestro..... de hecho también el discípulo.

-Ramón:

¿Y si esa "locura" se convierte en una aventura? ¿Y si esa aventura te permite descubrir que en las antípodas, por ejemplo, hay una persona trabajando en lo mismo que tú y que ha seguido caminos distintos o llegado a diferentes conclusiones? ¿No enriquecerá esto mi vida? ¿No tengo derecho a ello?

-Sebas:

Si te hace feliz, haz lo que quieras, pero para mí toda tu búsqueda es puro y simple entretenimiento, una forma de pasar el tiempo olvidando por momentos que nuestra imagen no encaja en lo que la sociedad espera. ¿Pero quién sabe? Tal vez hasta te ganes una

estadía gratis en las antípodas... Suele pasar -dice sonriendo.

-Ramón:

¡Qué irónico eres! Déjame seguir. ¿Qué otro sentido puede tener todo esto que no sea el enriquecimiento personal? ¿Cómo podemos enriquecer a los que nos rodean si no somos ricos?

-Sebas:

Comparto eso. Pero... la única riqueza que puedes darles y que te pueden dar es la que abunda en los bancos, no en los templos (bueno... los templos tienen más que los bancos a veces) pero de cualquier manera, no puedes dar otra riqueza más que la del dinero. Lo siento.

-Ramón:

Tú has visto por ahí muchas páginas web, comerciales, políticas, culturales... incluso místicas. Mucha verborrea, muchos intereses, mucha manipulación. Dime alguna seria, que no sea doctrinal, que intente indagar en el hombre. Cítame alguna que no esconda intereses (confesables o inconfesables). Dime cuantos intentos individuales serios conoces.

-Sebas:

Todas las páginas web son iguales, todas tienen algún interés y qué con ello. Tú buscas que te conozcan, crees que tienes una visión que no abunda, yo no tengo problema con eso, para mí está bien, no

hay problema, pero es igual que la página de un bar o la de un circo, ¿quién es uno para cuestionar a los demás?

-Ramón:

¿Tengo que crearme más capaz que nadie para encontrar respuestas o simplemente tengo derecho a buscarlas?

¿Estás lleno cómo estás? No leas más opiniones, déjalo estar si ya estás bien.

Discípulos, maestros... Para mí sólo hay hombres. Hombres a la búsqueda, hombres que languidecen, hombres que se auto engañan, hombres que sufren...

No pretendo ganar más que la comprensión y la paz en mi mismo, soy muy egoísta en ese sentido, lo siento.

¿Sigo? -le digo mientras sonrío. ¿Humildad? ¿Para qué? ¿Orgullo? ¿Para qué? Ni lo uno ni lo otro, llega un momento en que eso se trasciende; en un momento dado uno se harta y pasa de humildades y orgullos y lo único que le interesa es aprovechar el poco tiempo que le queda, aprovechar esta oportunidad. Llega un momento en que uno pierde la vergüenza, deja a un lado la reputación... y se lanza.

-Sebas:

De acuerdo, y llega un momento en uno ve la inutilidad de toda búsqueda, y comprende de golpe que no hay 'yo' que realizar, no hay nada allí más que esa pretensión, ese deseo sembrado allí por otro, por la

sociedad o por un santo o un iluminado. Si buscas algo tendrás que pensar en cómo obtenerlo.

-Ramón:

Es posible que tengas razón, pero mientras tanto no te puedes imaginar lo que esa página en la que tú dices que hablo yo... no puedes imaginarte lo que me ha dado y lo que espero que me continúe dando.

-Sebas:

Puedes hablar tú o hacer que hablen otros, eso no importa en absoluto. Yo ya no gasto tiempo en leer esas cosas, ya no leo a Krishnamurti, ni a Jesús, ni a Buda, ni a Krishna, ni a Ramana, ni a mí mismo. ¿Para qué? Si hubieras entendido una sola palabra de lo que ellos dijeron no estarías buscando compañía que piense como tú. No te preocuparía lo que las personas piensen, y por sobre todas las cosas: No te preocuparías por lo que tú pienses, no más conclusiones, no más opiniones, no más nada.

-Ramón:

Es muy fuerte lo que dices, y en parte te entiendo. Es posible que no haya entendido lo que realmente había que entender. Pero mientras, no tengo más remedio que seguir, llegue o no llegue a donde tú dices.

De todas formas, la página me hizo contactar contigo. Y luego nos conocimos. ¿Puedo aprender de ti?

¿Puedes aprender de mí? De nosotros depende. ¿No lo crees así?

¿Tienes algo que enseñarme? Muéstramelo, participa conmigo tu experiencia vital. ¿Me estoy abriendo yo a ti? Tú me interesas, ¿y yo a ti?

-Sebas:

¿Por qué seguimos con las hipocresías? Yo no te intereso mas que en función de cuanto pueda yo confirmar tu imagen como algo respetable. El pensamiento surge para reparar la imagen; más pensamiento hay en una persona, más necesidad de reparación tiene su imagen frente a la sociedad. Eso es todo.

Dije más de lo que quería decir.

-Ramón:

¿Hipocresía porque espero algo de ti? ¿Crees que no me has ayudado? ¿Quién me ayuda más, quien me dice enhorabuena por esto o lo otro o quien me "provoca"? Que me gustaría que me hablaras más del punto y el estado en que te encuentras? Seguro. ¿No crees que me ayudarías más si me expresaras tus sentimientos? No se trata de estar a vueltas con opiniones. Dime cómo te sientes; participame dónde has llegado y cómo lo has hecho. ¿No crees que te escucharía? ¿No crees que me haría bien y me ayudaría? ¿No ves que lo necesito?

Ramón Sabater. Primavera de 2001

SINFONÍA CÓSMICA. DE LO MÁS PEQUEÑO A LO MÁS GRANDE

Recuerdo que en la escuela secundaria, a principio de los años sesenta, nuestro profesor de física nos hablaba de que hacía poco se habían descubierto unas partículas aún más pequeñas si cabe de la materia y nos hablaba del átomo y su contenido con entusiasmo, como algo nuevo y maravilloso.

Aunque quizás entonces no acababa de entender demasiado, esto me hizo con el paso del tiempo, ser curioso y estar alerta con cualquier nuevo descubrimiento de la ciencia que aparecía de cuando en cuando en los medios de comunicación.

Ahora, a principios de este siglo XXI, los documentales televisivos, determinados libros y museos que hacen divulgación de la ciencia, de la historia antigua y paleontología, de la antropología y de los comportamientos animales... Todo esto junto con los descubrimientos puntuales que aparecen en prensa y revistas, hacen que continúe apasionándome por todo ello y no deje de sorprenderme. Estos conocimientos me llevan a una mejor abstracción de la realidad, hacen que me quede estupefacto por la interrelación de todos ellos y de la traspelación que surge a continuación.

Una de las cosas que siempre me han apasionado es la vieja idea de los físicos de la formulación de la Teoría de lo Total que dé explicación a todo.

Siendo yo aún joven, estuve en contacto con movimientos esotéricos que hablaban del "Como es arriba es abajo". Miraba a las estrellas y bajaba la vista al átomo y tenía sentido. Planetas girando alrededor de soles y electrones alrededor de protones y neutrones. Había una relación entre lo gigantesco y lo diminuto.

Einstein había formulado la Teoría de la Relatividad General que incluía la fuerza de la gravedad.

Se estudió la fuerza nuclear débil, la fuerza nuclear fuerte y el electromagnetismo.

La Mecánica Cuántica fue descubriendo durante la segunda mitad del siglo pasado las particularidades de lo más pequeño, pero no encajaban con la física clásica de las dimensiones medias ni tampoco con la Teoría de la Relatividad General. Las leyes que se descubrían en lo muy pequeño, parecían contradecir las leyes de lo mediano o macroscópico en que nos desenvolvemos o al menos no estaban en consonancia.

Además, existía una dificultad intrínseca insuperable en el conocimiento de la realidad microscópica: Para conocerla debemos hacerla interaccionar con nuestros medios macroscópicos

aunque sea a través de emisarios microscópicos como electrones o partículas de luz. El principio de incertidumbre nos indica que no es posible conocer a la vez la posición y velocidad de una partícula. Se alzaba así un muro entre el mundo de nuestras dimensiones y el mundo atómico y subatómico.

Era urgente profundizar más y ver si surgía una teoría que, unificada, lo explicara todo, que nos hiciera comprender la materia, la antimateria y sus leyes, a pesar de que algunos aspectos no se pudieran verificar directamente sino sólo sus consecuencias.

Y apareció la Teoría de Cuerdas dentro de la Mecánica Cuántica. Esta teoría nos dice que en uno de los últimos recodos de la materia hay algo a lo que han dado en denominar "cuerdas".

Hasta ese momento, para la física sólo había puntos u objetos con masa, pero ahora las cuerdas son líneas abiertas o cerradas o incluso es posible que sean membranas, pero que no tienen masa, que no se pueden ver, que tienen energía vibrante, que no se pueden analizar y por lo tanto no se puede demostrar su existencia. Pero alguien intuyó que están ahí. Y lo más importante, parece que generan gravedad a nivel cuántico. ¿Podría esto facilitar la unificación de la Teoría de lo Total?

Algo que no se puede "ver", que no se puede analizar, que no hay prueba experimental que

demuestre su existencia... ¿Puede ser aceptado por la ciencia o se tiene que considerar pura filosofía? Pero... lo que no se puede ver hoy, la técnica nos lo puede mostrar mañana. Ha pasado otras muchas veces.

Hay más características que se dicen de estas cuerdas. Una de ellas es la vibración y es evidente que cualquier vibración produce sonido. Si las cuerdas tienen distintas vibraciones dependiendo de determinados factores, ¿no estaremos hablando de una sinfonía cósmica que está incluida en el Universo y que no percibimos?

Pero aún hay más: Las dimensiones. Aceptamos las tres dimensiones para el espacio y otra para el tiempo. Sin embargo a nivel cuántico este mundo se hace "inestable". Calificación que le damos cuando no lo comprendemos o produce algo que rompe nuestros esquemas y no podemos aceptar. Surgen lo que se ha venido en llamar "anomalías", pero estas han sido superadas con el tiempo, parece que hay un número por ahí, el 496, que las resuelve.

A nivel cuántico el espacio y el tiempo tienen otro sentido distinto del que estamos acostumbrados a aceptar. No existe el antes y después y se está en varios sitios a la vez. Es increíble. Todo nos lleva a pensar que en ese submundo hay varias dimensiones paralelas. ¿Es posible que vivamos en un mundo con más dimensiones de las que alcanzamos a ver o percibir?

Alguien incluso se ha atrevido a formular que hay seis dimensiones adicionales.

Por otra parte, también se habla de dimensiones paralelas, algo así como las rodajas de un pan. Al parecer, las cuerdas estarían sujetas a nuestra dimensión, pero hay algunas que vibrarían como "gravitones". Éstos no estarían sujetos y potencialmente podrían desplazarse a otras dimensiones paralelas. ¿Sería posible utilizar los gravitones para contactar con esas otras dimensiones?

¿No es esto apasionante? ¿Podrán en un futuro cercano todas estas teorías unificarse en una que lo explique todo? ¿Se cumplirá al fin el sueño de los físicos? ¿Es posible que de estos conocimientos surja en un futuro la posibilidad del viaje en el tiempo?

Pero eso no es todo. Pasando a lo macroscópico, los astrónomos dicen que en el Universo han detectado algo a lo que han dado en llamar Materia Oscura. Dudan entre si esta supone el 98% del Universo o el 2% del mismo. Lo cual nos dice de lo poco que se sabe sobre ello. También han descubierto los intrigantes Agujeros Negros, fenómenos absorbedores de materia y energía, de enorme densidad y de los cuales no puede salir ni siquiera la luz.

Las galaxias de la zona en la que estamos son atraídas hacia un lugar llamado Gran Imán donde al

parecer se concentra mucha de esta Materia Oscura que se considera determinante en esta atracción.

Parece ser que si hay mucha Materia Oscura, esta hará que el Universo detenga su expansión y comenzará a contraerse. Por el contrario, si hay poca, se expandirá indefinidamente y se enfriará. Por supuesto que no podemos concebir qué ocurrirá después en ambos casos.

Pero... ¿Qué es la Materia Oscura? No se sabe, pero se ha detectado al comprobar la velocidad de las estrellas en una galaxia. Al parecer es la misma tanto si están situadas en el centro o en la periferia. Esto lleva a pensar en su existencia sin que haya evidencia directa de ella. Tampoco se sabe si esta "materia" tiene masa o no.

Lo bien cierto es que esto que los astrónomos llaman Materia Oscura es algo que no vemos pero que notamos sus efectos.

Por otra parte, los científicos han detectado en la Tierra algo procedente del espacio exterior que han convenido en llamar "neutrinos". Atraviesan la Tierra y se "recogen" en receptores apropiados, tanto en el fondo del mar como en profundas minas de sal que sirven de filtro aislante de otro tipo de partículas.

La verdad es que no se sabe si los neutrinos son partículas exóticas o una fuerza como la de la gravedad pero distinta.

Es evidente que aún desconocemos muchas cosas. Algunos científicos dudan entre si conocemos el 95% o el 5%.

Todo esto es importante para conocer el Universo en el que estamos y verlo de una manera distinta, pero debemos reconocer humildemente que hay cosas que ni nuestros sentidos, ni nuestros instrumentos actuales pueden detectar y confirmar.

Ramón Sabater. Verano de 2002

LO QUE NO ES

Hace de ello ya mucho tiempo pero lo recuerdo como si fuera ayer.

Era yo un niño de siete años y comenzaba a vislumbrar cómo eran las cosas.

El mundo se me presentaba diáfano. Los mensajes llegaban del exterior y las cosas eran como eran. No había ninguna duda. O al menos no debía haberla. De eso ya se encargaría quien debería encargarse.

No obstante mi percepción de la realidad estaba siendo bañada con mi imaginación. Veía las cosas como eran, como me decían que eran, pero las adornaba añadiéndoles algo de "salsa".

No sé seguro si era porque me parecía aburrida o por cualquier otra causa, pero lo cierto es que se me quedaba corta. A lo que había, tendría que añadirle cosas. Soñaba.

El espíritu crítico brillaba por su ausencia. Éste aparecería más tarde, en la adolescencia.

Cuando a los siete años salí del cine y acababa de ver Peter Pan, era un domingo soleado. La calle mayor estaba llena de gente paseando por ella. Esa era la realidad. Pero yo volé.

Supongo que iría con mis padres, no lo recuerdo, pero comencé a correr entre los paseantes con los

brazos abiertos, sorteándolos, y emprendí el vuelo. Estaba solo y tomé altura. Yo no era Peter Pan; yo hice como él.

Veía la realidad inmediata. La gente parecía feliz, se saludaban los unos a los otros, sonreían... Pero yo necesitaba volar y volé.

Con el tiempo conocí a una persona que me contó que ese mismo día, mientras yo estaba volando, él que era considerado como rojo, estaba siendo obligado a saludar a la Guardia Civil con el brazo en alto delante de todos los demás. Estaba siendo humillado. Estábamos en la posguerra.

Esta realidad no la podía percibir un niño, pero existía.

A partir de los dieciséis años comenzó a despertarse en mí el espíritu crítico, aunque para entonces ya me había roto los dedos del pié derecho por una patada a una puerta. Pobre puerta, hice un gran agujero... y pobre pié.

Quería volver más tarde de lo que me indicaban y me quedé sin fiestas y con la pierna enyesada. La rebeldía empezada a manifestarse.

Creo que inconscientemente tomé la decisión de que había una distancia entre cómo eran las cosas "fuera" y cómo debían ser "dentro".

En un par de años maduré mi interior pero "no lo dije a nadie" y continué sobreviviendo. La realidad no me permitía esos excesos.

En mis ansias de comprender continuamente me preguntaba porqué las cosas eran como eran. Necesitaba saber. Había varios mundos que me decían que eran los acertados, pero yo tenía mis dudas.

La escuela me decía una cosa, los amigos otra. Mis padres me mostraban una realidad, fuera se palpaba otra. La religión me decía lo que tenía que hacer, los revolucionarios marginados hablaban de otra cosa. Estos mundos existían pero estaban solapados. Estaba todo tan confuso.

Con el paso del tiempo y ya con el espíritu crítico, llegué a la conclusión de que no podía saber lo que es, si eso podía saberse. Y cambié el proceso.

Si no podía saber lo que es, intentaría al menos saber lo que no es. Y esto cambió radicalmente mi vida.

Comencé a ver claros los montajes, los intereses, la ignorancia, la crueldad, el egoísmo, el poder...

Al ir acotando lo que no es, va apareciendo lo que es, se trata de una labor ímproba y personal.

Cuando hay por en medio una cultura que te forma, es muy difícil deshacerse de ella y despegar.

Es muy complicado volar, de verdad.

Ramón Sabater. Otoño de 2002

REGRESO A CASA

Los motores de la nave se han puesto en marcha. Son las siete de la mañana del 23 de mayo de 2117.

Ayer, mientras descansaba y leía cosas de Don Ramón, tuvo lugar el Holocausto... Pero de ello hace más cien años. Sin embargo, para mí fue ayer.

Aún estoy impresionado con los escritos de Don Ramón. Cuando llegue, voy a tener que recomponerlo todo y analizarlo. Tengo un buen trabajo por delante.

El equipo también va a tener que trabajar duro. Por una parte hay algunos retoques y mejoras técnicas que quieren incorporar. Por otra, vamos a analizar las dos incursiones en el tiempo y tratar de perfilar actuaciones y conductas futuras.

Estoy sentado en los asientos posteriores. Me ajusto el cinturón de seguridad y observo cómo Carla y Estrella manipulan los instrumentos.

—¡Nos vamos! -dice Estrella mientras la nave comienza a elevarse poco a poco.

—¡Vámonos a casa! -dice Adriano.

Echo una última mirada por la ventana lateral. No hay nada que ver. Sólo destrucción y oscuridad.

Adriano está sentado a mi lado. No hace mucho que hemos partido y nos encontramos bien y relajados. Se gira hacia mí y súbitamente me lanza la siguiente pregunta: ¿Porqué te preocupan tanto las circunstancias en la vida del hombre?

No puedo negar que estoy algo sorprendido; no sólo porque no hemos estado hablando con anterioridad y por lo tanto no es la continuación de una conversación en la que pudiera enmarcarse la pregunta, como por lo directo de la misma.

Recapacito unos instantes. Disponemos de tiempo y procuro concebir un razonamiento que aunque pudiera ser algo extenso, yo creo que merece la pregunta.

Hago algunas interrelaciones mentales y comienzo diciendo:

–Las religiones proponen un dios y una vida después de esta, en la que tras hacerse justicia, el ego pervivirá en el paraíso para toda la eternidad. El mismo budismo, sin ser una religión tal y cómo la entendemos, dice que el ego reencarnará hasta que madure y aprenda lo que tiene que aprender y al final, cuando alcance la iluminación, pasará al Nirvana.

Mientras los primeros creen en una inmersión directa del ego en el paraíso sin dejar este de ser, los segundos piensan que es condición indispensable previa, la desaparición del ego para esa integración.

De una forma u otra se hará justicia y se tendrá un premio o un castigo. Se da esperanza de justicia y algo más después de la vida.

Percibo cierto engaño, amenaza y expectativas que adormecen y calman al hombre. ¿Sufres injusticias? No te preocupes: O es porque dios lo ha querido (por lo que sea), o ya se hará justicia divina y pagará el culpable. O ¿has nacido en una casta inferior? Tranquilo, si te portas bien a lo mejor cuando renazcas lo hagas en una casta superior.

No tengo forma de saber exactamente qué puede ocurrir después de la muerte física de una persona, por lo tanto considero que lo más importante es lo que le ocurre en vida a un individuo, no lo que pueda venir después.

Lo importante es la vida, no lo que hipotéticamente pueda ocurrir después de la muerte.

La vida al menos, se tiene que vivir coherentemente y con la máxima plenitud, y si al final de la misma se acabó todo, pues al menos se habrá vivido, y si por el contrario hay algo más, ¿qué mejor carta de presentación que la de estar en paz contigo mismo, la de haber hecho lo que se tenía que hacer?

¿A qué hay que tener miedo? Sólo se puede temer a no haber vivido... y más a lo que no has hecho y podías hacer, que a lo que se hizo y lo hiciste mal por no poder hacer otra cosa, quizá.

Y ahí es donde entran las circunstancias.

Veamos por ejemplo el caso de la corrupción.

Nos encontramos con que hay un corruptor y un corrompido.

Los que aún no han sido ni corruptores ni corruptos podrán pensar que es inevitable, que viene ocurriendo desde que el hombre es hombre. Que todos tenemos un precio.

Pero aún hay más. De entre estos últimos, habrá un gran porcentaje que en el fondo envidiará a unos y a otros y deseará en lo más profundo de su ser, tener la oportunidad de ser corruptor o ser corrompido. Lo único que importará son las ventajas personales y los beneficios que les proporcionará. Esta es la clave.

Pero es posible que aún no hayamos acabado y que haya un cuarto grupo, un muy minoritario grupo que quizá no quiera entrar en ese juego porque no le interesan ni esas ventajas ni esos beneficios.

Hay un proceso de maduración en el hombre que repercute en la sociedad y vuelve sobre sí mismo. Es el bucle del conocimiento.

Si el tema de la corrupción no sale a debate y no se reflexiona sobre el mismo, estaremos como dormidos frente a él y tendremos la opinión que nos ha inculcado la sociedad en la que nos ha tocado vivir.

Sólo cuando a nivel personal y colectivo se haya reflexionado, debatido y vuelto a reflexionar, se habrá dado un pequeño paso...

No he perdido ni un momento la mirada de Adriano que me mira con expectación e interés. No sé si estará de acuerdo conmigo o no, pero sí se que sabe escuchar. Quizás me esté excediendo un poco, pero al menos estoy poniendo algo de orden en mis pensamientos. Puede que a él también le esté sirviendo.

Soy consciente de que lo que estoy diciendo no son más que meras opiniones, y por lo tanto discutibles y probablemente

erróneas, pero es el producto de mi reflexión, no tengo nada más y humildemente lo reconozco.

–¿Quieres que continúe, Adriano?

–Claro, por favor, sigue.

–Me gustaría hablarte de las vasijas.

–¿De las vasijas?

–Disculpa, ahora verás.

Cuando un esperma y un óvulo se unen, se forma una célula que lleva implícita toda una serie de información genética. Allí están las instrucciones que determinarán que esta célula vaya dividiéndose y creciendo, irán conformando la cabeza, un brazo, un dedo o una uña.

Cuando el ser se ha desarrollado lo mínimamente suficiente, este nace.

Esta es la vasija. Dispuesta a llenarse de agua para ser una vasija completa y cumplir su fin.

La toman entonces unas determinadas circunstancias a las que podríamos llamar Sociedad.

Lo normal es que esta vasija de barro sea llevada al horno a cocer. O lo que es lo mismo: Hay que darle consistencia.

El lugar y el tiempo en el que ha nacido le dirán que se llama Fabián, por ejemplo, que “tiene” un padre y una madre, que pertenece a una sociedad simbolizada por una bandera, que la religión en la que se le va a bautizar es la verdadera...

Él poseerá al mismo tiempo que es poseído. Él existirá.

Se empieza a conformar el ego.

Al pasarse por el fuego y dependiendo de los grados alcanzados en el horno, la vasija que puede haber contenido burbujas en su construcción, han reventado por la temperatura y se le han provocado pequeños agujeros en el fondo.

Cuando se le vierta agua, esta se saldrá inmediatamente y no podrá contener nada. Existirá junto con otras vasijas, pero estará vacía de contenido.

Si estos agujeros o grietas se han formado en los laterales, ha tenido suerte y quedará algo de agua en el fondo,

pero perderá por ellos mucha agua que no podrá retener y que quizá sea importante.

Si la suerte ha sido muy grande y no se le han producido agujeros o grietas, podrá llenarse hasta el tope, pero no cabrá agua nueva si no es capaz de discernir qué parte del agua es superflua y cuál es esencial. Esto quizás le permita pasar a la superficie lo no importante, de forma que al verterse nueva agua, pueda expulsar la superficial.

Lo bien cierto es que siempre será una vasija que se llamará Fabián, que se “crecerá” cuando reciba alabanzas y se refuerce su personalidad, y que su instinto de supervivencia le “defenderá” a muerte cuando vea que es amenazada.

Pero quizás habría que plantearse qué ocurriría si esa vasija no fuera inmediatamente cocida por la sociedad en la que ha nacido. ¿Es necesario cocer la vasija tan bien cocida? ¿Y si se dejara que la vasija fuera simplemente una vasija de barro sin cocer?

Es posible que esta vasija, sin agujeros ni grietas, fuera llenándose de lo esencial y tomara una personalidad necesaria, consciente, que con el tiempo se fundiría con el agua y el barro de que está compuesta y dejaría de ser Fabián para... pasar a ser otra cosa.

No sé si esto es posible, ni siquiera si es aconsejable, pero lo bien cierto es que estamos muy lejos de ello y que seguiremos cociendo las vasijas a nuestra conveniencia, durante muchos años.

Hay muchas formas de cocer las vasijas, y ya que tenemos que hacerlo ¿porqué no buscar el horno y la temperatura que produzca buenas vasijas, pero no demasiado?

–Pero... –me interrumpe Adriano. ¿Y cómo sería esa sociedad, cómo la concibes?

Me quedo sorprendido. No me lo había planteado. ¿Cómo sería una sociedad cuyos miembros no tuvieran un ego?

–Pues... Realmente no lo sé. La verdad es que tendría que ser tan distinto de lo que ahora conocemos, que no me lo puedo ni imaginar. Puedo concebir que ahora vivan cien

personas que hayan podido trascender su personalidad, pero este número no es significativo en relación con el total de humanos vivientes.

–¿Y si en vez de cien son el 10%? –me dice Adriano.

–Pues ese ya es un porcentaje significativo. A groso modo podrían pasar tres cosas: Que fueran rechazados y marginados por el resto, que fueran ignorados, o que fueran valorados, tenidos en cuenta y que en cierta forma pudieran influir sobre el resto.

–Pero... –interviene Adriano. ¿Y si fuera al revés? ¿Y si fuera el 90% los que hubieran trascendido esa personalidad? ¿Qué pasaría con el 10% restante?

–Pues... –me atrevo a decir. No lo sé seguro, pero es muy posible que ninguna de las tres cosas que he citado antes. Lo que se me resiste, lo que no puedo concebir, es cómo sería esa sociedad. No puedo. Lo siento.

Porque estamos hablando de una sociedad –sigo diciendo. Es evidente que trascender del ego es una cuestión personal, y cuando hay varias personas juntas surge una sociedad. ¿Cuál sería la interrelación entre esas personas? ¿Qué reglas de juego habría? ¿Habrían reglas de juego? ¿Y la relación con los que no la hubieran trascendido?

Tendremos que dejarlo estar, Adriano. Todo eso está aún muy lejos y no podemos saber siquiera si el futuro irá por ese camino.

De momento sólo podemos, a nivel individual, intentar ser conscientes del daño que hace el ego, conocer todo su egoísmo. Y más adelante ya veremos.

Anochece sobre Canberra. Hemos estado una semana fuera, pero parece que ha sido una eternidad.

Mañana desmontaremos el Cronos y junto a todo el material lo trasladaremos al edificio de la universidad.

–A las ocho aquí en el hangar, ¿vale? –nos dice Adriano.

Asentimos y nos despedimos hasta mañana.

Por fin en casa.

–Buenas noches, Fabián -me dice la UIP.

–Prepárame algo para cenar. Algo ligero, por favor.

–¿Te apetecen unos entremeses y una sopa de ajo?

–Perfecto. Y un plátano de postre.

Mientras ceno, pongo la televisión para ver cuales son las últimas noticias.

Poca cosa. Parece que todo sigue igual. En un canal están pasando un documental sobre especies en extinción. Como no voy a tardar mucho para ir a la cama, me entretendré un rato viéndolo y cuando me entre sueño, a dormir.

El Holocausto supuso un inmenso daño ecológico al planeta. Especies endémicas del hemisferio norte desaparecieron definitivamente. Algunas se pudieron salvar gracias a clonaciones de ejemplares provenientes de jardines botánicos y zoológicos. Fue terrible.

Son las seis de la mañana. La UIP me ha despertado de la forma habitual siguiendo mis instrucciones. Me voy a dar una buena ducha.

–Ponme el desayuno -me dirijo a la UIP. Lo normal, por favor.

Me siento a la mesa para desayunar, cuando escucho a mis espaldas:

–Hola Fabián. Buenos días.

No es la voz de la UIP. Me giro instintivamente y veo que a unos tres metros detrás de mí, hay una hermosa mujer joven. Me mira sonriente y es consciente de la sorpresa que me causa su presencia. Me he sobresaltado un poco.

–¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? -le digo mientras me incorporo.

–Me llamo Claudia y he venido a conocerte... personalmente.

–Pero... ¿Cómo has entrado?

–Vengo del futuro.

–¿Del futuro? ¿El Cronos?

–Sí. Ha llegado el momento en que tengo que visitarte. Ahora ya puedo hacerlo.

–Por favor, siéntate -le señalo el sillón mientras me dejo caer en el mío.

–Gracias.

–Dime Claudia, ¿a qué has venido?

–Tengo mucho que contarte, Fabián. Comenzaré diciéndote que soy tu hija.

–¿Mi hija? Pero si no tengo hijos...

–No te preocupes -me dice riendo. Pronto tendrás a tu hija. Tu única hija.

–Menos mal. Me tranquilizas. Por un momento pensé que venías a visitarme en mi último día, como hemos hecho con los dos personajes. ¿Desde que fecha vienes?

–Del año 2174, y lo he hecho con el Cronos II.

–¿Qué ha ocurrido con el prototipo que hemos construido?

–Sobre eso precisamente quería hablarte... y sobre otras cosas también. Vamos por partes, ¿te parece? Fuiste tú mismo quien dejó el libro con las pistas sobre la mesa.

–¿Yo? Caramba. Esto va tomando sentido. ¿Y qué pretendía?

–Había dos cuestiones, una la había decidido el equipo, la otra era personal tuya.

–Por favor, aclárame algo más.

–La decisión del equipo era que había que salvar el Cronos. Todo su proyecto va a peligrar. Por lo tanto había que ponerlos sobre aviso. Esto tenía que notificároslo y yo me he encargado de ello... pero ya que nos teníamos que poner en contacto contigo, aprovechaste y te adelantaste un poco más en el tiempo para darte unas pistas que podrían resultar muy interesantes para ti personalmente.

–Ya veo, ya veo. Pero... ¿Qué peligro se cierne sobre el Cronos?

-La noticia del éxito de la expedición pronto va a ser pública. Un poderoso grupo va a intentar hacerse con la tecnología, y no llevan buenas intenciones.

-¿Quiénes son?

-¿Qué más da? Pronto lo vais a saber. Una amenaza cierta se cierne sobre el Cronos y todo su equipo. No te preocupes. En estos momentos aún no ha empezado nada. Estaré con vosotros veinticuatro horas y lo prepararemos todo. Voy a ayudaros.

¡Dios mío! Mi hija aquí con nosotros, intentando ayudarnos. Es preciosa... y se le ve muy preparada.

-¿Quién es tu madre? -se me ocurre preguntarle.

-No corras, no corras -me dice estallando en una gran carcajada. Venga, vámonos que se hace tarde. A las ocho tenemos que estar en el hangar.

Pronto llegamos al aeropuerto. Todos los miembros del equipo ya están allí. Mientras nos acercamos al grupo veo que han reparado en la presencia de Claudia y nos miran expectantes.

Constantín se adelanta unos pasos, me saluda y me pregunta socarronamente:

-¿Quién es esta mujer tan guapa?

-Ay Constantín. No vas a cambiar -le dice Claudia sonriendo y extendiéndole la mano.

Por un momento observo como si Constantín diera un pequeño paso atrás. Ha quedado sorprendido, cuando era él quien intentaba sorprender.

Un par de pasos más y nos integramos en el grupo.

-Me llamo Claudia y soy la hija de Fabián -se presenta con seguridad a sí misma y procede a dar la mano a cada uno llamándoles por su nombre.

Nadie dice una sola palabra. No conocen a aquella mujer y han quedado como paralizados.

Se acerca a Estrella y le dice con naturalidad:

-Hola mamá. ¿Me das un abrazo?

Unos eternos segundos... y las dos se funden en un abrazo.

Mientras están abrazadas, por unos momentos, la mirada de Estrella y la mía se cruzan. Tiene los ojos empapados en lágrimas.

Se separan y Claudia se dirige a Adriano y al equipo.

–Soy hija de Fabián y Estrella. Vengo del año 2174, y estoy aquí para ayudarlos. El proyecto peligró. ¿Os parece que dejemos por el momento el desmontaje del Cronos y nos reunamos?

EL PACTO SECRETO

En una amplia mesa de reuniones estamos los seis miembros del equipo y Claudia. La expectación es tan densa que se puede palpar.

–Mirad, voy a tratar de daros los datos objetivos en forma muy resumida. Luego si queréis me preguntáis y si puedo y sé, os contestaré. ¿De acuerdo?

Todos asienten sin pronunciar palabra.

–Un grupo de poder de Sudáfrica se va a enterar del éxito del Cronos y querrá apoderarse de él. Hay que salvar el proyecto... y salvar al equipo. Todos y cada uno de vosotros vais a estar amenazados. A partir de ahí, depende de lo que hagamos, podrá ser un éxito o no.

–¿De cuanto tiempo disponemos? -pregunta Adriano.

–Un par de días, todo lo más tres. Cuanto antes desaparezcamos incluido el Cronos, mejor. Hay que procurar no dejar ninguna pista. Nos tenemos que mover rápido. Yo estaré con vosotros las primeras veinticuatro horas. Luego me tendré que ir.

–Necesitaremos la ayuda de Omar y Sheraton -dice Adriano.

–Cuantas menos personas intervengan, mejor -dice Mikel.

–Podríamos trasladarnos con todo el material a otra fecha, pero el Cronos quedaría aquí -dice Carla-. Y seguro que acabaría cayendo en malas manos.

–A mí no me gustaría abandonar mi tiempo -dice Constantín-. Yo quisiera continuar mi vida con normalidad.

–Bueno, eso ya es decisión de cada cual -dice Adriano-. Y mientras lo vamos pensando yo propongo que nos pongamos manos a la obra y que traslademos todo, de momento, a la universidad. ¿Alguna objeción?

Asentimos todos, y mientras nos dirigimos hacia la nave, Claudia se acerca por detrás, se sitúa entre mí y

Estrella y nos coge por la cintura. Nuestras dos miradas convergen entonces en nuestra hija. Miro a Estrella. Sus ojos están iluminados, supongo que los míos también. Siento alegría, ¿amor, quizás?... Un sano orgullo me asciende por el pecho. Extiendo mi brazo izquierdo por detrás de su cintura. Mi mano tropieza con el brazo de Estrella. Nuestros dos brazos se entrecruzan y presionan sobre nuestra hija. Caminamos los tres hacia el Cronos, hechos una piña.

Son las doce de la mañana. Nos dirigimos al comedor de transeúntes de la universidad. Estrella, Claudia y yo, apenas nos hemos separado. Las dos no paran de hablar. Yo las observo con alegría. Tienen muchas cosas que contarse. A mí ya me tocará el turno. Mi hija es para mí una desconocida. Supongo que tendré algún momento para hablar con ella.

-No te preocupes, papá -dice Claudia riendo. Ya hablaré contigo.

Y continúa riendo y hablando con su madre.

Cogemos las bandejas con la comida y nos sentamos todo el equipo en una misma mesa en uno de los extremos del comedor. Sólo hay un par de mesas ocupadas y muy pocos comensales.

-¡Qué hambre tengo! -dice Constantín lanzándose a devorar la comida.

Todos reímos y nos disponemos a ocuparnos de lo mismo.

Tengo a mi izquierda a Claudia, y junto a ella está Estrella. Claudia es como un miembro más del equipo, pero no se separa ni un momento de su madre y de mí.

Estamos ya comiendo los postres cuando Constantín interviene.

-He estado pensando y lo he decidido. No quiero abandonar mi tiempo. Sé los riesgos que corro pero el proyecto no corre peligro conmigo. No tengo suficiente información. De todas formas, cogeré una nueva identidad y cambiaré de residencia. quiero continuar mi vida con normalidad.

–De acuerdo, Constantín -dice Adriano-. Respetamos tu decisión. ¿Y los demás? ¿Qué habéis decidido?

Carla y Mikel, que se han sentado juntos, dicen casi al unísono:

–Hemos decidido salir de aquí y comenzar una nueva vida en otro sitio.

Se miran los dos, se ríen, y se entrecruzan una mirada de complicidad.

–Fabián y yo también vamos con vosotros -dice Estrella-. ¿Verdad Fabián?

–Seguro -intervengo. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? -me dirijo a Adriano.

–Yo iré con vosotros, también. Tenemos que continuar el proyecto en otra parte, ¿no?

Todos ríen.

–No hay más remedio que llevarnos todo lo que podamos... y destruir lo que quede.

–¿Destruir? -dice Carla.

–Sí. Destruiremos cualquier cosa o documento que haga referencia al Cronos, incluido el mismo Cronos. Para no comprometer a Constantín, a partir de este momento quedarás desvinculado del proyecto -le dice dirigiéndose directamente a él. Tendrás que buscar rápidamente esa nueva identidad. Y a partir de aquí, nosotros deberemos decidir a dónde vamos, después de haber partido el Cronos se autodestruirá.

–¿Adónde vamos, pues? -intervengo.

–Yo no me movería de Canberra -dice Mikel-. Sólo se trataría de poner unos cuantos años por el medio.

–Lo ideal sería unos treinta años, pero... si vamos a Canberra, aún vivirá gente que nos haya conocido y puede haber un riesgo -dice Carla.

–Yo propongo que vayamos a Sydney -dice Estrella-. De este modo habrá menos probabilidad de que nos reconozcan y siempre tendremos la posibilidad de contactar con alguien conocido de Canberra, si es que lo necesitamos.

-De acuerdo -interviene Adriano-. ¿Os parece bien Sydney 2147?

Asienten todos. Me giro hacia Claudia y la miro a los ojos. Sonriente, me indica afirmativamente con los movimientos de su cabeza.

-Hecho. Manos a la obra -les digo a todos.

-Entonces... ¿No hay que decirles nada a Omar y Sheraton? -dice Estrella.

-Nada -dice Adriano-. No hay que decir nada a nadie. ¿Y tú Constantín, tienes claro ya cómo te las vas a arreglar?

-No os preocupéis por mí. No voy a dejar ninguna pista. Estad tranquilos. Nunca os encontrarán. No tienen medios para hacerlo.

-Sólo quiero pedirte una última cosa, Constantín -dice Adriano. Debemos asegurarnos que el Cronos es destruido. Nosotros lo prepararemos todo para que así ocurra, pero el mecanismo podría fallar. No tendrás más remedio que pasar por el laboratorio a ver si todo ha ido bien. Mañana, a partir de las doce de la noche, vas al laboratorio y compruebas si se ha destruido. Si no ha sido así, lo destruyes tú mismo. ¿De acuerdo?

Nos levantamos de la mesa.

-Esto será como un sueño para mí -dice Constantín con los ojos llenos de lágrimas. Ha sido fabuloso conoceros, trabajar con vosotros. Os doy las gracias por ello.

Carla y Estrella se echan a sus brazos. Uno a uno le vamos dando un fortísimo abrazo y nos despedimos de él. Somos conscientes de que ya nunca lo volveremos a ver.

-Esta tarde la tendremos libre para que cada cual prepare sus cosas personales antes de la partida -dice Adriano. Mañana a las ocho nos vemos en el laboratorio.

CLAUDIA

Son las siete de la tarde; estamos en mi apartamento y acabamos de venir del de Estrella donde ha cogido algunos objetos personales. En una pequeña mochila que se ha colgado a la espalda han cabido todos. Ello me ha llevado a pensar sobre lo poco que realmente necesitamos y la cantidad de objetos superfluos con que llenamos nuestras vidas. La verdad es que no es necesario tanto bagaje para vivir, pero somos así, ¿qué le vamos a hacer?

Mientras me dispongo a recoger algunos documentos y un par de mudas de ropa interior, Estrella y Claudia se sientan junto a la mesa y continúan hablando.

Al igual que Estrella, voy a extraer la esfera de la UIP y a guardarla en la mochila. Esta se viene conmigo.

Nos ponemos a cenar, y después de dar buena cuenta de ello, pasamos al saloncito, nos sentamos en el sofá y le digo a Claudia:

-Bueno. Supongo que tendrás muchas cosas que contarnos, ¿no? -digo mientras me arrimo a Estrella y la cojo por el hombro.

Nos miramos los dos sonrientes y orgullosos, y nos volvemos hacia nuestra hija.

-Claro. Pero no muchas, ¿eh? -me dice riendo. No hagamos trampa.

-Para empezar, ¿nos puedes decir cuando naciste?

-Uyuyuy. ¿No decía yo? -responde con una fresca risa. Os diré sólo el año, ¿vale?

-Venga. -respondo-. Algo es algo.

-2148.

-Por lo tanto, ahora tienes veintiséis años. ¿No es así?

-Cierto.

-Y... otra cosa -le digo-. A fecha de venir, ¿Estrella y yo aún seguimos juntos?

–Eso si que no te lo respondo -nos dice estallando en una gran carcajada.

–Pero al menos nos dirás si trabajamos en el proyecto, ¿no?

–Sí papá. Aún trabajáis en el proyecto... pero ten en cuenta que ya tienes sesenta y siete años. Necesitas mucha ayuda. La cosa se ha desbordado. Hay más de cincuenta personas trabajando en él. Se han incorporado nuevas personas al equipo, todas valiosísimas. Tú y la mamá os ocupáis de la parte antropológica.

–¿Y tú? ¿Qué haces?

–No hace mucho que me he sumado al proyecto... Estudié ingeniería de sistemas... Estoy en el departamento técnico... Me he estado preparando desde siempre para poderme incorporar al Cronos... Ha sido la ilusión de toda mi vida. ¿Alguien habrá tenido la culpa de ello, no? -dice con una sonrisa de complicidad. De todas formas... yo creo que es mejor que cuando lleguéis, no lo hagáis condicionados y continuéis vuestra vida de la forma más natural posible. ¿No lo creéis así?

–Es verdad, Fabián -me dice Estrella sonriendo. Es que no sé cómo eres...

–Bueno, lo importante es que a esa fecha aún estamos vivos, trabajando en el proyecto... y juntos los tres -les digo. ¡Ah! Otra cosa. Se me olvidaba. ¿Qué sabes tú de unas luces de colores que nos han aparecido en algunas ocasiones?

–¿Luces? ¿Qué luces? No sé nada de eso. ¿A qué te refieres?

–Caramba. ¿No nos vas a aclarar el misterio?

–Que no sé nada... De verdad.

–Pues ya han sido tres veces. La primera fue cuando vi al Cronos en el laboratorio de la universidad. La segunda cuando nos disponíamos a despegar al inicio de la expedición. La tercera en el monasterio, en la celda de fray Pascual... ¿Seguro que no sabes nada de eso?

En este mismo momento las luces aparecen de nuevo. Invaden la habitación y dan vueltas y vueltas. Mi vista es incapaz de localizarlas. Más que verlas, casi las intuimos.

–Mira, ¿ves? Estas luces son. No creo que sea una casualidad. Esto tiene que tener algún sentido.

Estrella y yo estamos tranquilos, sabemos que no pasa nada, pero a Claudia se la ve preocupada.

–No lo entiendo -dice Claudia. No sé que puede ser eso. Un minuto después y las luces desaparecen.

–Bueno, es igual -dice Estrella. Seguro que en algún momento lo averiguaremos. Vamos, cuéntanos más cosas. ¿Cómo fue tu infancia, tu adolescencia? ¿Fuiste feliz?

–Sí mamá. No te preocupes. De todas formas eso está por llegar. Ya lo averiguaréis vosotros mismos. He tenido mucha suerte. Realmente he sido muy afortunada.

El tiempo ha pasado muy rápido. Es la una de la madrugada y estamos cansados. Hoy ha sido un día muy largo. Estrella tiene mucho sueño y no tarda en quedarse dormida sobre mi regazo.

Claudia, la que no quería hablar demasiado, no ha parado de contarme cosas. Fue una chiquilla normal. Con sus juegos, sus amigos, los estudios...

–Me parece que no lo hemos hecho mal del todo -le digo sonriendo y como esperando una respuesta afirmativa.

–Bien, papá. Todo ha ido muy bien. No te preocupes.

Faltan pocos minutos para las seis. Claudia se levanta y se acerca a Estrella. Le da un beso en la mejilla y le dice:

–Venga, mamá. Es ya hora de que me vaya.

–Uf. Me he quedado dormida. ¿Ya es la hora?

–Bueno, pronto me tendréis; pero no nos veremos hasta dentro de treinta años. Hasta entonces, ni una palabra de todo esto. ¿De acuerdo?

–Claro, claro -baluceo.

Estrella y Claudia se funden en un abrazo. Yo me acerco y las abrazo a las dos. Cojo a Estrella y la separo

lentamente mientras Claudia se dirige al lugar para ser transportada.

Aparece la luz del Cronos. Levantamos la mano y nos despedimos. Claudia nos da un beso al aire mientras comienza a desvanecerse.

EL CONOCIMIENTO PROPIO

Hace poco más de dos años que Claudia nació y hace unos momentos que la estaba observando.

He visto cómo prueba, cómo experimenta, cómo va descubriendo. He sido consciente de su curiosidad, de su vitalidad, de su gracia, de su simpatía... de cómo una vida comienza a afianzarse.

He sido testigo de su inocencia y su instinto. He sido consciente de cómo una vida comienza a ubicarse, a descubrir su entorno.

“¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? ¿Puedo interactuar? ¿Qué ocurre si actúo?” Es el comienzo de un maravilloso proyecto que es una vida.

¿Se encontrará Claudia con unas circunstancias que le permitirán desarrollar su verdadera esencia, o serán estas las que acabarán castrándola para siempre impidiendo que sea un verdadero y completo ser humano?

La he mirado entusiasmado mientras me daba cuenta por sus gestos y reacciones cómo se está formando en ella su personalidad. Es sorprendente ver cómo en una pequeña masa de carne, huesos y tejidos, va tomando forma la identidad.

Si todo en general me sorprende, descubrir esto, observarlo, es impresionante.

Si el nacimiento de la vida es algo maravilloso, el nacimiento de la personalidad es apasionante.

Estas “pequeñas cosas” son como esponjas absorbiendo, y aunque lógicamente lo ven todo bajo “su punto de vista”, es precisamente esta perspectiva la que hace de filtro que identifica los conceptos y los asimila de una forma particular.

Pero en Claudia he observado algo interesante. Mientras que la mayoría de las personas hacemos referencia a “mí” y a lo “mío”, en definitiva al “yo”, es curioso que en el

caso de Claudia, al preguntársele por ejemplo sobre la propiedad de un objeto, ella contesta indefectiblemente que es de Claudia, refiriéndose a sí misma.

Es curioso esto de la formación del ego.

Está claro que podríamos decir que es lo más natural entre lo natural; que a partir de una vida se pueda formar un ego dependiendo del nivel evolutivo de la especie correspondiente.

Mientras que en las especies animales microscópicas y otras algo más desarrolladas en la escala evolutiva, este ego es completamente nulo, es fantástico observar cómo en los mamíferos más avanzados, el ego toma mayor forma a mayor evolución de la especie.

En principio es absolutamente lógico y necesario. Es lógico porque evidentemente hay “un punto de vista”. Desde esa “posición” a través de los receptores propios de la realidad circundante, puede dispararse el instinto de protección, y necesario porque es indispensable para la supervivencia de especies complejas. Téngase en cuenta que a mayor complejidad en la vida, más vulnerable es esta en un ambiente que hace a medida pero que es hostil al mismo tiempo.

La identidad es pues indispensable ante más debilidad por la complejidad.

Si el ego es conformado desde una vida y a través de una época en que vive... ¿No podríamos decir que es algo muy fuerte, condicionante y difícil de destruir, aunque sea manipulable?

Pero... ¿Porqué hay que destruirlo? No, no hay nada que destruir. Sólo cabría preguntarse si ese ego se ha formado en las mejores condiciones y por lo tanto ha devenido en una aceptable individualidad o por el contrario hay aspectos que le van a resultar perjudiciales y negativos para su propio desarrollo.

Sólo así podemos acercarnos y darnos cuenta de la importancia que tiene la formación del ego, con sus grandezas y sus pobredumbres.

En el proceso de formación del ego, en algún momento, es posible que se cuestione el sentido de la vida que le ha ofrecido el entorno en que se ha desarrollado. Según la época, según el punto geográfico, seguro que alguna religión o sociedad civil lo ha formado y le ha dado respuestas.

Es curioso pero los pueblos primitivos son pluriteístas y promocionan la perduración del ego.

Pero no son sólo estos los que lo hacen, también los monoteístas han venido explicándolo todo en base a lo mismo: La pervivencia del ego.

A pesar de ello, hay una corriente de los que podríamos calificar como noteístas que promulgan la reencarnación del alma, por lo que se basan en la consecución de la perfección a través de los distintos egos, que van apareciendo y desapareciendo pero cuya esencia se integra en el alma, una especie de superego lejano a las personalidades pero que se ha valido de estas para completarse.

Todos dan una concepción “coherente” a la existencia.

No obstante yo me pregunto: ¿Porqué tiene que ser signo de ateísmo la no creencia en el alma y en la perduración de la individualidad? ¿Es que no se puede tener una concepción profundamente metafísica sin creer en el dios de las religiones?

Aparece Krishnamurti y comienza diciendo que el ego es imperfecto porque ha sido creado desde la imperfección y que es un impedimento para ver lo que se puede ver. Luego sigue diciendo más cosas, muchas más cosas.

Está claro que el ego nos hace egoístas.

Si el ego (lo natural, lo lógico, lo necesario..., lo que tanto nos ha costado de conseguir, lo único que tenemos...) es un impedimento, qué hacer entonces?

No hay pues más remedio que intentar comprender lo que quiere decir Krishnamurti.

Veamos pues.

Krishnamurti es un hombre. Un hombre como todos los demás, pero de todos los hombres que conozco es el más diferente.

Con el acercamiento a Krishnamurti viene lo difícil, puede venir lo definitivo, hay que abrirse, pues.

Hay que intentar dejar fuera todos los conocimientos, todos los prejuicios... toda referencia. Esto es muy difícil, lo sé, pero es que además no sé cómo hacerlo.

Después de conocer a fray Pascual Mateu y a Don Ramón Sabater, algo me dice que tengo que dar el salto, que tengo que buscar la ingravidez, que no tengo que identificar, que no me tengo que ubicar. He de volar, impregnarme, sentir. Tengo que romper barreras y no juzgar.

Voy a acercarme a Krishnamurti, espero no arrepentirme. Supongo que en ocasiones dudaré, intentaré buscar en él sus fallos, sus contradicciones; quizás quiera volver atrás... ¿Y si no puedo? Algo me dice que si doy el paso quizás no pueda dar marcha atrás. También siento que si me lanzo no me debo quedar entre dos aguas. Debo seguir adelante, puede ser lo definitivo.

Pero estaré solo... Tendré momentos difíciles. Pero... ¿Y si me acerco a algo que intuyo es importante?

Ramón Sabater ya me dijo que de todo lo que hay por ahí esto es lo más importante.

De todas formas es posible que un primer intento me deje un poco mareado, confundido. Lo dejaré entonces, me relajaré, olvidaré un poco y quizás lo retome más adelante.

Vamos a ver. Me lanzo.

- “Entendernos a nosotros mismos de un modo creador, es lo más importante.
- Sólo puede haber entendimiento utilizando el Recto Pensar.

- El Recto Pensar no es emitir juicios acertados.
- Sólo pensando por nuestra propia cuenta, Rectamente, puede abrirse una existencia nueva.
- Si no se desarrolla el proceso del Recto Pensar, si no se es creador, se continuará encerrado en el círculo de ideas y prejuicios.
- Hay que descubrir qué es el Recto Pensar, y se trata de una labor individual.
- El Recto Pensar surge con el conocimiento de uno mismo. Sin éste no puede haber Recto Pensar.
- Si no nos conocemos, lo que se piensa y lo que se siente no puede ser verdadero.
- La raíz de todo entendimiento está en entenderse uno mismo.
- Al descubrir las causas de nuestro pensar y sentir, se aprenderá a pensar y sentir verdaderamente y surgirá el entendimiento.
- Sin conocerse a uno mismo, carece de base la acumulación de ideas, la aceptación de creencias y de teorías.
- Sin el conocimiento propio no puede haber Pensamiento Recto.
- El conocimiento propio representa una tarea enorme que requiere constante observación y una conciencia alerta, despierta y meditativa.
- Esta es la tarea primordial. Los problemas se presentarán (la guerra, los conflictos sociales y económicos, la muerte, la inmortalidad...).
- Si nos descubrimos y nos entendemos a nosotros mismos, las respectivas interrogantes recibirán adecuada respuesta.
- Los que se interesan seriamente en estos asuntos empezarán por ellos mismos para llegar a entender el mundo del que forman parte.
- El conocimiento propio es el comienzo de la sabiduría.

- Si se ahonda se verá que en el individuo se halla lo colectivo y lo particular.
- Los pensamientos y sentimientos, las actividades mentales y emotivas son el resultado del pasado, de lo que llamamos “lo colectivo”.
- El individuo no está pues en oposición a la masa, esta oposición engendra confusión y conflictos, crueldad y sufrimiento.
- Si logramos entender que el individuo es una parte de un gran todo, no solo en un sentido místico sino realmente, nos libertaremos de todos los deseos de competir, de triunfar, de engañar, de oprimir, de obrar con crueldad, de convertirnos en secuaces o en dirigentes.
- La parte no es el todo, mas para entender el todo, la parte no debe situarse en oposición al mismo.
- Se considerará entonces de un modo muy diferente el problema de la existencia.
- Cuando el individuo deje de considerarse como algo separado y vea que es el resultado y parte del todo, conocerá esa libertad en la cual no existe dualidad ni oposición.
- Mientras pertenezca al mundo con su ignorancia, su crueldad y su sensualismo, sólo con ese mundo estará en relación.
- Si nos colocamos en oposición a todo lo demás, no puede haber entendimiento; la combinación de un par de opuestos no puede producir entendimiento.
- En la dualidad no hay entendimiento alguno; cada antítesis implica un opuesto.
- Sin el conocimiento propio se podrán tener grandes ideales, creencias y puntos de vista, pero nada de eso tendrá realidad. Serán meros engaños.
- Con el entendimiento propio se entenderá el presente, pero también aparecerán las capas ocultas y

superpuestas del pasado. En este descubrimiento hay liberación y hay creación.

- Comprenderse a sí mismo requiere bondad, tolerancia y desinterés.
- La auto-comprensión requiere un estudio objetivo y desapasionado de nuestro propio ser en su conjunto: Cuerpo, sentimientos y pensamientos.
- A partir de ahí se descubrirán cosas más grandes y más vastas.
- Sin el conocimiento propio no se podrán escalar mayores alturas.
- Al descubrimiento que implica conocerse a uno mismo no se llega fácilmente.
- El comienzo y el fin de todo está en nosotros.
- Buscar la felicidad, el amor, la esperanza, fuera de nosotros mismos, conduce a la ilusión y al dolor.
- Por eso dependemos de la autoridad, de las circunstancias.
- Encontrar todo esto en lo íntimo de nuestro ser, requiere conocimiento propio.
- Somos esclavos de las exigencias y presiones del mundo que nos arrastran y hacen disipar nuestras energías, poco tiempo tenemos para estudiarnos a nosotros mismos.
- Ni las naciones, ni las reformas sociales, ni las religiones traerán la paz al mundo.
- Sólo si hacemos de lado todas estas creencias podremos descubrir por nuestra cuenta la realidad.
- No se puede encomendar “a los demás” que conquisten la felicidad y la paz del género humano, puesto que el género humano somos nosotros mismos. La solución está en nosotros mismos.
- Para lograr orden y paz tenemos que empezar por nosotros mismos, no por la sociedad ni el Estado, puesto que el mundo somos nosotros.

- No representa egoísmo alguno el pensar que cada cual debe primero entenderse y modificarse para ayudar al mundo.
- No se puede ayudar a los demás sin entenderse uno mismo.
- Para encontrar la verdadera respuesta se necesita profundo pensar y sentir, y pocos de entre nosotros están dispuestos a resolver este doloroso problema.
- Si cada cual considera que el problema surge de lo íntimo de su ser y no se deja arrastrar irremediamente por el torbellino de esa espantosa confusión y miseria, hallará una respuesta directa y sencilla.
- El Recto Pensar es antecedente de la recta acción.
- Si nos tornamos conscientes de nosotros mismos, crearemos en nosotros un espejo que reflejará sin deformación alguna todos nuestros sentimientos e ideas.
- Tener alerta conciencia de uno mismo es extremadamente difícil, ya que nuestra mente está habituada a vagar y distraerse.
- Al entender los intereses de la mente (no se trata únicamente de hacerlos a un lado), surge el conocimiento propio y el Recto Pensar.
- El entendimiento surge mediante la inclusión, no por la exclusión, la aprobación, la condenación o la comparación.
- La dificultad consiste en rehacer nuestro pensamiento acerca de estos problemas, en pensar desde un punto de vista totalmente diferente, observando en silencio, sin identificar ni comparar.
- Sólo mediante el conocimiento propio se llega al descubrimiento de lo verdadero, que es lo único capaz de poner fin a nuestra ignorancia y nuestro dolor.

- Antes de que podamos entender qué clase de esfuerzo hay que desplegar para conocernos a nosotros mismos, tenemos que darnos cuenta de la clase de esfuerzo que ahora estamos desplegando.
- Vivimos en medio de una serie de conflictos creados por la acción y la reacción.
- Vivimos en estado de dualidad.
- En nosotros surge ese penoso conflicto entre lo bueno y lo malo, entre la esperanza y el temor, el amor y el odio, el “yo” y el “no yo”.
- Todo esto proviene de nuestra ansia de llegar a ser esto o aquello.
- Esta ansia se expresa mediante el sensualismo, la mundanalidad y la búsqueda de la fama o de inmortalidad.
- Al tratar de ser algo se crea inmediatamente el opuesto.
- Si queremos superar este conflicto, sólo los medios justos traerán resultados justos. Medios errados producirán consecuencias igualmente erradas.
- Si no entendemos este problema de los opuestos, con sus conflictos y miserias, nuestros esfuerzos serán vanos.”

RECAPITULACIÓN

No recuerdo muy bien cuando fue, pero seguro que de ello hace ya muchos, muchos años.

Mi preocupación desde siempre ha sido el hombre.

Al sufrir, al quejarme, he visto cómo el hombre sufre, cómo se queja de dolor, de injusticia.

He sido testigo de esos mecanismos que al estar inmersos en la dimensión tiempo, suavizan los factores negativos primando otros productores de satisfacción.

Me preocupa el hombre y sus circunstancias.

A la primera idea de que las circunstancias hacen al individuo, se añade posteriormente la de que el individuo junto con el resto de personas, retroalimentan una entidad llamada sociedad o sistema que a su vez forma el individuo.

Mezclado entre estos procesos siempre ha estado latente el conocimiento de uno mismo, procurando evitar en lo posible el recurrido y defensivo autoengaño.

En este estado de cosas y siguiendo el proceso de maduración personal, llega el momento en que me encuentro profundizando en las ideas de una persona para mí inclasificable y que se llamó Krishnamurti. Puedo afirmar, siempre bajo mi punto de vista, que el mensaje de esta persona no tiene parangón en la historia de la humanidad.

Aunque su pensamiento es simple, una serie de mecanismos producidos por la cultura que nos ha formado lo hacen de difícil comprensión.

Cuando comencé a aproximarme a su pensamiento por primera vez sentí algo muy especial. Capté algunas ideas, intuí otras y soy consciente de que un inmenso montón de ellas se me escapó; pero en base a la reflexión, el contacto con otras personas que estudiaban a Krishnamurti y tras el releído de algunas de sus charlas y conversaciones, fui poco a poco aproximándome a esa visión extraordinaria del hombre, que intenta mostrarnos en sus reflexiones.

Ahora mismo pretendo resumir su pensamiento pero me resulta muy difícil hacerlo por lo escurridizo y sutil del mismo. Todo es porque hemos sido formados bajo conceptos muy distintos y distantes respecto de lo que Krishnamurti concibe. Por eso se nos resiste.

Habla del autoconocimiento, del momento presente, de las proyecciones de la mente sobre el pasado y el futuro, del movimiento continuo del pensamiento, de aquietar el cerebro... En definitiva, del YO, del EGO, del egoísmo.

Interpreto que es necesario que la cultura de la época en que nos toca vivir nos dote de unas gafas con unos colores o tonos determinados que nos hacen ver la realidad bajo ese filtro. Pero enseguida surge la idea de cómo se vería esa realidad sin esa "adecuación" sociocultural de época. ¿Qué podría verse? ¿Qué podría hacerse para apartar esos cristales?

Es sorprendente, pero si las cosas se pueden explicar de forma natural, ¿porqué buscar entonces una explicación sobrenatural?

La cuestión está en saber leer. Algo tan sencillo como esto no lo podemos hacer simplemente porque la personalidad se crea dentro de una civilización. Y lo curioso es que esta formación que aparentemente nos da luz, simplemente impide que veamos, que sepamos leer.

Nos podemos preguntar si nuestra civilización es perfecta, si da respuestas a preguntas serias o si nos hace felices. ¿Fueron correctas las civilizaciones pasadas? ¿Serán correctas las futuras? Aunque ya no hay guerras, sigue habiendo luchas de posicionamiento, de poder; sigue la manipulación, aún hay corrupción, abusos, injusticias... Sigue habiendo sufrimiento humano. No es tanto como antes, pero aún sigue habiéndolo.

Si la civilización crea conflicto y distorsión, y la personalidad es hija de la civilización, esta tiene que parecerse mucho a aquella.

Si yo puedo decir: "Todo está ahí., sólo hay que aprender a leerlo", cualquiera me puede decir lo mismo. Un

creyente de cualquier religión me podrá decir: “Pero... ¿que no lo ves? Todos tenemos nuestra alma, ¿cómo es que no lo sientes?” Todos leemos; pero nuestras lecturas están condicionadas por la época y el lugar.

Sin embargo... leo otras cosas. Lo veo tan claro... Pero es que los demás también lo ven claro...

Podré decir que todo está ahí y que sólo hay que aprender a leerlo, pero esto no vale.

Es más, ¿y si al final descubrimos que al ver cara a cara a nuestro YO, nuestro egoísmo, sin tapujos ni disimulos defensivos, resulta que nos estamos mirando sin luchas y nos damos cuenta de que simplemente estamos comprendiendo, y un mecanismo hace que esa personalidad construida por la época comienza a diluirse, quedando el auténtico ser humano que contiene el cuerpo?

Krishnamuti nos dice que simplemente hay que dejar que la cosa real te invada; no la idea sino lo que es. No hay que oponer ninguna resistencia, simplemente impregnarte de todo. El conflicto que pueda haber en sí mismo desaparece. Así de simple. No hay que negar ni aceptar. Quien niega o acepta es la personalidad construida por la cultura. La negación o la aceptación crean resistencia y por tanto dolor.

Cuando se observa, uno puede darse cuenta de que hay una separación entre el observador y lo observado. Entonces puede verse a la personalidad observando la idea de algo. No hay implicación. Hay división... y la división produce dolor.

Si hay competitividad, si se produce comparación, si hay lucha por “llegar a ser algo”... Si vemos que esto es producido por la personalidad que se ha creado... Está claro que esto produce conflicto y por lo tanto dolor. Y cuando hay dolor es señal de que algo no se está haciendo bien. Es un mecanismo protector de aviso.

¿Se puede pensar que va a ser fácil? ¿Quién va a ser lo suficientemente ingenuo de creer que ese YO construido a lo largo de tantos y tantos años, con luchas y fortalecimientos, va simplemente a dejarse ver, y menos si intuye que eso le puede

llevar a hacer desaparecer? ¿Quién no cree que se va a resistir y a utilizar mil estratagemas para sobrevivir a costa de lo que sea, aunque intuya que pueda estar sustentado en la mentira y el autoengaño?

Es curioso pero Krishnamurti en ningún momento afirma que el alma o dios existan. Estos conceptos surgen en sus pláticas como otros. Y como los demás, se impregna de ellos y los comprende. No se niega, no se afirma, no se opone resistencia... sólo se llena, sólo se comprende.

Poco a poco va surgiendo una nueva identidad; una nueva visión de las cosas producto de un cambio interior va apareciendo. El ego se desvanece y va apareciendo una persona con menos lastre, con una gran cantidad de atemporalidad. Es algo distinto. Incluso la nueva identidad se va diluyendo.

El nuevo ser ya no es progresista o conservador, ya no es de esta civilización ni de aquella, tampoco pertenece a una clase u otra, el odio o el rencor han sido comprendidos y superados. No quiere revanchas, no reivindica nada, no dice "ahora sabrán estos quien soy yo", no quiere ser el protagonista, no quiere poder. El nuevo ser, sin dejar de ser, pertenece aún más si cabe a todos ellos. Los comprende y los ama. Reconoce que es todo, que todo está en él y que él forma parte del todo.

Esta idea tal y como ha ido tomando cuerpo, al descubrirla, al profundizar en ella, he intentado plasmarla en el libro. Una nueva dimensión se ha ido incorporando al mismo tal y como se ha ido viviendo. La nueva tesis, íntimamente vinculada a la primera, ha ido impregnando de forma más o menos tangible la historia.

Comprendo que es difícil explicarla, y más colarla implícitamente en unos hechos vividos. Si afrontándola directamente me encuentro con estas dificultades para expresarla, ¿con qué dificultades no me habré encontrado al intentar diluirla entre la historia?

Tengo mis dudas sobre si habré sabido expresarme. Es posible que al no tenerlo ni yo mismo lo suficientemente claro en

esos momentos, no lo haya hecho bien. Soy consciente de la dificultad.

Pero a mí me ha servido, me ha sido muy útil. No estoy en condiciones de escribir cualquier otra cosa. No soy un escritor.

No obstante tengo la necesidad de explicar esto. Quizás a alguien le sirva. Y desde luego, con el tiempo, no estaré para explicarlo.

No sé qué va a pasar en el futuro, no sé que va a ocurrir.

Por eso aprovecho ahora, que lo tengo todo muy fresco y cuyas circunstancias me invitan a plasmarlo, a hacer esta reflexión.

Sólo espero que estas líneas sirvan para una mejor comprensión de lo que he intentado decir en el libro.

EL COMIENZO

Falta un minuto para las seis de la mañana del día 25 de mayo de 2174. Todo el equipo está en el laboratorio para recuperar a Claudia que regresa del 2117 para alertarnos del peligro que corría el Cronos. Han transcurrido cincuenta y siete años desde entonces, pero para mí sólo han sido veintisiete al dar el salto de treinta.

Aunque yo ya sabía lo que iba a pasar con la visita de Claudia, para ella era totalmente desconocido. Ayer la tuve que enviar al 2117, siguiendo el guión de lo que ya había ocurrido.

Mientras pienso que tengo ganas de verla para ver la cara que pone, Claudia se está materializando en el laboratorio.

Estrella está expectante a mi lado, preocupada por que todo vaya bien en el traslado.

Claudia sale del receptáculo y Estrella se lanza a abrazarla. Yo la sigo.

—¡Qué calladito os lo habéis tenido todo este tiempo, ¿eh?! -nos dice Claudia picaronamente mientras nos besa y abraza.

Una vez terminada la misión, todos se disponen a desactivar el Cronos II.

Aunque Adriano hace ya un par de años que se jubiló, (tiene ahora ochenta y dos) de vez en cuando viene por aquí a echar un vistazo. Hoy le he invitado expresamente a que estuviera presente para el regreso de Claudia. Mikel y Carla continúan trabajando con nosotros, Mikel tiene ahora cincuenta y nueve años y Carla, la misma edad que Estrella, cincuenta y siete. El resto del equipo es de mediana edad y hay un pequeño grupo de gente muy joven, entre los que se encuentra mi hija.

El conocimiento del mapa genético hace ya algún tiempo que ha sido completado. Estos avances han hecho

que se retrase el proceso de envejecimiento, por lo que a pesar de nuestras edades, nos conservamos jóvenes física y mentalmente.

Para el viejo equipo, la visita de Claudia sucedió hace ya treinta años, para ella acaba de suceder.

Todos se abalanzan esperando los frescos comentarios de Claudia, y no tarda en bombardearnos con observaciones que nos rejuvenecen esos treinta años.

Después de veinticuatro horas de misión, todos estamos muy cansados. Debemos tomar el día libre.

—Vámonos a descansar -les digo. Por hoy ya lo tenemos bien. ¿Os parece bien para mañana a las ocho?

Todos asienten, recogen sus carpetas y nos disponemos a marchar.

—¿Porqué no vamos a desayunar juntos el viejo equipo?
-dice Carla.

—Buena idea -digo. ¿Estáis de acuerdo?

Después del desayuno, Estrella y yo nos dirigimos a casa. Vamos a ver si dormimos un rato.

Es la una de la tarde y me acabo de despertar. Me incorporo suavemente y veo que Estrella está sentada en la mesa del saloncito y está leyendo algo.

—¿Que no has dormido bien? -le pregunto.

—Sí, claro. Pero con un poco he tenido bastante; no como tú, dormilón -me dice sonriente. Bueno, Fabián -sigue diciendo. Tenemos problemas.

—¿Qué? -respondo alerta.

—Alguien ha cogido tu diario esta noche, ha escrito algo en él y lo ha dejado sobre la mesa abierto por la última página escrita -me dice mientras me levanto del cubículo y me dirijo hacia ella.

Continúa sentada mientras me lo muestra sonriente. Pero no suelta una sola palabra.

Casi se lo robo de entre las manos, mientras su risa se deja oír en toda la habitación.

“Fabián y Estrella.

Sherezade. 26 de mayo de 2250.

Longitud 0°

Latitud 180° E.

Altitud 35.800 Km”

Ya no hay nada más escrito. El resto está en blanco.

Lentamente levanto la mirada hacia Estrella. La veo muy sonriente. La emoción embarga mi pecho. Algo me dice que aquello es muy importante... muy importante.

Después de comer, nos pasamos toda la tarde especulando y haciendo proyectos. Me da la sensación de que he rejuvenecido treinta años. También Estrella está entusiasmada.

Son las siete y media de la mañana y ya estamos en el laboratorio preparándolo todo. Esperamos a que lleguen todos para mostrarles el mensaje escrito en el libro.

Averiguamos que las coordenadas nos muestran un punto en el espacio en la órbita de la Tierra. Debe tratarse de una nave o quizás de una estación espacial, tiene que ser de órbita geoestacionaria o de lo contrario se nos habría indicado una hora determinada y sólo se nos ha dado la fecha.

Debatimos la cuestión, y como nos ven decididos a acudir a la cita, se acepta por mayoría no sin ciertas reticencias por parte de los que valoran el excesivo riesgo de una transportación al espacio exterior y teniendo en cuenta además nuestras edades. El riesgo de que nos pierdan es evidente. No sabemos con qué nos vamos a encontrar.

Claudia casi no ha hablado. Se la nota como si le hubiera caído una losa encima. Está muy preocupada.

–Papá, mamá. Tengo la extraña sensación de que os voy a perder -nos dice casi llorando. Creo que ya no os volveré a ver más. No puedo interferir en vuestras vidas. Bastante habéis hecho ya por mí. Cuidaros mucho, por favor... y si podéis, enviad noticias.

Todo el equipo se dispone a realizar los preparativos.

Durante una hora hemos estado realizando distintas pruebas. Ya está todo preparado. Nos colocamos las

grabadoras. Mikel y Carla nos dan un último abrazo. Son las once de la mañana. Quedamos en que la recogida será dentro de veinticuatro horas.

Claudia se abraza a Estrella y no se separan. Tengo que intervenir, es la hora de la partida. Cuando menos me doy cuenta, Claudia se me abraza fuertemente. Da la impresión de que no quiere soltarme.

–Papá, mamá. Os quiero mucho. Por favor, no me olvidéis nunca.

Claudia, Estrella y Carla, están llorando. Mis ojos también se llenan de lágrimas.

–Venga, que todo va a ir bien.

Estrella y yo, hombro con hombro, nos situamos en posición.

Las luces del laboratorio van desapareciendo y se superpone una suave luz blanca que no puedo ubicar. Estamos en una enorme sala circular coronada por una elevadísima cúpula. No puedo determinar de dónde proviene la luz. Su distribución es totalmente armónica y uniforme. Las paredes, muy altas, quedan a unos quince o veinte metros de donde estamos. Su color es de un blanco intenso y transparente.

Si no fuera porque estoy plantado en el suelo, diría que este no es un lugar físico.

En la gran estancia no hay nada ni nadie. Ningún objeto, ninguna persona.

Una suave y extrañísima melodía, se va incorporando lentamente.

Aún no han transcurrido unos segundos, cuando a unos cinco metros aparece una luz, más blanca si cabe, que se va condensando poco a poco.

Una hermosa mujer de edad indeterminada, se está materializando.

–¡Estrella, Fabián! ¡Qué alegría de veros! Pasad... pasad y sentaros -nos indica con la mano hacia un lateral en el que

empiezo a percibir un sofá y un sillón de suaves y uniformes tonos azulados con una simple mesa transparente en el centro.

Se sitúa entre los dos y nos coge cariñosamente por el hombro mientras nos dirigimos hacia los sillones.

Aunque hace ya algunos segundos que se acaba de materializar, persiste una emanación de luz desde su cuerpo.

–¿Eres Sherezade? -le pregunto.

–Sí. Venid conmigo. Ahora ya estáis preparados. Tenemos mucho de qué hablar. Nos queda mucho por hacer...

EPÍLOGO DE FABIÁN

Soy consciente de que voy a tener muchas dificultades en contar lo que ocurrió, pero debo hacerlo a la mayor urgencia antes de que me sea imposible describíroslo.

Sherezade eligió el sillón y se sentó; Estrella y yo nos dejamos caer muy juntos en el sofá.

—¿Cómo os encontráis?

Estrella y yo nos miramos. La vi contenta, preciosa, expectante...

—Estamos bien, Sherezade -contestó Estrella.

Simplemente se nos quedó mirando. Su mirada me transmitía paz, seguridad, empatía...

—Comenzaré diciéndoos que soy descendiente vuestra. ¿Qué más da si soy nieta, biznieta, o quizás más lejana en las generaciones? ¿Verdad que no tiene importancia?

Hemos querido estar presentes en los momentos importantes de vuestras vidas. Queríamos disfrutarlos. Las luces que veáis no eran más que el mecanismo que utilizamos para ver esos momentos. Esas luces que tanto os inquietaban éramos nosotros que os estábamos observando.

Estrella y yo nos volvimos a mirar. La verdad es que no me sorprendió del todo, pero me dio una gran tranquilidad escuchar sus palabras.

En esos mismos momentos comencé a percibir una música que desde el silencio, se iba incorporando poco a poco. Era como un coro de voces y sus ecos, que lo impregnaron todo.

Por un instante comencé a percibir que aquella música no estaba en la estancia, que no la escuchaba desde mis oídos. La sentía dentro de mí.

Giré mi rostro hacia Estrella y percibí su melodía. En un momento nuestras músicas se acompañaron. Vi a Estrella en su infancia; tendría unos ocho o diez años. Estaba jugando

en un jardín con sus amigas. Era feliz; estaba muy contenta... llena de ilusiones. Vi cómo ella percibía un día en que yo jugaba con mis amigos al escondite. Me encontraba en la casa de campo de uno de ellos. Era inmensamente feliz, sin preocupaciones, estaba muy excitado y sudaba a raudales en las correrías por la casa.

Siempre he querido mucho a Estrella, muchísimo. Tiene un corazón inmenso. Uno de mis recorridos pensamientos siempre fue conocerla en su infancia, en su juventud. Verla; ver cómo era, participar de sus vivencias, de sus alegrías, de sus pesares... Siempre imaginé trasladarme en el tiempo y ser testigo de ello, observarla, vivir con ella momentos de su vida.

Ahora no me hacía falta. No era necesario ningún traslado en el tiempo. Estaba percibiendo directamente su vivencia. Sentía en mí sus sentimientos, su alegría. Sentía ella mi excitación mientras estaba jugando al escondite.

Giré mi rostro hacia Sherezade.

—Seguid, seguid -nos dijo sonriente.

Volví la mirada hacia Estrella.

Sherezade no nos había hablado, no movió los labios. Simplemente se dirigió a nosotros.

Lo siento. Sentía haber estado separado de Estrella durante algunas etapas de nuestra vida en pareja. ¿Lo sentía yo o lo sentía Estrella? Lo estábamos sintiendo los dos.

Fueron tiempos de crisis. Fue... como fue, aunque necesario.

Se tuvo que madurar. Era preciso pasar por lo que pasamos para llegar a otro nivel en nuestra relación. Fueron como una serie de catarsis sucesivas.

En la primera fase de nuestra relación, estábamos demasiado preocupados por otras cosas y no obstante aprendí a quererla, la descubrí. Cuando nos sobrevenían las crisis, éramos conscientes de lo que nos sucedía, de nuestra distancia, pero a pesar de ello no podíamos rectificar. No había forma de evitar la ruptura de la convivencia.

Estos tres últimos años han sido distintos. Ha habido más comprensión, más amor de verdad, más participación. Ella siempre estuvo ahí; yo siempre estuve ahí...

Durante los últimos tiempos supimos bajar la guardia. Comenzamos a valorar los pequeños detalles, los pequeños momentos...

Estoy expresando estos sentimientos quizás de forma deshilvanada. Cuando los percibí estando frente a frente con Estrella en aquel lugar, no era así. Es muy difícil manifestar lo que sentí. Sentía mis sentimientos, pero también sentía los de Estrella. Ella y yo estábamos unidos, comenzábamos a fundirnos.

No sé el tiempo que estuvimos en ello, pero en algún momento, dimos el proceso de fusión por terminado y nos abrimos al exterior.

Sherezade se incorporó a nosotros y nosotros a Sherezade.

Bueno, la verdad es que todo había ocurrido simultáneamente pero es necesario hacerlo secuencial en el tiempo para poderlo explicar.

Notamos que Sherezade hacía grandes esfuerzos por mantener su individualidad. Continuamente se sobreponían otros sentimientos que no eran suyos propios, pero ella, con grandes esfuerzos trataba de apartarlos y mostrar los que como ser individual se forjaron en su personalidad. Estos esfuerzos formaban parte de su acercamiento a nosotros.

Percibimos inmediatamente en esos momentos que Sherezade ya no era Sherezade. El ser que teníamos delante había sido un individuo, nació y se proporcionó de una personalidad; tuvo sus propias vivencias desde la subjetividad, pero llegó un instante en que desde ella hizo atisbos de trascenderla. La sabiduría comenzó a emerger en ella.

Alguien o algo que aún no acabábamos de comprender en esos momentos intervino entonces. Su ayuda fue determinante para dar el gran paso... y lo dio. Sherezade

se fundió con la sabiduría universal y trascendió su personalidad originaria. Ya no fue ella y pasó a ser... casi todo.

Aún no habíamos acabado de “conocer” a Sherezade, cuando comenzó progresivamente a incorporarse en nosotros un sonido que fue tomando forma convirtiéndose en algo que podríamos calificar como música. Eran los sonos del universo.

Nuestros cuerpos se llenaron de paz, de luz interior. Todo comenzaba a estar diáfano. Todo tenía sentido.

Nuestras personalidades comenzaron a pasar a segundo plano y poco a poco se fueron incorporando las de otros seres. Fue un proceso suave, melodioso.

Tuvimos la sensación de que estábamos rodeados de multitud de personas que no eran tales. Más que rodeados por ellos los percibíamos dentro de nosotros. Eran las personas que habían conseguido trascender sus personalidades a través de todos los tiempos, pasados, presentes y futuros. Con su sabiduría habían llegado a este nuevo estrato de la existencia.

Fue en esos momentos cuando se nos manifestó la Ley.

El primer estrato, el de la materia, continúa su desarrollo. Sigue el pasado, el presente y el futuro. Allí, los seres que lo habitan continúan con sus sufrimientos. Todos, los unos y los otros, estamos vinculados al planeta Tierra. La Ley nos dice que en otros planetas sucede lo mismo. No hay posibilidad de desvinculación mientras un solo ser siga con el sufrimiento.

La Ley nos continúa diciendo que sólo con amor podemos ayudar a los que lo necesitan. Desde nuestra personalidad aún latente percibimos que no sabíamos cómo hacerlo.

Apareció la duda. ¿Qué tipo de intervención tendremos que hacer?

¡No hay intervención! Todos formamos parte de un todo.

Comenzamos a percibir los sentimientos de los que han quedado atrás. Empezamos a “comprender”. Una sensación de sufrimiento nos invadió, pero fue sólo pasajera. Era un sentimiento previo a la gran sensación de amor que nos acabó impregnando.

La Ley nos dice que nosotros revertimos en ellos como ellos revierten en nosotros. No se dará el próximo paso hasta que todos y cada uno de los seres de la materia no lo hayan dado.

La Ley son nuestros sentimientos, nuestras sensaciones... los hombres, los seres vivos... la materia... Todo somos todo.

Me viene a la mente el libro: Hay que pasarlo. Siglo **XXI**. Siento que algo o alguien se va a encargar de eso. Dejo de preocuparme.

Noto como Fabián se va. Hago esfuerzos para continuar escribiendo. ¿Porqué resistirme a que Fabián desaparezca? ¿Quién es Fabián al fin y al cabo?

Os quiero.

Estrellas fugaces, ni es ciencia ni es ficción. Pretende ser un libro que nos llega desde principios del siglo **XXII** a la época actual y que incluye un mensaje humanístico.

Fabián tiene la oportunidad de contactar con fray Pascual Mateu que vivió en el siglo **XVIII** y con el maestro Ramón Sabater que lo hizo en la segunda mitad del siglo **XX**. Unos trescientos y cien años separan a estos dos personajes del primero. Pero todos tienen algo en común que se irá descubriendo a través de la trama.

Del conocimiento de los dos personajes del pasado, Fabián irá aclarando dudas vitales que le servirán en su proceso de maduración.

Se trata pues de un libro subjetivo narrado en primera persona y en tiempo presente.

El autor va descubriendo la importancia de la formación de la personalidad en el ser humano y cómo las circunstancias son determinantes en esa construcción.

También descubre cómo esa misma personalidad, posteriormente es un impedimento para ver lo que realmente es importante.

Fabián hubiera podido trasladarse a épocas clave de la humanidad. Podría haber conocido a personajes que fueron determinantes en la historia y evolución del hombre, pero una serie de hechos le encauzan al conocimiento de dos hombres que podríamos calificar como normales pero que le aportaron una serie de experiencias determinantes en el sentido de lo que estaba buscando.

De su lectura pues, se desprenderán distintos niveles interpretativos, tantos como personas se dispongan a leerlo. Desde la novela de aventuras rayana en la ciencia ficción hasta el misticismo más puro e intrínseco pasando por cualquier interpretación humanística.

Fabián nos cuenta una historia que si lo hubiera hecho en forma de ensayo habría resultado de ardua y difícil lectura. Sin embargo se limitó a describirnos los hechos tal y como le sucedieron.